

MARÍA M. AVERSA Y MATÍAS MÁXIMO

Si te viera tu madre

Activismos y andanzas de Claudia Pía Baudracco




EduLP

género

Si te viera tu madre

Si te viera tu madre
Activismos y andanzas de Claudia Pía Baudracco

MARÍA MARTA AVERSA Y MATÍAS MÁXIMO



Aversa, María Marta

Si te viera tu madre : activismos y andanzas de Claudia Pía Baudracco / María Marta Aversa ; Matías Máximo. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8475-26-4

1. Derechos Humanos. 2. Militancia. I. Máximo, Matías. II. Título.

CDD 323.092

Si te viera tu madre Activismos y andanzas de Claudia Pía Baudracco

MARÍA MARTA AVERSA Y MATÍAS MÁXIMO

Fotografía de tapa: Federico Cosso

Modelo: Luciana Viera



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8475-26-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2021 - Edulp

Impreso en Argentina



Índice

1. Introducción	7
2. Prólogo, por Ornella Infante.....	10
3. Seremos más que PCP (puta, costurera o peluquera)	13
Entrevista a Claudia Pía Baudracco.	
4. Una infancia inquieta.....	42
5. De Villa Madero al mundo.....	56
Entrevista a Luisa Lucía Paz.	
6. Los furiosos 90.....	71
7. Amigas, hermanas, inseparables	155
Entrevista a María Belén Correa.	
8. Los 2000: siglo nuevo, vida nueva.....	171
9. “Volvería a nacer trans”	238
Discurso en la Cámara de Diputados de la Nación. 18 de agosto de 2011.	

INTRODUCCIÓN

A fines de 2018 se hizo una reunión para cumplir uno de los últimos deseos de Claudia Pía, La Gorda. En un ritual pagano y a la vez sagrado se esparcieron sus cenizas en diferentes provincias, en simultáneo, mientras sonaba música de “cachengue” y comíamos un bacanal de cosas ricas, y fumábamos otras, como a ella le gustaba cada vez que se juntaba entre pares. Esa noche quedó inaugurada la Biblioteca & Museo Claudia Pía Baudracco, un espacio para visitar su archivo, que es enorme e invaluable: hay fotos, cartas, postales, todas las remeras de ATTTA (Asociación de Travestis Transexuales y Transgéneros de Argentina), tarjetas de llamadas telefónicas, largas listas de comidas que compraba en el penal, su tuquero preferido, otras fotos suyas, de aquellas y otras más. Toda una época que por muchos años quedó fuera de “la historia oficial” y estuvo solo en la sección policiales, aunque ella sabía que en algún momento sus recuerdos serían valorados, y por eso los guardaba.

Aquella noche de cenizas nos conocimos¹ y quedamos en volver a vernos para concretar el proyecto de un libro pendiente. En el documental *Si te viera tu madre, huellas de una leona*, se habla de la presentación de un libro sobre La Gorda, aunque ese tomo –que no existió hasta ahora– era un recurso ficcional. Con esta publicación se concreta otro de los deseos de Claudia, una deuda que Marta le devuelve a su gran amiga (la misma que vivió con ella y le llenó la casa de recuerdos). Matías pensaba que ese libro existía, y cuando se enteró de que no, puso su experiencia a disposición para organizar en pos de darle una forma a lo que ya estaba. Una historiadora y un periodista, una mezcla de registros que, en esta ocasión, se dejan llevar por lo que le conviene en cada momento al relato: entrevistas, crónicas en tercera persona, ensayos en primera, e imágenes que acompañan y, de a momentos, toman las riendas.

Hay muchas anécdotas a partir de las entrevistas; la mayoría, momentos de risas y hazañas pícaras. Incluso, cuando de un momento a otro aparecía la tristeza que causa volver sobre violencias de la policía y todas las instituciones, la balanza siempre quedaba del lado de la alegría del desparpajo, de las aventuras de una loca linda que hizo tambalear unas cuantas estructuras. Ensambalar esa vida en capítulos fue pasarla bien y en eso tuvieron que ver Luisa Lucía Paz; María Belén Correa; Marcela La Rompecoches; Los Sapitos José y Marcelo; La Daniel Busato; Caro, la hermana de Claudia. También la voz de La Beba y la abogada Ángela Vanni, que murieron meses después de concretar la entrevista. La coralidad se completa con el aporte de Javier Capuano, que entrevistó a La Gorda en 2010 y nos permite traerla en voz propia, y el trabajo del Archivo de la Memoria Trans, que digitalizó gran parte de sus recuerdos.

Sabemos que este libro podría contarse de otra forma y que se podrían haber subrayado otros momentos, que de La Gorda hay muchísimo más para contar y que, seguro, se merece una gran página en

¹ Léase esto escrito por Marta y Matías, aunque de a momentos usamos el atajo de la tercera persona para facilitarnos la tarea de contar a cuatro manos.

la historia de los activismos en América Latina. Sabemos todo eso y también nos animamos a convivir con la falta, la certeza de que esta elección consiste en una manera íntima de recordarla: desde la rigurosidad del dato a la subjetividad de los sentimientos que despertó su paso en la tierra.

Cuando le preguntamos por qué La Gorda no es una figura tan recordada como otras dentro del activismo, María Belén Correa nos respondió que “hay mucha gente que, ante el gris de las personas, prefiere hablar de otra cosa”. Acá elegimos el gris de una historia con matices; una humanidad que tiene el derecho de haberse equivocado y transitar caminos que no eran lícitos, aunque nadie podría negar que cumplieron con la ley del deseo y estuvieron marcados con códigos. Las glorias de Claudia tienen tanto derecho a ser contadas como sus ocultos, ya que si no estaríamos ignorando su vida y replicando una vez más lo que “la historia oficial” acepta que sea contado: borrando todo rastro de la humana y dejando una leyenda digna de beatificación, aunque mortífera para quienes quedamos. Esperamos que sepan apreciar la apuesta, y que este libro que titulamos *Si te viera tu madre* –como el boliche que tantas alegrías le dio–, sea una invitación a que hagan sus propias conclusiones, sus propias historias para llenar nuevas páginas.

María Marta Aversa y Matías Máximo
Agosto, 2021



PRÓLOGO

POR ORNELLA INFANTE

Convocada a presentar este libro sobre historias de Claudia Pía, quien marcó mi historia, la de las personas trans de la Argentina y de nuestra América morena, no puedo menos que emocionarme y reforzar el compromiso que tan bien supo transmitirme ella: amiga, hermana, compañera.

La conocí en una tarde de invierno de 1996, en casa de Luisa Paz, en Santiago del Estero capital. Luisa me llamó para decirme que había llegado una hermana de ella a la que no veía hace muchos años, y si yo la invitaba a fumar un porro: si de fumar porro se trataba, por supuesto que había que llamarme a mí.

Pía volvía de las termas de Río Hondo, no era la típica trans de aquellos tiempos, y muy rápidamente me deslumbró: empezó a hacer todo el despliegue militante que sabía hacer cada vez que se encontraba con una persona trans y daba inicio a una formación sin precedentes. Te hacía reflexionar sobre lo que sucedía en una vida como es la nuestra, la de las personas trans. Te hablaba sobre la importancia

de lo colectivo, al tiempo que iba tejiendo ese colectivo, invitándote a participar.

Así constituyó, junto con otras compañeras trans como Belén Correa, la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina (ATTTA), organización que supo ser la gran escuela de militantes, donde nos formamos muchas quienes hoy tenemos responsabilidades en organizaciones políticas e incluso en los gobiernos, y que nos nutrimos de diversas experiencias organizativas para llegar a estas otras, de representatividad, en el Ejecutivo nacional o siendo candidatas en elecciones.

Pía significó la esperanza, significó la transformación, significó la organización, significó la transgresión, significó la hermandad, significó el compañerismo, la complicidad y la amistad, lo que una no busca en una organización, pero lo encuentra. Eso significó mi vínculo con Claudia Pía, un vínculo que marcó mi vida a fuego en el mejor y mayor sentido de las palabras.

Y pese a la invisibilización voluntaria de algunos sectores, ella trasciende no solo la Ciudad Autónoma de Buenos Aires o el país, donde se puso a organizar a cientos de mujeres trans en los lugares más recónditos a los que se podía llegar solo en micro, en bici o hasta a caballo, sino también cruzando fronteras para organizar la patria grande.

Ella fue la transformación que nosotras necesitábamos para entender que había posibilidad de vivir como ciudadanas plenas de derechos, ocupando los lugares que históricamente nos fueron negados, y también nos movió a imaginarnos más allá de nuestra expectativa de vida, que es de 35 a 40 años.

Sin Claudia Pía no habría Ley de Identidad de Género; sin Claudia Pía muchas no estaríamos en los lugares en que estamos; sin Claudia Pía no estaríamos imaginándonos o atreviéndonos a imaginarnos ocupar otros lugares, porque fue ella quien nos enseñó a ser, pensar y vivir de la manera en que hoy vivimos.

Pía significa el empoderamiento de las últimas y los últimos de la fila, significa el mayor mérito a la vida de una militante: dejar una marca en la historia de su pueblo.

Como todo lo que refiere a Claudia Pía, este libro es también un proceso colectivo al cual me toca ponerle prólogo para hablar de una revolucionaria e invitarles a conocer más de La Gorda, sin ningún tipo de dosificación .



SEREMOS MÁS QUE PCP (PUTA, COSTURERA, PELUQUERA)

Entrevista a Claudia Pía Baudracco²

Desde los inicios, cuando el activismo era sobrevivir y juntar plata para pagar el bagayo de las que caían presas, hasta la madurez, cuando ATTTA se consolida como organización y Claudia Pía reclama mucho más que los lugares comunes para la población travesti y trans.



² Entrevista realizada por Javier Capuano, a mediados de 2010, hecha en el marco de una tesina en la que se elaboraba un plan de comunicación para lograr que se aprobara la Ley de Identidad de Género. Este encuentro es uno de los últimos registros en profundidad y repasa temas claves para entender en qué estaba pensando Claudia en ese momento de su vida, las alianzas para lograr un proyecto de consenso y sus proyectos como activista. Claudia Pía falleció el 18 de marzo de 2012, y la Ley de Identidad de Género se aprobó el 9 de mayo de ese mismo año.

—¿Cómo se formaron ATTTA y la Federación Argentina LGBT?

—Para el año 1989, yo retiré un análisis de vih positivo. En aquellos años no había medicación, no había acceso a ningún tipo de información. Se hablaba de la “peste rosa” y había una condena social sobre el vih, algo que hoy se está tratando de revertir, demostrando que, en muchos casos, es una enfermedad crónica. Entonces, decidí irme a vivir a Europa, pensando que me iba a morir en dos años.

—¿Dónde vivías?

—Vivía en Buenos Aires. Y bueno, decidí viajar, me fui a vivir a Suiza con un contrato a trabajar a un *night* por ocho meses, y conocí Italia. Y claro, llegar allá y empezar a recibir información de que había centros de atención, que había pruebas de medicación y que había otras compañeras que estaban en la misma situación que yo, por ahí me hizo reflexionar un poco respecto a la opinión que tenía del vih. Y pude revertir esta carga social y cultural que había en Argentina en esos años. Yo digo que la experiencia más positiva que tuve de Europa fue el haber vivido en un país donde la policía estaba para cuidarme y no para perseguirme, cobrarme coima o encarcelarme. Eso me hizo reflexionar, y un día pregunté cómo lo lograron, cómo era que yo podía estar en una esquina ejerciendo el trabajo sexual y que la policía me protegiera en vez de perseguirme y detenerme. Me dijeron que hubo un grupo de compañeras trans que se habían degollado en la Plaza San Pedro en Roma... Yo la verdad que creo que esto es mentira, no está en la historia de los movimientos, así que creo que habrá sido mentira. Pero me motivó para decir nos tenemos que organizar en Argentina y enfrentar tanta persecución policial que existía en aquellos años.



Italia

Regresé en 1993, decidida a no volver más a Europa. Habían pasado tres años en los que vivía entre Suiza e Italia, yendo y viniendo a la Argentina, pero vivía mi gran parte del año en estos países y me junté con un grupo de amigas que estaban esperando que les propusiera irnos todas juntas a Europa. Les dije que no iba a volver a viajar y que mi decisión era organizarnos y comenzar una estrategia, prime-

ro, para poder salir a hacer las compras tranquilas, porque salíamos al mediodía sin estar ejerciendo el trabajo sexual y se nos detenía y se nos ponían los dos artículos: de vestimenta contraria al sexo, que era el “segundo f”; y “segundo h”, prostitución, porque tampoco podíamos justificar un trabajo, ya que no teníamos recibo de sueldo. Cuando esto se reiteraba más de tres veces, éramos remitidas a la cárcel de Devoto.

Teníamos que organizarnos, primero para salir a comprar el pan tranquilas y no volver de la comisaría con la carne y la verdura marchita, la carne podrida después de veinticuatro horas o que terminaba tirándose porque pasábamos a la remisión de los treinta días a la cárcel, a los pabellones que, en aquellos momentos, eran pabellones A, B y C de contraventores, lo que actualmente en la Unidad 2 de Devoto son los pabellones VIP. Muchas pasábamos días en las comisarías, las más frecuentes eran la jurisdicción de la 5ta y la 7ma. Se nos detenía mucho en la 25, que había una discoteca por la zona de Scalabrini Ortiz, donde íbamos a bailar. Y en la comisaría 23, que había un grupo muy pequeño, y también era común estar en la 18 y la 16, que es la zona de Constitución. Empezamos a organizarnos, a reunir a las compañeras y a buscar una estrategia. Ofrecimos nuestra casa para las reuniones, era impensado reunirnos en una plaza porque nos hubieran detenido a todas en la reunión. Entonces dábamos nuestro departamento; en ese momento, yo vivía con María Belén Correa, que años más tarde se exilió en Estados Unidos, y dijimos: “Vamos a ver qué estrategia podemos usar”. Nos reuníamos por lo menos para entender que teníamos la misma problemática, y una vecina no muy comprensible nos denunció, diciendo que no se sabía si era un lugar de prostitución o qué, y nos allanaron el departamento por proxenetismo; todo, obviamente, fue una causa con falta de mérito que quedó archivada. Pero, ante esta situación, buscamos la asesoría jurídica de un abogado. Fuimos por la Comunidad Homosexual Argentina y no encontramos respuesta –estoy hablando del año 1993–. Después fuimos a otro espacio, que era la Biblioteca Gay Lésbica en la calle

Paraná, y ahí también funcionaba otra organización que se llamaba Gays DC, Gays por los Derechos Civiles. Estaba Carlos Jáuregui en esa época, y nosotras le planteamos todas estas necesidades. Un compañero, Marcelo Ferreyra, nos presentó a una abogada heterosexual que había vivido diez años en Alemania (Ángela Vanni) y que, por tener cara de turca había sido muy discriminada; mujer de un diplomático argentino, separada, que decidió empezar a trabajar con nosotras con una estrategia jurídica en contra de estas detenciones arbitrarias. Nosotras, de la semana, cinco días dormíamos en la comisaría y, a lo mejor, dos en nuestras casas. Entonces empezamos a armar como una cadena de reclamos en las comisarías en las que nos detenían, y nos estaba dando cierta posibilidad de retirar a las chicas por la mañana: acompañábamos con la abogada toda la masa de chicas detenidas en la Capital, en la 5ta, en la 7ma, en la 18, en la 16, en la 23 y en la 25. En la calle Viamonte, frente al Teatro Colón, estaba la Cámara Federal para hacer las denuncias y te daban un número de juzgado; íbamos al juzgado, hacíamos la denuncia de la detención arbitraria, que estábamos en disconformidad por el Código de Faltas, alegando la inconstitucionalidad de estos códigos y demás; y así, durante meses, llenamos los juzgados federales de denuncias de detenciones arbitrarias.

Pero, además del trabajo directo que hacíamos con las compañeras, íbamos documentando la cantidad de detenciones que había en población trans para las famosas estadísticas policiales, y las detenciones de lesbiana, de varones trans y de varones homosexuales, gays, que en ese momento aún se seguían llevando nada más que por averiguación de antecedentes o estadísticas. A los varones homosexuales les ponían el artículo 2.h, que decía “incitación carnal a personas del mismo sexo”. Estamos hablando del año 93, que es plena democracia. Bueno, después de toda esta estrategia surgió la autonomía de la Ciudad de Buenos Aires y se comenzó a hacer toda una labor legislativa. Se empezó a estructurar toda la independencia de la Capital Federal, que pasó después a llamarse Ciudad Autónoma de Buenos

Aires. Y, en medio de toda esa labor legislativa, hicimos guardia 45 días hasta que se tocó el tema del Código de Faltas. Automáticamente, por el alegato de inconstitucionalidad, se derogó el edicto policial completo; había quedado, en cierta forma, un vacío legal en algunas cuestiones, como ponerte a orinar en el medio de la calle, andar con armas blancas, embriagado... Había un montón de figuras de control social que estaban legisladas dentro de este edicto policial. Este libro se cayó, y nosotros decimos que, para el año 1997, tuvimos nuestro primer logro como organización trans. Ya trabajábamos en la Ciudad de Buenos Aires y con compañeras del conurbano bonaerense, de la zona sur y de la zona norte. De la zona norte porque se centralizaba el trabajo sexual en la Panamericana; y en la zona sur, Camino de Cintura, Florencio Varela. Y algunos otros espacios como Villa Madero, donde había compañeras que vivían ahí y trabajaban en esa zona y se habían acercado a la organización.

Desde 1993 hasta 1997, nos llamamos “Asociación de Travestis Argentinas”; en 1997, decidimos incorporar la segunda T, “Asociación de Travestis Transexuales Argentinas”; y, en el año 2000, nos lanzamos a hacer el trabajo a nivel nacional. En octubre del año 2000, en sociedad con otro compañero del colectivo LGT, inauguramos un boliche en Santiago del Estero, que se llamó “Si te viera tu madre”. A partir de ahí, empezamos a hacer todo lo mismo que habíamos hecho en la Ciudad de Buenos Aires, en Santiago del Estero: prensa, reclamos, que tuviéramos nuestro espacio. Y había sido en el año 2000 cuando el gobierno de Juárez, en la provincia de Santiago del Estero, había censurado la obra *El cartero*, por los desnudos. Pero bueno, a nosotras no nos pasó absolutamente nada, tuvimos la captación de todos los medios oficialistas, para esa época la revista *La Columna* era como la revista del gobierno oficial de la provincia y sacó una portada en un número del suplemento que se llamaba Santiago Rosa. Y en esa portada estábamos la transformista Daniel Busato, que personificaba a Marilyn Monroe; otra compañera trans de Mar del Plata, Mariana, que imitaba a Britney Spears; y en el medio estaba yo con un *look*

muy Alaska, con mi pelo fucsia y demás. Creo que eso dio el puntapié para que empezáramos a trabajar como red nacional.

A partir del año 2001, yo vendí esa sociedad porque no podía seguir viviendo en dos provincias –Buenos Aires y Santiago del Estero– porque viajaba todas las semanas y era una locura. Empezamos a pensarnos con una libertad mucho más ampliada que no fuera solamente en la Ciudad de Buenos Aires, porque vimos que era como aceptar vivir en un gueto. Salió Quarraccino (Antonio Quarraccino, por entonces cardenal) a decir: “Hay que mandar a los homosexuales a la Isla Martín García”. Y dijimos: “Esto hay que trabajarlo a nivel nacional”; veníamos participando en la Comisión Organizadora de la Marcha desde el 94 y con una participación muy pequeña en el año 93. En el 94, ya con una participación fuerte, se cambió el nombre: no era más “marcha del orgullo gay” sino Marcha del Orgullo GLT, gays, lesbianas y travestis, y ahí creo que empezamos no solamente a multiplicarnos, sino a politizar nuestro discurso y a trabajar por algunas necesidades muy básicas del colectivo. Hicimos todo un estudio de causales de muerte porque enterrábamos compañeras semanalmente. La que no aparecía muerta en la Panamericana, aparecía tirada en alguna zanja porque la habían asesinado o muerta de manera muy dudosa. No se llevaba adelante ninguna investigación en casos, como en el de Gina Vivanco, que la mataron con un tiro de 9 milímetros en un ojo y apareció en la zona sur, cuando levantaron el cadáver lo prendieron fuego, porque dijeron: “Prendan fuego porque capaz que tiene sida”. Esto nos dio un dato de que la muerte paralela era por violencia institucional y vih. Y ahí empezamos a trabajar con todo lo que era vih; con lo que podíamos hacer como pares, porque tampoco había un compromiso del Estado, no había una apertura en el área de sida y, bueno, fuimos logrando incidir, meternos en el área de la salud; y, en el año 2006, nuestro primer logro: ya con quince provincias conformadas en la red, logramos que lo que en ese momento se llamaba “Programa de Sida” realizara una vigilancia epidemiológica y nos tipificara como trans, no como varones ni mujeres. Y tuvimos

datos que cambiaron el paradigma en el vih con respecto a nuestra población. Y yo digo “cambio de paradigma a nivel mundial”: fue el primer país que hizo un estudio de serología en vih específico en población trans. También tuvimos datos muy fuertes, nos dimos cuenta de que nuestra población tenía un promedio de edad de vida de las mujeres trans de 35 años, que era menos de la mitad de la edad promedio de vida de hombres y mujeres en América Latina, que asciende a 84 años. Nos dimos cuenta de que el 34.7% –lo que significa cada mil mujeres trans trans en Argentina, 347– ya vivíamos con el virus del vih. Y entonces empezamos a ver que había una necesidad de fortalecer la red.

Se comenzó a trabajar, en el año 2006, con un fortalecimiento de Naciones Unidas del programa de ONUSIDA, en el fortalecimiento institucional de las líderes, así que viajábamos con Marcela (Romero) y hacíamos el fortalecimiento institucional, golpeábamos puertas en la Casa de Gobierno, en las áreas de derechos humanos, en donde había INADI y en los programas de vih-sida de cada provincia. Algunos programitas eran muy pequeños, había una responsable que dedicaba parte de sus horas de trabajo a que no faltara la medicación para los pacientes de vih de esas provincias. No había realmente una política nacional, como la que hoy existe a partir de la creación de la Dirección de Sida. Sentíamos que estábamos dando mínimas respuestas a tantas necesidades que había dentro de nuestra población. A partir del año 2007, surgió la posibilidad de tomar el modelo de España y armar una Federación, y, cuando nos sentamos a la mesa, las organizaciones fundadoras para aquel momento, Vox Rosario -La Fulana - NEXO Asociación Civil - Fundación Bs.As. Sida y ATTTA, nos propusieron, ya que estábamos representadas en tantas provincias, armar un trabajo federado. Lograr una federación significaba tener una representación de la mitad más uno de las provincias. Y nosotras aceptamos, de hecho, fuimos elegidas como vicepresidenta de la línea fundadora de la Federación LGTB, y empezamos a trabajar fortaleciéndonos y fortaleciendo a otros colectivos que no tenían

visibilidad en el interior del país. El colectivo de lesbianas y gays en algunas provincias era inexistente, no había organizaciones, no había activistas visibles. Todas las activistas gays, lésbicas y trans se centralizaban en la Ciudad de Buenos Aires. Y en Buenos Aires había organizaciones para tirar para arriba, pero ibas a Córdoba y, a lo mejor, había uno o dos activistas que trabajaban vih, diversidad, derechos humanos, aunque no había organizaciones fuertes.

A partir del año 2007, con la creación de la Federación, logramos presentarnos a la convocatoria internacional del fondo de lucha contra el sida. La Asociación Nexo nos hizo de aval legal y recibimos nuestro primer financiamiento para el fortalecimiento de la red. En 2007, tuvimos nuestro primer gran logro como federación nacional, que fue el Primer Encuentro Nacional Trans, que se llevó a cabo en Buenos Aires en el hotel Los Dos Chinos, durante tres días, donde se pudo lograr un documento que fue apoyado por el Inadi nacional, y hubo algunos otros auspicios. Esto tuvo un importante documento que diera dato de la realidad argentina respecto a la población trans femenina. En ese momento, había participado un compañero trans masculino; tenía un discurso medio ambiguo, entre trans masculino e intersex, pero había tenido participación Mauro Cabral en el Primer Encuentro Nacional, como lo tuvo en el segundo y en el tercero. En el Primer Encuentro Nacional, fue invitada Lohana Berkins, por ALITT (Asociación de Lucha por la Identidad Travesti Transexual); Marlene Wayar, por Futuro Transgenérico; Diana Sacayán por el grupo MAL (Movimiento Antidiscriminatorio de Liberación); y Noelia Belén Luna, por el grupo Miser (Movimiento de Integración Sexual Étnico y Religioso). Todos estos datos están documentados en un cortometraje que se llama *Identidad Trans*, que filmó parte de este trabajo y se pudo compaginar con algunos testimonios de las compañeras. Y esto lo realizamos sin financiamiento, entre 2007 y 2008, con un chico que para ese momento iba a ser un futuro director de cine; actualmente lo es, Andrés Rubiño, oriundo de Mar del Plata, pero que estudiaba en la Universidad de Bellas Artes de La Plata.

Lo conocimos porque nosotras veníamos desarrollando, desde el 97, talleres de sensibilización dentro de la Universidad de La Plata, en Trabajo Social. Y ahí él escuchó una charla a la que fuimos y, se estableció el contacto, nos volvimos a ver en la Jornada de Arte contra la Discriminación, en febrero del 2007 en Mar del Plata, con el Inadi, y concretamos y pudimos llevar adelante este documento.

Entre 2006 y 2008, hubo un primer grupo de activistas de América Latina que se conectaron por una reunión de ILGA en Chile, y empezamos a tener algunos datos de otros países. Y veíamos que nosotras veníamos con un movimiento muy organizado, fuertemente, pero también nos dábamos cuenta de que era el único país que había legislado veinticuatro veces para prohibir la homosexualidad y el travestismo, entonces se estaba prohibiendo la libre sexualidad y mucho más la libre identidad de género. Creo que eso nos llevó a organizarnos, por ahí, años antes que otros países de América Latina, frente a la opresión y la persecución que había legitimados desde el Estado. Desde la Federación y ATTTA, se trabajó la misma agenda que era la apoyada por el Inadi como política antidiscriminatoria, con el apoyo, en ese momento, del ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, que era Aníbal Fernández, enviando cartas a todos los gobernadores pidiendo la derogación de estos códigos, que tenían que ver con la libre sexualidad y con la libre identidad de género. En algunas provincias, hemos logrado paquetes más grandes, como fue el caso de Entre Ríos, Santa Fe y Río Negro, que derogaron el artículo que criminaliza la oferta de sexo en la vía pública, el trabajo sexual, que estaba criminalizado en el marco del atentado al pudor; en algunos casos, como la Ciudad de Buenos Aires, era muy cómico porque decía “mediante guiños y contorneos incitaban a los transeúntes al acto carnal”. Yo me imaginaba (*hace gestos*) que era todo un baile en la esquina.

Hemos avanzado en todos estos años, solamente quedan tres provincias. Se hizo un trabajo el año pasado, en septiembre, en Neuquén; creemos que vamos a tener una respuesta legislativa positiva. Nos

falta Neuquén, Formosa y La Rioja. Seguimos trabajando porque estamos convencidas de que en un Estado democrático no puede haber este tipo de leyes que controlen a la sociedad de esta manera, son inconstitucionales, son antidemocráticas. No están siendo aplicadas, nunca fueron aplicadas en Neuquén históricamente, pero consideramos que es importante la derogación. La derogación de estos artículos permite el debate de algunos temas.

—Aparte es una señal política...

—Sí, de decisión, de “vamos por lo menos a tener una agenda donde la diversidad y la identidad de género estén presentes”. A partir del año 2008, con la segunda ejecución del proyecto del Fondo Mundial, ATTTA estableció una red fuerte con dieciocho provincias representadas como es hoy actualmente. Y con un amplio crecimiento en las redes provinciales, porque cada provincia también tiene su red y su referente en diferentes localidades. La que más cuesta es la provincia de Buenos Aires porque siempre recibe el mismo presupuesto que otras provincias más pequeñas, y con menos centralización de población trans, y sigue siendo la brecha que tenemos para continuar en este desafío de construcción de ciudadanía de población trans. En la Federación Argentina, en algunos encuentros y algunas asambleas que hemos tenido, en una manera estratégica, se plantearon los proyectos de ley. Cuando España aprobó la ley de matrimonio y después la ley de identidad de género, nos juntamos con la diputada Silvia Augsburger, en el año 2008; avalamos y trabajamos en una comparativa de las leyes existentes de identidad de género en el mundo. Y de ahí sacamos un proyecto de ley, que aún avalamos como ATTTA y Federación, que es el proyecto de identidad de género de la diputada con mandato cumplido Silvia Augsburger, que está en estado parlamentario desde 2008, pero no ha sido tratado en comisiones. Y, para el año 2009, dijimos: “Me parece que tenemos que tener una ley que

realmente no refleje la comparación de otras leyes, sino las necesidades de la población trans en Argentina”.

Cuando nos dimos cuenta de que Argentina había avanzado, que la justicia argentina había avanzado en estos reconocimientos, vimos que iban todos de la mano de la patologización de la identidad. Las compañeras transexuales alegando y haciéndose cargo de que tenían disforia de género lograban tener su documentación femenina y la aprobación –en el caso de que no lo hubieran efectuado afuera del país– de un cuerpo médico en Argentina para llevar adelante la operación de cambio de sexo. Pero claro, en la población trans, no todas tenemos una construcción psíquica transexual. Queríamos reivindicar los conceptos de travesti y transgénera, pero también tener nuestra identidad plasmada en un documento como las transexuales. Entonces, definimos que la estrategia iba a hacer primero matrimonio para poder discutir la igualdad civil, que tuviera que ver con la inclusión de la igualdad civil en el derecho a contraer un contrato de matrimonio entre dos personas de un mismo sexo, y después venía en la agenda la ley de identidad de género. Se trabajó fuertemente la labor parlamentaria para la ley de matrimonio, pero también se comenzaba a hablar de algo muy desconocido que la gente pensaba de la ley de identidad de género: no se sabía si era la identidad de alguna tela –porque género era tela para ese momento– o alguna ley nueva que querían las mujeres. Porque se había logrado la ley de paridad, “bueno, ¿qué querrán las mujeres? ¿Otra ley nueva?...”. Y fuimos introduciendo estos temas en el debate político.



Marcela Romero, Betty Herrera y Claudia.



Claudia, Ornella Infante y María Belén Correa.

—El matrimonio permitió diferenciar lo que es sexo, de sexualidad, de género, ¿no?

—De identidad. Muchas veces a nosotras nos costó mucho que se pudiera entender que la violencia que vivíamos no era la homofobia sino la transfobia, que no era por con quién íbamos a la cama, sino por la identidad que manifestábamos. En realidad, los genitales la gente no los lee porque no vivimos en un mundo nudista. Pero sí sufríamos la discriminación de tener un documento con un dato registral que se nos dio al nacer y que no se condice con nuestro proyecto de vida, con nuestra identidad. Y en el matrimonio, yo digo que realmente fue algo muy importante porque se logró siete meses de un debate parlamentario enriquecedor para lo que es la sociedad argentina. Hoy, cualquier mujer de barrio, cualquier ama de casa que no tiene una relación con una pareja del mismo sexo o no tiene una pareja del mismo sexo dentro de su entorno de amistad o familiar, puede entender por qué era necesario modificar el Código Civil, porque era impensado que fuera para unos sí y para otros no. Esto es como decir: “Un Código Civil para rubios de un metro ochenta de ojos azules, y otro para para los más bajitos de piel oscura”. Entonces, vino este logro. Yo digo que esta fiesta no solo significó la alegría para quienes venimos luchando desde hace muchos años por la igualdad, sino que significó para una amplia mayoría de argentinos y de argentinas, y para una amplia mayoría de compañeros y compañeras que, de una forma u otra, se hicieron parte de esta lucha, porque se entendió que era necesario igualar los derechos civiles. En el marco de este festejo, la Asociación decidió, junto con la Federación, presentar dos proyectos de ley: uno que contemple la necesidad de poder acceder a la salud integral y al cambio de genitales, y sobre todo que contemple a la posibilidad de la feminización y masculinización de la identidad, en los casos específicos como los tratamientos hormonales; el implante de mamas, en el caso de identidad femenina; la mastectomía en el caso de la identidad masculina; y que este proyecto de ley permita la derogación de una ley que fue sancionada por el gobierno de Onganía, que prohibía dentro

de la ley de la medicina el cambio de genitales; y que, por el otro lado, no fuera un trámite tan largo y costoso como lo es y lo ha sido hasta ahora en la Argentina, ya que fue por medio de la justicia que se pudieron otorgar todos estos casos favorables de reasignación de sexo y de cambio de identidad. Que no nos condicionara a que todas tengamos que tener la misma construcción de identidad, de cambiar los genitales, sino que también contemplara el proyecto de vida de una mujer tran género como yo, de una mujer travesti, como comúnmente se nos llama en la sociedad argentina. Pensamos que, por un lado, era necesario el cambio de nombre de los datos registrales y, por el otro lado, la ley del acceso a la salud para la reasignación sexual.

—Esa es la que contempla el cambio de género...

—Es la que contempla el cambio de genitales y la salud específica, porque muchas veces se dice “la salud es un derecho humano”, pero, para nosotras que no tenemos reconocimiento como ciudadanas –ni los varones trans como ciudadanos–, acceder con un documento de varón a un tratamiento hormonal femenino se dificulta porque bueno, podría tranquilamente un médico llevarlo adelante, un endocrinólogo, pero no hay una cultura de trabajar sobre estos temas. Todavía no hay un reconocimiento de que existimos, de que hay diferentes necesidades específicas en nuestra población. Esta semana ya tenemos tres proyectos de ley que contemplarían la identidad dentro del parlamento nacional. El proyecto 7643 contempla el cambio registral de nombre; y, el proyecto 7644, la reasignación y el acceso a la salud para la población trans.

—¿Y el tercero?

—El anterior que te hablé, que es el de la diputada Silvia Asburguer. El proyecto de la diputada tiene como objetivo la creación de un área dentro de la Secretaría de Derechos Humanos que pueda definir estas

solicitudes de cambio de identidad pero que también sea una oficina donde se puedan crear políticas públicas orientadas a la población trans con una visión de inclusión social. Sobre todo si nos remontamos a que la conformación de la identidad en Argentina nos ha dado datos de que se lleva a cabo entre los 13 y 15 años de edad en la población trans femenina, y que esto conlleva a la exclusión del sistema educativo, a que no se nos facilita el acceso a la educación ni a la salud. Y en la gran mayoría de los casos, también va de la mano de la exclusión familiar. Un niño que viene de la colectividad judía y es discriminado, cuando va a su casa sus padres lo contienen, porque seguramente pasaron por una situación de discriminación; un niño afrodescendiente que es discriminado por su color de piel, cuando va a su casa también es contenido por sus padres, porque seguramente sus padres hayan sufrido esa situación; pero como nosotras venimos de una familia heterosexual, que comúnmente tenemos hermanos heterosexuales, se da que la gran mayoría de las familias, la gran mayoría de los padres y madres de las niñas casi preadolescentes trans, no toman esta decisión de contener la discriminación que existe hacia nosotras sino que las echan, las expulsan de los hogares. Así, muchas comenzamos –como única opción de subsistencia y sobrevivencia– en el trabajo sexual a esa edad, entre los 13 y los 15 años. Seguimos trabajando en la salud; después de haber tenido estos datos epidemiológicos, se avanzó y pudimos lograr que se estableciera un protocolo de atención para población travesti y transexual, que se llamó “Guía de atención amigable para población travesti y transexual”. Esto significó no solamente la creación de un protocolo que contemplara las necesidades de la hormonización y del trato con respeto a la identidad. Se logró una ordenanza ministerial, la 2272, que contempla el respeto del nombre en el ámbito de la salud pública.

—El protocolo que dijiste de atención para población travesti y trans, ¿quién lo aplicó?

—La Dirección de Sida; eso está dentro de la página del Ministerio de Salud, fue para poder establecer una línea de capacitación a los efectores de salud y sobre todo a los médicos, que muchas veces nos costaba que las compañeras volvieran a creer en la institución, que volvieran a creer que había instituciones que las podían recibir de una manera amigable, e hicimos todo un trabajo paralelo: por un lado, acompañarlas a que entren al sistema de salud; por el otro lado, trabajar con los profesionales de salud, desde los hospitales, centros de salud, salas de barrio y dispensarios que entendieran cómo tenía que ser el trato y bajo qué protocolo médico era necesario llevar adelante la atención de la población trans.

Yo digo que la ley de matrimonio no le empeoró la vida a nadie, pero sí se la cambió a un montón de parejas del mismo sexo que hoy no solamente le están dando la posibilidad a sus hijos de que, si falta el padre o la madre, o uno de los dos padres o de las dos madres, la patria potestad sea compartida, y que también para estos contratos civiles de matrimonio existan los mismos derechos en esto de que cuando uno de los cónyuges o “cónyugas” –son cónyuges los dos (*risas*)–, bueno, cuando falta alguno de los dos, que la otra persona tenga el derecho a recibir la herencia y a poder construir una familia con los mismos derechos que cualquier otra familia heterosexual.

—¿Considerás que todo el debate que se da en la sociedad hizo cambiar también un poquito la actitud de la sociedad para con la población trans? ¿O es muy temprano para verlo?

—Creo que es muy temprano para hablar de esto porque la realidad es que aún seguimos recibiendo mucha violencia, somos muy pocas la que hemos logrado estar incluidas en el sistema económico laboral; y las que lo hemos logrado, lo hemos logrado por algún programa

que hemos creado, como es mi caso, que estoy trabajando dentro del Programa de Diversidad Sexual del INADI nacional, que depende de la Dirección de Políticas Antidiscriminatorias, y algunos otros casos aislados del país.

—El otro día salió en *La Nación* que un diseñador de modas tiene como diez o doce empleadas trans, y tienen como un taller y están ayudando, ¿no lo leíste?

—No leí la nota. Parece que, como digo yo, cuando nos piensan incluir en el sistema económico laboral hay tres opciones, PCP: puta, costurera o peluquera. Nosotras podemos estar sentadas en un ministerio, ejercer una política antidiscriminatoria como lo estoy haciendo actualmente, podemos ser médicas, podemos ser abogadas, podemos ser profesionales y también podemos cumplir con las necesidades laborales que tiene el Estado en muchos ámbitos y no creo que volvamos a tener que definir nuestra inclusión solamente con estas tres posibilidades de PCP. También aquella que lo decida tiene que tener el derecho a poder ser una trabajadora sexual y no ser perseguida, pero cada uno y cada una tiene que tener su propio proyecto de vida, y cada uno y cada una tiene que elegir en qué quiere trabajar o no. Muchas veces, cuando se nos involucra, de la mejor manera, se nos involucra en las lentejuelas y las plumas, como en el caso de Flor de la V; y, si no, se nos trata de generar un estereotipo que nos ridiculiza, como es el caso de Zulma Lobato. Nosotras somos personas que pensamos, seres humanos que lo único que tenemos diferente a otras mujeres y a otros hombres es nuestro proyecto de vida en la identidad, tenemos las mismas capacidades para poder recibir información y poder desarrollarnos en cualquier ámbito. Así como digo, la ley de identidad de género no va a ser el cambio brusco cultural, pero sí va a dar una herramienta importante para que, a partir de ese piso, que es el reconocimiento igualitario de la ciudadanía, podamos trabajar en la lucha por el acceso de los derechos humanos. Cuando decimos

“derechos humanos”, son cuatro derechos elementales: la educación, la salud, el trabajo y construir una vida digna dentro de las posibilidades que hay en este país.

—Y ahora, con respecto a la campaña que se está lanzando a nivel nacional, de la Federación y ATTTA, se había hablado –yo me acuerdo– [de que] Flor de la V quería ser parte de la campaña.

—Sí, todavía no se ha tomado la estrategia de involucrar a gente del medio artístico y demás, pero creemos que está dentro de los puntos de la estrategia de la campaña. Sabemos que estamos trabajando con un tema que genera un gran desconocimiento; y te digo, el desconocimiento lo genera la academia y lo genera la simple señora de barrio, entonces salimos a hacer una campaña a la inversa de la ley de matrimonio, salimos a difundir la ley de la identidad de género en los diferentes espacios académicos, sociales, culturales de las provincias. Y estamos también trabajando en la estrategia jurídica, que creo que es lo más importante y va a sustentar el fundamento de la sanción de esta ley, esperamos tener un debate tan rico como el del matrimonio, porque el debate de matrimonio que se dio en Argentina no se dio en ninguno de los otros nueve países que tienen la ley de matrimonio igualitario.

—¿Por qué?

—Porque no hubo un debate tan enriquecedor y con tanta organización social, tanto en contra como a favor, y esto nos favoreció para instalar este tema en la sociedad durante nueve meses hasta la sanción en el Senado. Esto no se dio en otros países; otros países que tomaron esta iniciativa son países en los que el parlamento tiene una agenda anual parlamentaria, y en Argentina van saliendo las leyes a

medida que la sociedad las va haciendo que sean papas calientes, o duermen en los cajones. Y eso fue muy importante. Nosotras, humildemente, no creemos que tengamos esta posibilidad de un debate tan fuerte, pero sí estamos comprometidas a salir a difundir este tema en los ámbitos que se puedan propiciar para la difusión y, sobre todo, en ámbitos académicos y no académicos porque la realidad es que hay un amplio desconocimiento. Y es un desafío, pero también hay que...



—... hay que instalar el tema

—Dentro de este desafío está la agenda pendiente del reconocimiento de derechos de aquellas personas que no lo tuvieron, que siempre les fueron negados, que desde el Estado, por medio de estas leyes de control social, se puede decir que nos puso en una clasificación de ciudadanos o ciudadanas de segunda. Y, por lo que estoy analizando con respecto al diálogo con diputados y senadores, me parece que va a haber mucha menos oposición. El camino ya está arado, ya está allanado con la Ley de Matrimonio Igualitario. La discusión es de una minoría dentro de la minoría, pero hay algo que cualquiera creo

que puede reflexionar y que la necesidad del reconocimiento de la identidad viene de la mano de poder ejercer los derechos humanos, y negarles los derechos humanos a cualquier ser humano creo que es un acto genocida. Para nosotras, el reconocimiento a la identidad no solo significa un documento con nuestra identidad sino que significa la posibilidad de elegir si queremos o no estar paradas en una esquina, si queremos o no ser expulsadas del sistema educativo, si queremos o no seguir haciendo uso y abuso de las siliconas y de las hormonas porque el Estado y el sistema de salud no contemplan las necesidades que tenemos para construir nuestro propio proyecto de vida en la identidad que hemos elegido.

—Ahora, con respecto a otras organizaciones que luchan, como por ejemplo la CHA, que también es una organización local que tiene una historia que la prensa la toma como fuente de información...

—Yo te voy a contar que la Comunidad Homosexual Argentina habla de comunidad homosexual argentina. Así que, en este momento, si bien nosotras hemos acompañado la Ley de Matrimonio Igualitario, sentíamos que no éramos nosotras las que teníamos que hablar. En muchas provincias, ATTTA ha sido el motor para poder impulsar, en tanto movimiento social, en trabajar en pro de los derechos de la diversidad; pero hoy los actores y las actrices de la ley de identidad de género somos la población de mujeres y de varones trans de Argentina. Así que a mí me parece que va a haber muchas organizaciones que van a acompañar este proceso; es importantísimo, va a haber muchos sectores políticos. Estos últimos tres proyectos de ley fueron presentados, firmados por los distintos bloques. Así que este no es un proyecto oficialista ni de ningún partido político, acá estos dos proyectos de ley, el 7643 y el 7644, los firmó el Frente para la Victoria, el Peronismo Federal, el PRO, el ARI, la Coalición Cívica, Libres del Sur, Proyecto Sur, el Partido Socialista...

—Como la misma estrategia para “matrimonio”, como que tenga un apoyo político amplio.

—Esto tuvo un consenso político mucho más grande que la ley de matrimonio. La ley de matrimonio no reunía a todos los bloques, y la ley de identidad de género sí. Y, además, hay algo acá que es muy importante, que es una ley que nos la debemos como sociedad, nos la debemos porque no podemos seguir permitiendo que haya una población que no acceda más que a los 35 años de edad, que aún sigamos muriendo por una enfermedad crónica como es el vih-sida por no acceder a la salud, cuando Argentina, desde el año 2001, garantiza el acceso universal a los tratamientos antirretrovirales. Entonces, me parece que como sociedad nos la debemos, no podemos seguir dejando a esta minoría dentro de los caídos de los caídos del sistema. Y me parece que sí nos podemos dar esta reflexión como sociedad en democracia, creo que nos la podemos dar la diversidad, nos la podemos dar aquellas personas con un proyecto de identidad diferente al que se nos otorgó al nacer, y también, dentro de la sociedad se lo puede dar cualquier señora de barrio, o señor. Creo que esto es algo que tiene que ver con dar una mejor calidad de vida de una población, que, como yo digo, somos la población olvidada de la democracia. La exclusión del sistema educativo yo lo comparo con un genocidio, si muchas veces [se escucha] decir “porque contraí vih a los 16 años”, “lo contraí porque no tenía información”, porque seguimos con hipocresía, porque hay una ley de salud sexual y reproductiva que promete una educación sexual importante y no se está llevando a cabo. Como sociedad, nos tenemos que plantear estas cosas, y la ley de identidad de género va a dar –yo siempre digo– una herramienta importantísima para la lucha y para el activismo; si bien va a ser un logro importante, va a ser una herramienta para seguir trabajando y seguir reclamando esta igualdad que se nos niega de derechos humanos.

—¿Y qué es lo que falta? ¿Los proyectos todavía no ingresaron a ser tratados por la comisión pero tienen comisiones asignadas?

—Los proyectos ya entraron, va a haber una especie de consenso parlamentario en los primeros días de noviembre; y ahora te voy a decir algunas cosas que, si se van a publicar antes de que se hagan, te voy a pedir que no lo hagas. Estamos atrás de la estrategia jurídica de reconocimiento a la identidad; ya el lunes de la semana que viene vamos a tener las negativas de los centros de gestión participativa para todos estos casos en los que fuimos a pedir cambio de identidad y se nos negó. Y, después del lunes, supongo que ingresarán todas las demandas a lo contencioso económico en la ciudad de Buenos Aires y, a partir de ahí, algunas provincias van a multiplicar la estrategia, pero el puntapié inicial está acá en Buenos Aires, donde ya hay un trabajo de sensibilización con los jueces, ya hay un trabajo importante con la visibilidad de la población trans. Hay muchas ciudades donde te dicen: “Yo en mi ciudad conozco una chica pero trabaja en la ruta, no la vemos de día”. Bueno, yo creo que es necesario generar esta igualdad de ciudadanía para que después podamos trabajar temas como la visibilidad, la inclusión y la garantía de los derechos humanos.

—¿Vos estás cien por ciento confiada de que se aprueba el año que viene o a final de este año?

—Nos gustaría que haya un debate rico porque también notamos que, desde la sociedad, hay un amplio desconocimiento y, muchas veces, cuando una no es el estereotipo de la chica trans que está parada en una esquina, también pasás como invisibilizada. A mí muchas veces me preguntan si soy madre, si tengo hijos, y cuando digo que no, me dicen: “¿Qué edad tenés?”. Hoy acabo de cumplir 40 años, pero cuando tenía 39 me decían: “Qué lástima, sos grande, no tenés hijos. ¿Y quién te va a cuidar cuando seas grande?...”. Y la realidad es que una cree que los demás tienen la misma lectura sobre nues-

tra identidad que tenemos nosotras y no, hay un amplio desconocimiento. Muchas veces, lo que no está dentro del estereotipo o lo que no causa el concepto de prejuicio preconceitual también pasa por invisibilizada. Creo que es importante trabajar en esto, en el debate social, en seguir abriendo un poquito la cabeza de las personas y que se pueda plantear por qué, para el cien por ciento de nosotras, el lugar para podernos ver y podernos conocer o tener la mayor cercanía son los lugares de oferta y demanda de sexo, como en las zonas de Constitución, Flores, el bosque de Palermo... Y por qué somos impensadas en la Cohorte 2010 del ingreso del CBC de la UBA o por qué somos impensadas en las escuelas secundarias o en los centros comerciales o en los *shoppings*.

—Hay universidades, creo que la de La Plata y la UBA, donde desde hace poquito les permiten utilizar el nombre.

—Sí, hay una iniciativa de un compañero trans que lo logró en la Universidad de Buenos Aires; Filosofía y Letras fue la primera. Esto depende del decanato de cada facultad. También [lo permite] la Facultad de Periodismo de La Plata, y hace muy poquito lo presentamos conjuntamente con un convenio de trabajo, en la Facultad de Derecho: el reconocimiento de la identidad por medio de una compañera, Jorgelina Belardo, que está en la carrera de Derecho, y que también está acompañando en este proceso de estrategia jurídica y acompañamiento de la campaña nacional de la ley de identidad de género.

—Si bien son cosas más chiquitas, todo va sumando y, además, si el día de mañana se da en La Plata es toda una noticia que se llegue a hacer eso y va a aportar en la causa.

—Sí, yo digo que esto va aportando, ante todo, al debate social; el debate social hace al cambio cultural. De lo que no se habla no existe. Primero hemos generado una gran visibilidad en todo el país, nos

tocó ser pioneras, nos tocó estar acá en la historia; la verdad que a mí me pone muy feliz llevar dieciocho años trabajando en esto. Si no tuviera esta agenda completa, no tendría sentido mi vida; a lo mejor, hubiese tenido otro proyecto de vida y no hubiera sido activista; si hubiera nacido en un mundo con mayor igualdad, me podría haber realizado como madre, haber tenido un marido y haber tenido hijitos e hijitas y una vida común como cualquier otra mujer. Pero bueno, me tocó hacer la historia y acá estoy trabajando.

—¿Te hace feliz pensar que hace diez años ni te hubieras imaginado todo esto?

—Hace diez años que no tengo una pareja estable, y digo que, bueno, muchas veces la demostración de afecto de la gente con la que trabajo, de los grupos de jóvenes sobre todo, cubren esta cuenta pendiente que tengo en la vida, de casarme y de darle afecto contención maternal a un niño o a una niña. Creo que mis hijos y mis hijas son cada ATTTA que se conforma en el interior del país, en cada provincia que es convocada por las compañeras, y por eso llegamos y motivamos a los grupos; y después los segundos amores que son los sobrinos, que son gays y lesbianas que también logran su visibilidad dentro de las provincias; y el colectivo LGBT en su totalidad, la gran familia.

—Y por último me gustaría... ¿No tenés el machete, no? Bueno decime lo que quieras.

—Bueno, te quiero decir que la diputada que dio la firma para el ingreso de estos dos proyectos de ley fue Juliana Di Tulio, del Frente para la Victoria; Merchant, por Proyecto Sur; Roy Cortina y el socialismo; después también Gil Lozano, de la Coalición Cívica. En realidad, hay quince firmas; creemos que para este año vamos a tener la posibilidad de un primer debate en comisión. Y, bueno, como te dije,

en los primeros días de noviembre el consenso parlamentario para que se pueda lograr este debate en comisión, si es posible en el año; y para el próximo año seguir el debate en la Cámara de Diputados y bueno, después ansiar que se debata en Senadores.

—Ahí está un poco más complicadito, ¿no?

—Sí, pero, como te estaba diciendo, dentro de la labor parlamentaria por la Ley de Matrimonio Igualitario se trabajó informando sobre la ley de identidad de género y hubo mucho más consenso que con la Ley de Matrimonio Igualitario.

—Y, de parte de ATTTA, ¿Marcela está al frente del diálogo político?

—La estrategia está medio dividida en dos. Yo soy fundadora de la organización; desde 1993 y hasta 1997 fui la coordinadora general; después estuvo como coordinadora general María Belén Correa; después de que decidió exiliarse en Estados Unidos; hubo una coordinadora interina, Julia Lagos; después fue electa Charo Latessa; y cuando Charo Latessa falleció, hubo una nueva elección y estuvo en un periodo cortito, un año y medio, como coordinadora interina Marcela Romero. En la Asamblea General de 2008, Marcela Romero fue elegida como la coordinadora general, y este trabajo lo realizamos conjuntamente porque, primero, del tema de identidad de género vengo hablando desde hace muchos años y, además, de lo que se trata con este proyecto de ley es de involucrar a más compañeros y compañeras. Acá es necesario que sea oída la propia voz de los actores y actoras de esta necesidad de legislar y de configurar nuestros proyectos de vida. Hay instancias en las que estamos Marcela y yo, hay algunas instancias en las que, por las posibilidades de viajar, ya que estoy ejecutando esta política antidiscriminatoria, tengo la posibilidad de

iniciar un expediente y tener un pasaje para ir a las provincias, se me ve en todos lados pero no por egocéntrica sino la falta de recursos que a veces nos gustaría que pudiéramos estar muchas más compañeras en cada uno de estos espacios que se van propiciando. Pero, de todos modos, las referentes locales en las provincias y acompañadas de Marcela, o en el caso que he ido o tengo programada la agenda ir, siempre estamos presentes en la organización y también en la medida que se puede compañeros y compañeras de la Federación. Creo que la Federación nos ha dado, como sociedad civil, la posibilidad de dar un paso muy importante. El paso de entender que había que dejar de lado los intereses personales, los intereses partidarios, los egos y, como decimos nosotras, los vedetismos para trabajar en pos de mejorar la calidad de vida, del reconocimiento legislativo de los derechos de quienes no tienen y hoy se están empezando a igualar y, sobre todo, poder tener una agenda común; y eso hace que demostremos, como sociedad civil, que hemos avanzado. Si la ley de matrimonio se ha podido sancionar en Argentina –es el primer país de América Latina que lo ha hecho, y estamos entre los diez del mundo–, creo que fue porque se han podido dejar las estupideces de lado y se ha podido avanzar en el objetivo general. En esta ley hay mucha gente involucrada y lo están demostrando; sobre todo, hay una juventud que no es el Movimiento de Liberación Homosexual ni las organizaciones de hace veinte años que nucleaban a gays y a lesbianas. Hoy hay una apertura; yo siempre digo que si a mí me conforma haber logrado mis derechos y no me preocupa la igualdad, me debo considerar una persona mediocre. Creo que hoy la mediocridad se está dejando de lado y se está construyendo democráticamente, nos hemos dado cuenta de que solo sumándonos podemos lograr este cambio.

—¿Y se han acercado más chicas a militar o querer ayudar a partir de todo el debate?

—Sí, hay mucha participación; muchas veces, no todas tenemos el mismo grado de participación y de compromiso. Yo digo que el activismo para mí es una elección de vida; para Marcela también lo es. Y me voy ahora a Santiago del Estero porque tengo este fin de semana una actividad, pero el lunes voy a estar dando una capacitación en Santa Fe y el martes al mediodía estoy saliendo a Paraguay. Y bueno, como ves, mi agenda es bastante movida pero también hay otras personas que aportan y, realmente, ese granito de arena es muy importante, porque hay compañeras que están comprometidas con la estrategia jurídica, con llevar adelante los amparos, con estar presente en los espacios que estamos haciendo la visibilidad, se nota mucha visibilidad del colectivo trans, sobre todo en las marchas que tienen mucha centralización como es la Ciudad de Buenos Aires, Córdoba y La Plata, donde se ven muchas compañeras, y esas compañeras, a veces, solamente se acercan para recibir los servicios de la organización, la asistencia, la consejería, pero cuando son parte del movimiento también están aportando; no quedarte en tu casa cruzada de brazos pensando que el tema es de otro o de otra hace que aportes tu grano de arena. Y después ves que hay mucha apertura también de empezar a comprender estos temas, que son temas que los buscás en las bibliotecas y no los encontrás, los buscás en la universidad y tampoco los encontrás. Es necesario que empecemos a construir teorías y que la teoría no sea solamente de un ámbito académico sino que sea una teoría relacionada con el campo y relacionada con la realidad, que es lo más importante.

—Creo que es todo. ¿Querés decir algo más?

—Invitar a la ley, a la agenda pendiente, a que nos sigamos sumando a crear espacios para que podamos debatir estos temas. Sabemos que

es un compromiso ineludible de muchos sectores, pero es importante que sigamos trabajando porque la ley va a dar el marco legal; lo que va a generar el cambio es el compromiso social y el cambio cultural. No hay leyes que promuevan el cambio cultural sino que hay sociedades que promueven leyes para estar *aggiornadas* a los cambios sociales.

LOS PRIMEROS AÑOS³

Una infancia inquieta



—¿Y esa cabra? ¡Devolvé esa cabra!

A los 12 años Claudia no quería ir más a la iglesia y diseñó una estrategia tan rara como astuta. Si se robaba una cabra del rebaño del templo y la llevaba a su casa, su familia sentiría vergüenza y no la mandarían de nuevo a misa. Eso explica por qué una tarde su mamá llegó de trabajar y se encontró con la cabra atada al árbol.

³ Por Matías Máximo. Entrevistas en conjunto con María Marta Aversa.

—Me la traje de la iglesia.

—Andá a devolverla.

—No. Decile al cura que la tengo yo —dijo Claudia con la misma terquedad que dos años más tarde la destacaría entre las travestis de Villa Madero, “el barrio de las travestis”.

El chantaje de la cabra funcionó. Venado Tuerto, un pueblo de agricultores al sur de Rosario con poco movimiento, salvo la Fiesta Nacional de la Semilla, ya era un infierno grande en el que nadie quería ser el tema de conversación. Ese día la cabra desapareció y Claudia no volvió a las misas.





Este no había sido el primer encontronazo con la iglesia. Tampoco sería el último: a los 8, la habían mandado a un colegio pupilo de varones donde la aguantaron solo unos meses. Caro, la hermana seis años menor que Claudia, recuerda el día que llamaron por teléfono para pedir una reunión urgente: “Según el cura, cuando la mandaban a jugar a la pelota, mi hermana se subía los pantalones short hasta entre medio de la cola, dejando los cachetes afuera. Decían que ‘sus maneras excitantes’ distraían a los compañeros, y mamá tuvo que sacarla ese mismo día después de la reunión. Había empezado en el colegio pupilo de Rosario desde primer grado porque en Venado era costumbre, para que una persona saliera correcta y tuviera buena enseñanza, que el varón fuera pupilo; y las mujeres, al colegio de monjas. Yo iba al de monjas”.

Cuando salió del pupilaje la anotaron en un colegio del Estado donde duró poco. Decían que tenía un vocabulario zafado con el que provocaba que los compañeros no la aceptaran. La solución para que no quedara analfabeta fue que la madre llevara las tareas a su casa y Claudia solo se presentara para dar las pruebas. Así fue hasta los 13, cuando la familia decidió dejar el pueblo y probar suerte en Buenos Aires.

Los documentos dicen que Claudia Pía Baudracco nació en La Carlota, provincia de Córdoba, el 22 de octubre de 1970. Cuando tenía 2 años, una hermana que le llevaba cinco murió por un tumor en el cerebro y dejó una marca en la familia: esa pérdida, el relato del dolor contado con diferentes detalles según el paso del tiempo, quedaría retumbando en algún lugar de la cabeza de Claudia. ¿Una prueba de esas resonancias? Al empezar su transición visible de género, eligió llevar su nombre como homenaje: Claudia.

Que su nacimiento fuera en La Carlota se dio de casualidad, ya que sus abuelos tenían un hotel allá y su familia había viajado de visita cuando llegó el momento del parto. Su papá, Carlos Baudracco, vendía repuestos de autos y eso lo hacía viajar constantemente, mientras su mamá, Estela Graciano, se dedicaba a los trabajos de la casa y las crianzas. Esta estructura cambió de un día para otro. El papá de

Claudia murió a los 31 y su mamá tuvo que salir a buscar el sustento fuera de las tareas del hogar.

Fue en esa época que Claudia empezó a estar muchas horas sola en su casa, con su hermana menor y una chica que las “cuidaba” entre comillas, porque solía dejarlas en la pieza para tener encuentros furtivos en la cocina. Claudia aprovechaba la soledad para fugarse: abría la ventana de su cuarto, que daba al patio, subía al techo y se iba. “Me decía ‘dormite que la hermana ahora viene’. Se iba y volvía al otro día a la hora que sabía que mi mamá venía a vernos. Hacía esas cosas locas, no me contaba a dónde iba y nunca lo supe”, dice Caro.

En esas horas que tenían libres de adultos, Claudia solía vestirse con prendas de su hermana y su mamá: se subía a tacos que le quedaban grandes y polleras que le iban chicas para andar por la casa con una maestría felina. Tenía piernas rellenitas y le gustaba usar los pantalones bien pegados al cuerpo. Si bien no se podía vestir como ella quería, intentaba que en la “ropa de hombre” que la obligaban a usar hubiera algo que llamara la atención de que ella no era un hombre. Cuando la hicieron tomar la comunión, su mamá le había comprado un trajecito y ella se negó a usarlo: le hizo unas pinzas a su gabardina preferido para que le diera un buen calce y se puso una camisa también ajustada.



Después de la muerte del papá de Claudia, la mamá formó una nueva pareja y, en 1983, tuvo a Facundo, el hijo menor de la familia. Pero esa relación duró poco. Cuando el bebé cumplió un año, el padrastro empezó con ataques de esquizofrenia y tenía arranques violentos que nadie sabía controlar. El hogar se volvió un espiral de violencias, una cadena de quién culpaba a quién. La madre decidió que había que poner un corte a ese vínculo, por el bien de sus hijos, y pensó en vender la casa de Venado Tuerto para empezar de cero en Buenos Aires, donde había algunos familiares que le podrían dar una mano. Le preguntó a Claudia, que por entonces tenía 12 años, si le parecía una buena idea y ella fue la más contenta. El pueblo le quedaba chico e irse era justo lo que deseaba: tenía la posta de que en la ciudad había personas que la ayudarían a ser mujer.



Al llegar a Capital Federal, fueron a vivir a la casa de una tía, pero Pía no quería saber nada de estar ahí.

Marica, mariquita, mariconcito, putito, gordito puto.

Sus primos le ponían adjetivos a sus modales todo el tiempo, tanto que cualquier cosa, incluso la calle, prometía ser un lugar mejor.

En pocas semanas, Claudia había empezado a hacer los tejes necesarios para relacionarse con los contactos que le habían pasado en Venado Tuerto, esas personas que la ayudarían a hacerse el cuerpo y conseguir plata a pesar de ser tan chica.

Escapar del infierno de esa casa fue un salto hacia la adultez prematura. Así conoció a La Tabi, su primera madrina travesti. “Ella se va con La Tabi porque alguien en Venado le había dicho que la iban a entender en su proceso de cambio. La Tabi vivía en Constitución y ya era una travesti grande, que entendía los códigos de la calle y cómo manejarse. Le dio un lugar y Pía se quedó. A veces venía a vernos, pero poco”, recuerda Caro.

Con 13 años Claudia empezó a tomar las hormonas que se recomendaban de boca en boca en lo de La Tabi. Ninguna sabía bien las

dosis, pero el cóctel feminizante era un saber popular que se pasaba entre generaciones. Tampoco precisaban recetas magistrales para conseguir las, ya que tenían marcadas las farmacias donde les vendían sin la burocracia de ir a un endocrinólogo.

Entre la ropa y las hormonas la imagen de Claudia empezó a cambiar rápido. También se dejó el pelo bien largo y lo tiñó de un rubio platino desbordante. Era otra: la ciudad se le metió en el cuerpo.

Cuando su familia dejó la casa de la tía y fue a vivir a un hotel, Claudia se les unió. Su mamá estaba impactada con el cambio de imagen; en 1983 no era común ver esas transiciones, salvo que fueras una cantante de rock glam. En esa época, las únicas travestis visibles aparecían en la sección de policiales de los diarios.

—¿Qué es lo que está pasando? Tenés los pezones hinchados, esa tintura amarilla que te pusiste, ¿qué es? —le dijo su madre en el hotel.

—Yo quiero ser mujer —dijo Claudia.

—No puede ser.

—Sí. Lo vas a tener que aceptar porque yo quiero. ¿Vos te acordás todo lo que pasaba en el colegio? Quiero que entiendas que yo nací mujer. No soy hombre.

—No. No puede ser.

Pasarían tres décadas para que su madre llamara Claudia a Claudia. De a poco la aceptaba, escuchaba sus historias e incluso iba a pasar navidades con otras travestis y trans amigas. Pero en todo momento su madre la seguía llamando con el nombre masculino que le puso al momento de parirla. Para Caro, en cambio, la transición fue de lo más natural, algo que no le llamó en absoluto la atención: “Yo entonces tenía 8 años pero para mí fue lo más normal del mundo, porque nunca llegué a verla como hombre. Ella hacía cosas afeminadas cuando yo era chica y cuando entré a mi adolescencia ya se vestía de mujer. No es algo que me haya afectado. A mí me preguntaban y decía ‘mi hermana’. La gente, cuando salíamos a la calle, le gritaba todo el tiempo ‘puto de mierda’. ¿¡Qué te pasa, la concha de tu madre!?, era mi respuesta. Me molestaba mucho que la trataran así”.

Cuando lograron vender la casa de Venado Tuerto, compraron un departamento en Once, donde había libertad total doce horas al día: su madre había entrado al instituto de salud Luis Pasteur como administrativa y hacía un horario de ocho de la mañana a ocho de la noche. En esos ratos, el departamento de dos ambientes era el punto de encuentro de Claudia y sus amigas travestis y trans. Se montaban, compartían trucos de maquillaje e imitaban a Rafaella Carrá y Moria Casán. Estaba de moda bailar como los carolos agraciados de la Carrá y usar la peluca como un látigo que se movía junto a la cabeza. ¡Pum! *Me explota, explota, me explotó* ¡Pum! *Explota, explota mi corazón*. El cuerpo de Moria era un ideal donde las flaquezas no tenían sentido, todo debía hacerse mostrando la carne rebosante de pechos, cola, boca y ojos. Se decía que en todo cuerpo hay algo exuberante, solo es cuestión de subrayarlo. Sin importar qué día fuera, la casa se volvía una fiesta que daba caricias por lo mismo que afuera venían las palizas.

No duró mucho. Los de abajo, los del costado y los de arriba se quejaron con su mamá: el desfile que se juntaba en el piso 7 sobrevivió unos meses y la fiesta tuvo un final. Después de probar el placer de tener el deseo en el cuerpo no hubo retorno. Con 14 años, sin ganas de perder tiempo en cosas que no fueran ser ella misma, Claudia se fue de su casa.



Villa Madero es un barrio humilde de San Justo, dentro del partido conurbano de La Matanza, que limita con la ciudad de Buenos Aires por las autopistas Ricchieri y General Paz. El tráfico constante de camiones y su lugar de periferia lo volvieron, desde finales de los 70, un espacio ideal para ofrecer sexo a cambio de dinero, lo que en otras zonas más urbanizadas se castigaba con la cárcel por los edictos policiales. Una noche, a sus 14, Claudia estaba en una bailanta y conoció a una amiga travesti. Aunque se movía desafiante en la noche, nadie que hablara dos palabras con ella podía ignorar que era una nena medio perdida. Esta amiga le ofreció pasar la noche en la villa Madero, famosa por ser “la villa de las travestis”, y esa noche duró dos años...

La casilla de Nené estaba en el corazón de la villa. Para llegar había que conocer los atajos que la volvían difícil y, a su vez, le daban ese aire de fortaleza, porque a lo de Nené no se llegaba de casualidad ni en medio de una confusión; para encontrarla había que tener muchas ganas. Nené era una compañera mayor que Claudia, pero no tanto –tenía 30 años–, y cargaba un corazón mucho más grande que ese lote de seis metros por ocho, donde se levantaba una casilla de chapa y cartón con tres habitaciones: una para ella y su novio, otra donde vivía Luisa Paz (activista y expresidenta de la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina) y su novio, y una tercera habitación donde había tres cuchetas. No se pagaba alquiler, la luz estaba enganchada y el agua también. Lo único que había que asegurar era la comida, un día cada una, menos Nené, que ya ponía la casa.

La policía había plantado un patrullero exclusivo, el móvil 109, para custodiar la entrada principal de la villa: cualquiera que saliera iba presa, sin importar lo que estuviera haciendo: “Había estrategias para comprar en la panadería adentro de la misma villa, cuidando que no hubiera ningún policía en el pasillo porque de solo pasar nos llevaba. En una primera época, trabajábamos ahí y no teníamos demasiados problemas, pero empezaron a venir más y más y ya era demasiado visible: llegamos a ser 77 travestis en seis cuadras y el movimiento de los autos era impresionante. Trabajábamos sobre el

costado de la villa y era recontramil notorio que se estaba trabajando”, recuerda Luisa, que es la única sobreviviente de ese grupo. “Nos querían exterminar. No importaba si tenías documento. Igual nosotras no teníamos, no hacía falta porque te detenían lo mismo; si te detenían de jogging, sin pintura, porque ya te conocían la cara, era exactamente lo mismo que estar prostituyéndose. No había necesidad de tener ningún papel, incluso nosotras mentíamos los nombres, dábamos datos falsos para no acumular antecedentes, porque igual te tenían presa cuatro o cinco días”.

Por entonces, Luisa tenía 18 años y Claudia, con 14, llevaba el doble título de ser la más chica y la más liera de la casilla. Un poco por niña y un poco por el carácter que había curtido desde su infancia, sabía protestar tanto por el dulce de leche como porque alguien no quisiera pagar lo que correspondía. El *look* que usaba para salir a la noche era siempre el mismo: un chaleco de jean, una pollera mini también de jean y unas botas bucaneras que le llegaban por arriba de la rodilla. Sumado al estirón propio de la edad, su cuerpo adolescente empezó a cambiar rápido con el cóctel de inyecciones y pastillas que circulaban en la villa: “Pía (Claudia Pía) se infló ahí. La Gaby La Gorda vino con el cuento de cómo se hacían las tetas porque se enteró de cómo las hacía La Caty de La Tablada. Cobraba caro para ese momento, unos 5 mil pesos, y para nosotras que estábamos en una situación de violencia con la policía era muy difícil conseguir esa plata. Ella vino con una novedad que nos cerraba, porque a la silicona era muy difícil llegar. ‘Che, esto es más barato, mirá, averigüé, leí, ¡es la misma consistencia!’. Había descubierto la vaselina”, dice Luisa.



A fuerza de palos y arrestos la villa atrapaba y no dejaba salir. Las que se animaban a ir más allá de los límites imaginarios que marcaban los pasillos caían presas o quedaban expuestas a violencias naturalizadas. Una de esas atrocidades llegó a todos los medios de la época. Lo llamaban “El loco de la ruta” –aunque nadie puede afirmar si no eran varios que hacían lo mismo–, y atropellaba a las que se paraban en la banquina de la autopista General Paz. Su forma era acercarse lento, simulando ser un cliente, y acelerar de golpe para tumbar todos los cuerpos que fuera posible.

La farmacia les vendía la vaselina en frascos de vidrio de un cuarto litro, que se empezaron a acumular por todas partes para guardar los condimentos, la *bijouterie* y lo que entrara. En solo una semana todas en la casilla de Nené quedaron infladas. Pero después de envalentonarse con la vaselina, todo aceite era visto con buenos ojos,

aunque nadie imaginaba cuáles podían ser los efectos secundarios de meterse un líquido y que el cuerpo lo quisiera expulsar.

“La Nené y otras dos chicas se pusieron aceite de avión Bardahl, porque frente al costo de la vaselina era más barato. Era cuestión de meterse cualquier cosa pensando que una consistencia parecida iba a tener el mismo efecto que la silicona industrial; incluso hay una que se puso aceite Johnson. Con La Pía y el otro grupito no llegamos a ponernos Bardahl porque vimos que antes de la semana se les empezó a infectar: se apretaban y les salían chorros y chorros de pus y terminaron en el hospital”, cuenta Luisa. Al poco tiempo, Pía viajaría a Europa y conocería la libertad de caminar por la calle sin ser arrestada, aprendería a poner siliconas, se volvería activista y lucharía por los derechos de sus compañeras. Pero esa es otra historia, que sería imposible de entender sin esta.





DE VILLA MADERO AL MUNDO

Entrevista Luisa Lucía Paz⁴

Luisa y Claudia Pía se unieron en Villa Madero y las vueltas de la vida las volvió inseparables. Desde Santiago del Estero, Luisa fue el puente para que Pía abriera el boliche Si te viera tu madre, y luego se federalice ATTTA.



⁴ Por María Marta Aversa y Matías Máximo.

—¿Cómo conociste a Claudia Pía?

—Conocí a La Gorda (Claudia Pía) más o menos a sus 14 para 15, cuando ella llegó a la villa, debe haber sido el año 1984. Era muy quilombero, se peleaba permanentemente con todas, era metida, era traviesa. En aquel momento vivíamos, si mal no recuerdo, ocho trans en la casa de La Nené: estaba La Nené y su pareja, La Gabi La Chueca, La Pía, La Laisa, La Sonia, yo con mi pareja y La Marcela La Mula. Trabajamos ahí nomás, al costado de la villa, en Villa Madero. Al comienzo no teníamos demasiados problemas, podíamos trabajar tranquilas, pero empezaron a venir más y más chicas y ya era demasiado visible, llegamos a ser 77 en seis cuadras y el movimiento de autos era impresionante. Desde la autopista se renotaba que trabajábamos sobre el costado de la villa, hasta que cambiaron al jefe de calle de la comisaría 3ra de Villa Madero, incluso llegó a instalar una camioneta (la 109) con seis policías las veinticuatro horas, destinada exclusivamente a no permitirnos que circuláramos con libertad, a cazarnos, a exterminarnos. Solo se retiraba para hacer el cambio de guardia. La habían puesto estratégicamente en la entrada de uno de los pasillos principales, por donde salíamos. Esto era en la colectora entre Richieri y General Paz, y arriba del pasto de la vereda del frente pusieron la camioneta, para que quede mirando con la trompa justo en dirección a la entrada de la villa. No podíamos ir ni a comprar pan, solo por pasar nos llevaban, nos querían exterminar por ser trans. No importaba si tenías documento o no. No hacía falta tener documento en aquella época, te paraban y detenían igual; la solicitud del DNI era solo una excusa para detenernos, no importaba tampoco cómo estabas vestida, porque había un edicto policial que nos criminalizaba, aunque te agarraran comprando pan era lo mismo, nos llevaban por portación de rostro. Ellos tenían un registro fotográfico de todas las chicas, para poder detenernos en cualquier ocasión o lugar, independientemente de lo que estuviéramos haciendo.

Una vez nos fuimos con La Gorda, nos arriesgamos a ir a comprar antibióticos para otra chica que volaba en fiebre por la silicona, y

dentro de la farmacia de la zona había un policía que avisó a la comisaría que estábamos dos trans. A los diez minutos (ni siquiera llegaron a atendernos), llegó la policía y nos llamaron afuera. Salimos con La Gorda, ella les gritaba de todo, y sin decirnos nada nos metieron en la camioneta y nos llevaron presas cinco días, que nos trasladaron a la otra comisaría en Villa Transradio, en el municipio de Esteban Echeverría. Incluso nosotras mentíamos nuestros nombres, dábamos falsos, era lo mismo mentir, no importaba porque igual ibas a estar presa tres o cinco días.

—¿En ese momento ya había hecho su transición?

—Cuando La Gorda llegó a la villa se estaba autohormonizando, al igual que todas, y a los cuatro meses se infló ahí, se hizo colocar el aceite. Yo tendría 18 para 19, La Gorda era la más chica, y La Nené, que era la dueña de la casa donde vivíamos, tendría unos 30. Todas queríamos cambiar nuestros cuerpos, que el espejo reflejara lo que anhelamos. Un día La Gabi La Chueca vino con el cuento de cómo se hacían las tetas, dijo que ella sabía y, si lo permitíamos, ella nos haría. Todas sabíamos que La Cati de La Tablada se dedicaba a colocar inyecciones de silicona, pero cobraba caro para nuestro bolsillo, que apenas podíamos hacer para comer todos los días y compartir los gastos que ocasionaba mandarles el bagayo a las que caían presas. Encima de todo, teníamos a la policía las veinticuatro horas, era casi imposible pensar en juntar plata para cualquier cosa. Para nosotras, que vivíamos en medio de ese infierno violento policial, no era difícil, era imposible que pudiéramos pagar ni a La Cati, ni mucho menos a un cirujano. La Gabi vino con la novedad de “che esto es más barato...”, y era puntualmente vaselina. Primero, se puso La Gabi (ella sola), después ella le puso a La Nené. La Gorda creo que fue la cuarta. Ella se puso en las tetas y las caderas, pero no se puso mucha cantidad como yo, que me puse las dos caderas. Nosotras con La Gorda nos pusimos poca cantidad en comparación con las otras. Cuando noso-

tras vimos que las que se pusieron primero les dolía, porque les daba la impresión la aguja y qué se yo, nos pusimos vaselina las siete juntas, en el transcurso de una semana, un día cada una.

—**Casi que compraban al por mayor.**

—En la farmacia venían unos frasquitos de vidrio de cuarto o menos, no sé bien las cantidades porque La Gabi nos indicaba las cantidades de frascos que cada una debía comprar. Recuerdo que el farmacéutico no entendía nada porque no sabía qué carajo hacíamos, todos los días iba una trans distinta a comprar la vaselina y no eran las mismas cantidades. Nosotras con La Gorda, antes que nos pusieran el aceite, soñábamos con la ropa interior y los modelitos que nos pondríamos. Veíamos que solo había una posibilidad de tener ese cuerpo que tanto soñábamos, es más, ni siquiera viendo el dolor que causaba a la que le ponían antes se nos cruzaba la idea de no ponernos. Ni siquiera cuando se le empezó a infectar a La Nené, a la semana de colocarse, hizo que alguna del grupo se negara. Era mucho más importante, mucho más fuerte, nuestra necesidad de feminizar nuestras cuerpas que cualquier dolor o infección o lo que se atravesara a nuestro deseo más profundo.

La Gabi andaba buscando en diferentes lugares otras opciones, algo que reemplazara a la vaselina porque el farmacéutico de la zona se había enterado de cuál era el destino de tanta compra. Incluso, hubo una que se puso aceite Johnson y también tuvo problemas. Pensaban que si tenía una consistencia parecida iba a tener el mismo efecto que el aceite industrial. Pero no. La que ponía La Gabi La Chueca se la aplicaba también a sí misma y tuvo las mismas consecuencias que el resto: infecciones permanentes. Me acuerdo de que una vez también La Nené, La Marisa y La Gabi La Chueca se pusieron aceite para autos, ¡de verdad!, de la marca Bardahl, y nosotras con La Gorda no nos llegamos a poner por dos razones: primero, porque ellas mientras se ponían lloraban a gritos de dolor al hacer ingresar ese aceite por las jeringas en sus tetas; y segundo porque apenas dos días después se les infectó feo, les salía pus por la teta, y eso

se iba agrandando y les dolía muchísimo. Se apretaban y salían chorros y chorros de pus, tuvieron que ir al hospital a hacerse atender, al Piñeyro, que era donde íbamos nosotras.

—¿Hormonas también se usaban?

—La misma Gabi venía y nos decía “¡Ay!, me pasaron esta receta las chicas de Camino Negro, ahora estoy tomando Ginoblar o Anoblar”. Eran veintiuna pastillas, una por día, mientras que el fin de semana nos poníamos una Perlutal inyectable, de cualquier color (rosa o celeste); a eso le agregábamos, cada quince días, una Solumna. Tomábamos tres diferentes, sin prescripción médica, sin medir las consecuencias y así conseguir el efecto más rápido. Una bomba para nuestro organismo, una locura. Recuerdo que nos hacíamos burla con La Gorda porque, cuando peleábamos, la excusa para decirnos “loco” era por tomar tanta hormona. Era tal la cantidad de efectos adversos que padecíamos que a mí me operaron en el 87 de obstrucción intestinal, en el Piñeyro también. A las hormonas las conseguíamos en misma la farmacia, incluso hubo una época en la que, cuando alguna se llegaba por la farmacia para comprar las hormonas, nos decían: “Me llegó esta nueva”; y nosotras, sin siquiera haber leído el prospecto, le decíamos: “Ah bueno, ¡deme dos!”.



—¿Cómo se llegaba a lo de Nené?

—Por lo general, siempre nos llevaba una amiga. Yo no recuerdo quién la trajo a La Gorda; me parece que ella había ido a un boliche, se encontró con una guerrilla nuestra y habrá sido “vamos a dormir a la casa”. En lo de La Nené no se pagaba alquiler, luz tampoco porque estaba enganchada. Lo único era la comida: un día cada una debía hacerse cargo de cocinar para la grupa, menos La Nené porque ella ponía todo, casa, cama... todo. Me acuerdo de que La Gorda era repleadora, pero no de mala, ¿viste cuando sos pendeja y sos quilombero, buscapleito, de la nada? Bueno, así: “Este es mi tenedor y mi cuchillo, ¡dame!”. Al principio, si bien convivíamos, no éramos íntimas, porque yo y La Nené éramos las únicas que estábamos en pareja conviviendo. Yo tenía una camita de una plaza en mi habitación, y ella tenía su dormitorio con su cama y su marido; el resto vivían todas amontonadas en tres camas cuchetas, y ahí estaba La Gorda con las otras. Una vez –yo creo que fue La Gorda–, se comió todo el dulce de leche. Esa noche hubo un lío..., eran las dos de la mañana y seguían peleando por el famoso pote de dulce de leche. Discutían, gritaban, lloraban hasta que nos levantamos todas, un quilombo. Se tuvo que levantar La Nené porque, de alguna forma, ella oficiaba de madre. En la ropa también éramos muy personales. Me acuerdo de que ella usaba una minifalda y campera de jean, todo celeste, y botas caña alta bucaneras. Ese era el uniforme de todos los días para ir a trabajar.



—¿Había estrategias para zafar de la persecución policial?

—Nos perseguían las veinticuatro horas; cuando veíamos que venía la policía, nos poníamos a correr y en dos segundos ya estábamos arriba de los techos de chapas. Ellos no se metían ahí, nos tiraban pero no a matar, nos amedrentaban con los tiros. Cuando nos agarraban, nos cagaban a trompadas y patadas por todas las veces que no nos podían agarrar, pero nosotras ya estábamos curtidas, quizá porque para nosotras era como un juego, era la condición *sine qua non* por ser trans, un juego muy perverso que debíamos hacerlo carne. Agarraban hasta cinco, con ese número ya estaban conformes; y, al otro día, otra vez correr y saltar los techos. Había que cruzar un zanjón y La Gorda se tiraba al agua sucia putrefacta porque ella no corría tanto, no estaba tan diestra para treparse a los techos. El tema era zafar diariamente de caer presas, no importaba qué nos salvara. También aprendimos técnicas para que no nos agarraran a todas: venía el patrullero a cien por hora, frenaba de golpe y abría las puertas. Cuando lo veíamos acercarse a una distancia considerable corríamos para diferentes lados, nunca a la par, y de esa manera agarraba a alguna, pero no a todas. Entonces como no podíamos ir nosotras a la

comisaría a averiguar por las detenidas, les pagábamos a vecinos para que hicieran ese trabajo. También sabíamos los horarios del cambio de turno, y era casi una hora en la que podíamos salir a lo que fuese, tratar de hacer un mango, comprar para comer, salir a la farmacia o armar el bagayo para las presas.

A fines de los 80 Claudia Pía se fue a Europa y Luisa pasó de vivir en lo de Nené a tener su propia casilla en Madero. En una visita de Claudia Pía al barrio, Luisa le ofreció que, cuando quisiera, se quedara a vivir con ella. Pero La Gorda debía volver a Europa, y Luisa se volvió a vivir a Santiago del Estero. Fue en 1995 que una amiga en común las volvió a conectar.

La Gorda siempre jodía con las fotos, le encantaba, tenía una buena cámara y sacaba muchas. Ese tema para ella era importante, era una de sus prioridades y siempre andaba pidiendo y juntando. La Carla La Tucumana (una amiga trans en común), cuando vino a Santiago, me pidió que le mostrara mis fotos. Entre todas mis fotos, había una sacada en Uruguay en la que estaba La Gorda con La Patricia Rasmussen y una chica de allá: “Ay, a esta la conozco, ¡vivía conmigo!”. Para esa época, La Gorda ya vivía en Almagro, alquilaba un caserón antiguo en Sarmiento y Gascón. A Carla, mientras veía esa foto, le dije: “Cuando la veas a Pía, dale saludos”, porque La Carla de Tucumán iba a Buenos Aires y paraba en lo de Pía. Supongo que cuando fue le dio mis saludos y La Gorda le dijo: “La quiero ir a visitar”. Y fue así que un día, de paso a Las Termas, llegó con La Janette; me acuerdo de esa vez que tenía puesta su campera amarilla, que la amaba. Hacía muy pocos días que había fallecido mi mamá y le conté. Y al escucharme no sé qué le pasó a La Gorda, pero la cuestión es que a partir de ahí le agarró un amor total. Me dijo que se lamentaba por no poder ir a vivir a Santiago, porque encontraba la paz que no encontraba en otro lado.



De paseo por Santiago del Estero.



—**¿Y desde entonces retomaron la amistad?**

—La Gorda llegaba a casa, dejaba la valija y me decía “ahora vengo”. Se iba a lo de Fulana, Mengana, Zutana y por ahí ni volvía porque se quedaba tomando y jodiendo. Hasta se llegó a traer su moto Vulcan por tren hasta Santiago; para ella era central, porque de ahí se iba a Jujuy, Salta, Tucumán... Todo en moto. La primera vez estuvo tres meses, que al fin de cuentas casi ni paró en casa porque vivía de viaje en viaje. Otra vez había viajado con Andrés La Como Loca. Llegó a amar tanto Santiago que incluso puso un boliche en el 99, junto con Claudio Cortez, un amigo de Santiago. Ella decía que por ser trans no podía hacer las gestiones para hacer bajar un medidor de luz, ni firmar un contrato de alquiler de un local comercial, entonces el que firmaba todo era Claudio. Ella hasta soñaba con el nombre y logró ponerle “Si te viera tu madre”, era un nombre llamativo para esa época... Nunca le pregunté el significado... no era necesario, era evidente.

—**Debe haber sido una revolución para Santiago del Estero, ¿cómo fue recibido?**

—Cuando ella se decidió por emprender este nuevo proyecto, pensó y nos compartió algo muy lindo. Nos juntó a sus amigas más allegadas, con las que tenía plena confianza, porque a ella le parecía más interesante invitar a sus amigas y que entre todas nos pusiéramos a la tarea de pintar el boliche. Nos íbamos los fines de semana y mientras ella hacía el asado o un lechón para el grupo de chicas, pintábamos. Éramos como seis las que nos juntábamos, hicimos un motivo de cebra en las paredes y me acuerdo que entre chupi, joda, asado y pintada, nos hablaba de derechos humanos.

En la inauguración era impresionante la cantidad de gente; fue algo muy lindo porque nos hizo parte de su sueño. Estaba llenísimo, era algo novedoso para Santiago. Si bien no era muy grande para ser un boliche “de ambiente”, como se le decía, era lo más top de Santiago.

Había números de transformismo y llegamos a tener la visita de un exgobernador que iba a ver los *shows*. Abríamos los viernes y sábados, aunque el fuerte eran los viernes. Para ese entonces La Gorda viajaba mucho, llegaba los jueves y volvía los lunes a Buenos Aires. En ese momento ella estaba en la caja de la barra, y el otro dueño estaba cobrando las entradas. Ella no podía viajar mucho por la silicona, nos contaba que no quería viajar tanto, era mucho, entonces pensó en estar tres meses en Santiago y tres meses en Buenos Aires.

—¿Y cómo era la dinámica de las fiestas?

—Había muy buena onda de parte de la gente que se hizo habitué. Arrancaba con música fuerte, por lo general temas muy actuales; en determinada hora se cortaba la música y empezaban los *shows*. Si te viera tu madre tenía como mozas solamente a dos chicas trans, que todo el mundo adoraba. María Marcela que era flaquiiiiita, y una grandota muy opuesta a Marcela, se llamaba Fiorella y era de Tucumán. Las mozas eran furor porque estaban como “dragqueeneadas”, tenían un enterito en composé con las paredes, acebrado, blanco y negro muy llamativo, tanto que todo el mundo se daba cuenta de que eran las mozas del lugar. Con la policía no había drama, en ese momento pagábamos para custodia, pero ellos estaban afuera. No los queríamos cerca. Para la comunidad trans era muy importante que una compañera fuese la dueña de un lugar donde no se discriminaba (era el único, en ese momento). Había gente que pensaba que era un antro en todos los sentidos, pero este era un lugar de diversión con total libertad después de haber vivido tanta represión y hostigamiento policial. Nosotras llegamos a cerrar, a duras penas, a las ocho de la mañana porque no se querían ir. Otra cosa buena que tenía es que estábamos fuera del ejido de la ciudad. Costaba llegar porque estaba a cinco kilómetros y no era demasiado accesible, tenías un solo colectivo de línea urbana que pasaba cada tres horas: te ibas a las nueve de la noche o al otro día... a no ser que fueras en taxi, remis o moto.

Estábamos sobre la ruta pero era un tanto retirado, así igual a las tres ya no entraba un alma. En invierno no hacía falta ninguna calefacción, ¡hacía un calor!, no había lugar, había gente afuera por la falta de espacio.

—**Y encima, siendo Santiago, no habría mucho lugar para elegir.**

—Cuando abrió el boliche, fue tapa de la revista local “Santiago Rosa”, y salieron La Gorda, La Busato y La Marianita. La inauguración la hicieron La Busato y La Belén (Correa) con un muy lindo *show*, por eso tuvo las repercusiones que tuvo.

Como La Gorda paraba en mi casa, eso implicaba que se volvía la dueña del lugar (risas). Tocaban el timbre y la buscaban a ella, sonaba el teléfono fijo y ella lo atendía. Invitó a sus amigas, a las nuestras y llegaron de todas las provincias, principalmente del norte. Mi casa era una cocina en el medio, una habitación adelante y una detrás. Entonces, les dije: “Chicas, traigan la carpa y arman afuera”. ¡Llegué a contar veinticinco carpas entre viernes y sábado! Las compañeras se bajaban del colectivo en la terminal y sin conocer le decían al remisero: “Llévame a la casa de La Luisa, y ya todos sabían” (risas). Yo tengo a la vuelta de mi casa la comisaría 8va y jamás tuvimos ni un problema, y mirá que había veinticinco carpas, para comer, para bañarse... ¡un quilombo!, y ella era feliz, la más feliz de todas, era lo que más le gustaba. ¡Era su gran sueño! La Gorda era mandona: “Vos allá, vos allá, vos te vas a bañar primero...”, le encantaban esas cosas, organizarle la vida al resto; yo la veía feliz. Recuerdo que cuando pasó el primer fin de semana de la inauguración, ese domingo a la siesta, quedaban todavía algunas trans y había que comer; el día anterior dijo: “Piensen qué van a comer mañana porque se van a mamar y no va a haber qué comer”, así que juntó plata y compró empanadas a unas señoras del barrio.

Ella estaba en todo.

Hubo un montón de chicas trans jóvenes que se soltaban para construir su identidad tranquilas en el boliche, porque ella había facilitado ese transitar con total libertad, cualquier persona podía vestirse o sentir como quisiera en Si te viera tu madre. El espacio lo había creado justamente desde ese lugar, pensando en las carencias que tuvo en sus inicios cuando comenzó su transición. Decía que era un espacio para soltarse, para salir, para ser sin miedos, y de eso sabía y mucho La Gorda.

—¿Y siguió yendo y viniendo todo el tiempo?

—El boliche funcionaba muy bien, pero pasó casi un año y medio y Pía estaba cansada de viajar, por eso decidió dejarme su parte a mi cargo, ya no podía seguir sosteniendo esa vida. En el año 2000 se le ocurrió instalarse en Brasil, más precisamente en Camboriú. Alquiló por seis meses un departamento en el centro y nos iba invitando a sus amigas íntimas en tandas para compartir con ella en su departamento, porque no quería estar sola. Ella nos tiraba las fechas haciendo los cálculos necesarios y yo fui con otros amigos en febrero, por quince días. La Gorda ya conocía todo el sistema, para no gastar tanto se manejaba como una persona local y nos íbamos a la playa nudista en colectivo. Me acuerdo que estaba el teatro-bolicho, uno muy famoso que es como un castillo. También estaba La Belén Benites de Tucumán, La Belén Correa, y ella nos llevaba para todos lados. La Pía se fue totalmente convencida de su decisión y se instaló como si nada en Brasil y desde ahí nos empezó a comer el coco: “Vengan, vengan, aquí es muy lindo todo...”, nos contaba todas las bondades que tenía el lugar. ¡Y nosotras allá fuimos!

Luisa llevó adelante el bolicho durante tres años hasta su cierre en 2002. Ese año La Gorda quedó detenida en una causa que la vinculaba con la venta de drogas, pero desde la cárcel empezó a estudiar y a formarse en busca de consolidar la red nacional de ATTTA.

Cuando La Gorda salió del penal comenzamos nuestro activismo más fuerte, más visible. De hecho, Santiago del Estero fue la bisagra, la primera provincia en incorporarse a la organización ATTTA, en 2004. Ahí fue cuando ella tomó la posta y nos empezó a decir que había que federalizar, que cada provincia debía tener una referente de ATTTA. La segunda provincia fue Neuquén, con La Ornella, con quien también había hecho una muy buena amistad, y así fue como La Pía empezó a ir provincia por provincia.

—**¿Cómo funcionaba ese trabajo de federalizar?**

—Ella trataba primero de contactar a una amiga/conocida suya o de alguien muy cercano a ella y, sobre todo, que esa chica tuviera mucha llegada con las otras chicas, que pudiera juntar al menos diez. Cuando encontraba alguna, La Gorda allá iba y la convencía de tal manera que todas decían que sí. Se la pasaba viajando, le fascinaba esa tarea. Es más, ella pidió a la red que le otorgaran el cargo de coordinadora de enlace. Me acuerdo que una vez llegó a Santiago, de aquí se fue a Salta y quedó asombrada de cómo vivían las compañeras, porque vivían en ranchitos de chapa de cartón y plástico negro, pero tenían camionetas 4x4. Vio que allá la prioridad no era tener casa, un lugar para vivir, la prioridad era un auto porque la policía no las dejaba estar paradas, por ningún lado. La única forma de tener de qué vivir era primero comprarse un vehículo, que además les daba un status diferente ante la sociedad y ante sus clientes ocasionales. Se quedó asombrada de cómo podían sobrevivir en medio de toda esa miseria.

—**¿Algún recuerdo, algo que pienses cuando se te viene a la memoria Claudia Pía?**

—La Gorda conmigo siempre fue muy especial, siempre, desde que nos conocimos, ella estaba siempre al pendiente de mí. Me acuerdo

de la época en que vivía en Almagro cuando llegó de Europa. Me llamaba por teléfono y me invitaba a su casa, me sacaba los pasajes en avión para estar con ella unos días. Me quedaba viernes, sábado, domingo y el lunes ya volvía. A ella le gustaba como cocinaba yo, en invierno me pedía que vaya solamente para hacer locro. Y cuando llegaba a mi casa, lo primero que hacía era: “Vamos al súper”. Compraba dulce de leche, mortadela, queso, fiambre, de todo. Llenaba la heladera y se iba tranquila, porque cuando volvía de los paseos con sus bajones, la heladera no podía estar vacía. Siempre me acuerdo de un gesto muy lindo que tenía cuando me llevaba a Buenos Aires. Tenía su casa por la calle Gascón, a media cuadra del mercado de las flores, y cuando yo debía regresar, se tomaba el trabajo de ir hasta el mercado de las flores y me compraba una docena de pimpollos de rosas con la premisa que cuando llegara a Santiago, bajara del avión y le llevara urgente las flores al cementerio, al monumento de mi mamá, que no la conocía personalmente, solo por mis relatos. La Gorda siempre tenía esas cosas lindas, esas ocurrencias hermosas y disparatadas.

ALIANZAS, EXCESOS Y LOS PRIMEROS PASOS EN EL ACTIVISMO⁵

Los furiosos 90

A mediados de los 80, en plena apertura democrática, Claudia transitaba un doble desafío: dejar su ciudad Venado Tuerto para asentarse en la gran Ciudad Autónoma de Buenos Aires con su mamá y hermanitos, y encarar el proceso de transformación de su cuerpo en el despertar adolescente.



Esta etapa histórica de Claudia se enmarcaba en un momento de sistemática persecución para las mujeres trans que ha dejado huellas

⁵ Por María Marta Aversa. Entrevistas en conjunto con Matías Máximo.

y marcas en sus cuerpos. Toda sociedad genera límites y marcaciones que promueven la expulsión de ciertos grupos a los márgenes de la comunidad. En esos años, las trans fueron un colectivo signado por el abandono y desconocimiento de las instituciones educativas y sanitarias, y por una marcada represión de las dependencias policiales y judiciales.

En ese marco, se encontraban vigentes las contravenciones o edictos policiales, que recaían sobre ciertos grupos de personas por su situación material o por fundamentos morales. Por esta razón, en la Ciudad de Buenos Aires, las trans eran detenidas por dos normativas: 2 f, ropa no correspondiente al sexo biológico; y 2 h, ejercicio de la prostitución en la vía pública.

En la prensa, las travestis eran descritas con artículos y calificativos masculinos, tratando de ligar sus experiencias de vida a la delincuencia y al mundo criminal. Desde 1987, surgieron dos revistas semanales que retrataban en forma de crónicas las situaciones de violencia y abuso policial que se daban en la zona norte del conurbano bonaerense. *Esto* y *Casos policiales*, semanarios que se clasificaban en la época como “prensa amarillista”, fueron los encargados de relatar las muertes en Panamericana como travesticidios, y presentar el cotidiano de “los travestis” o “travestilandia” como un “mundo de siliconas, sexo furtivo y delirios”. En ese “submundo” marginal solo había espacio para mostrar sus formas de vida como crímenes o delitos, por un lado, y por parte del Estado solo aparecía la actuación policial con sus razias, las detenciones masivas, y la perspectiva de la medicina legal o la criminología. Habría que esperar muchos años para que la sociedad y la opinión pública asociaran a las travestis con nociones de igualdad jurídica e identidad de género.

Con 14 años, Claudia abandonó la escuela secundaria por las burlas y el maltrato, y se sumó a un grupo de chicas que vivía en Villa Madero junto a La Nené, una travesti más grande, quien le inyectó sus primeros pechos de vaselina. Luego, continuó la transformación de su cuerpo con silicona líquida medicinal que ella misma se colocó

nuevamente en sus senos, en sus caderas y en algunas partes de su cara (pómulos, frentes y labios) para acentuar los rasgos femeninos.

En precarias casillas de las villas o en las habitaciones de pensiones de la ciudad de Buenos Aires se iban moldeando los cuerpos de las jóvenes trans. Las compañeras de veintipico de años, las “grandes”, aquellas que ya tenían sus curvas bien pronunciadas, iban transformando a las recién llegadas de las provincias del interior y, también, de las barriadas del conurbano bonaerense.

La transición corporal oficializaba el ingreso al mundo travesti: ponerse las tetas, en la mayoría de las historias transmitidas, suponía la expulsión segura de sus hogares, la pérdida de empleos u oficios formales, la interrupción de sus estudios o carreras y la obligada entrada a la prostitución callejera.

Claudia tuvo su primera intervención en manos de su madre trans, La Nene, con quien compartía su día a día, en el lugar que ella consideró por mucho tiempo como otra familia, complementaria a la de sus lazos filiales. Porque, quizás, a diferencia de otras historias, su mamá Estela, su hermano Facundo y su hermana Carolina siempre mantuvieron contacto y un profundo cariño.

Con el tiempo, ella misma fue adquiriendo los saberes y secretos de las siliconas, quizás por su fuerte personalidad y autonomía. Así logró tener el contacto con una farmacia (de la que nunca nos decía su domicilio) que le vendía los botellones grandes de silicona medicinal, y continuó la práctica de iniciar y modelar el cuerpo de las nuevas generaciones de chicas.

Para 1990 o 1991, consiguió alquilar una pieza enorme en una pensión de la calle Bolívar, entre avenida Caseros y Dr. Enrique Finocchio. En esos tiempos la conocí, en enero de 1991, cuando empecé a visitarla junto a Pachu (Orlando Mastropaolo). Allí vivía junto a otras chicas. Recuerdo que Alejandra Romero estaba instalada, aunque siempre se quedaban otras compañeras y sus amigos o parejas.

Para ese entonces, todas las chicas trans que compartían la vida con Claudia se dedicaban a la prostitución. A excepción de Andrea

Cortesi, que vivía junto a hermanas, cuñados y sobrinos en el hotel de la avenida Caseros entre Bolívar y Perú. Andrea se dedicaba a la costura en la misma habitación donde vivía, haciendo arreglos y confecciones para sus vecinos y sus amigas. Pero en ese tiempo logró trascender las fronteras del barrio y llegó a ser la diseñadora de los modelos y vestidos que lucía Gladys “La Bomba Tucumana” en el circuito de la música tropical. Como muchas otras chicas que conocí en la etapa de San Telmo, Andrea murió a mediados de los 90.



Poniéndose linda para salir a la calle.



De cumple en la pensión con su amiga Alejandra.



La rutina comenzaba a la tarde, tipo diecisiete o dieciocho; la más jovencita que estuviera en la pieza de la pensión, a la que llamaban “pupila”⁶ porque estaba iniciándose en la vida trans, era la encargada de hacer las compras para preparar la comida antes de que las chicas salieran a trabajar a la noche en las calles.

La presencia de algún amigo varón o mujer era sumamente valiosa, por la simple razón de que podían transitar y hacer los mandados sin tener ningún inconveniente con la policía. En cambio, para Claudia o cualquiera de las otras compañeras salir de día, por cualquier motivo o necesidad, se convertía en la peor travesía: ellas podían ser detenidas con una bolsa de mandados a la salida de un almacén en todo momento.

Luego de comer abundantemente había que empezar a prepararse para salir a trabajar. En sus propias palabras, tenían que “montarse” para mostrar y acentuar sus cuerpos: plataformas de quince centímetros, diminutos vestidos de encaje o *lycra*, maquillaje, peinado,

⁶ Se llamaba así a las adolescentes trans en sus primeros años de transformación. Sus cuerpos todavía no tenían aplicaciones de siliconas. Pero sí se encontraban tomando hormonas y muchas de ellas también se vestían y rellenaban con goma espuma para prostituirse.

lentillas de color. Cada una tenía su ideal de belleza, su arquetipo de diva que quería alcanzar. Claudia adoraba su pelo oscuro y largo (aunque estuvo un tiempo de rubia) y sus lentes de color azul. Alta, voluptuosa, morocha y con ojos azules pisaba las calles para levantar clientes y estar siempre atenta a la luz del patrullero. En esa época, todas antes de salir de la habitación prendían la vela a San Jorge, quien las protegería de “caer”, de ser detenidas y trasladadas a las comisarias por contravenciones de ejercicio de la prostitución y vestimenta no correspondiente.

Así pasaban los días entre cuartos de pensión y calabozos. Por esa razón, era fundamental vivir de a muchas, cuatro o cinco chicas. Esa dinámica grupal, con jerarquías y liderazgos como cualquier comunidad humana, amortiguaba las caídas, las enfermedades o las épocas de “clientes flacos”.

Sin idealizar esos momentos de redadas y detenciones, recuerdo cada acontecimiento vivido como una vigorosa expresión colectiva de organización y resistencia. Simplemente sucedían, se ponían en acción prácticas que asistían a las compañeras detenidas y garantizaban la continuidad de las obligaciones laborales y cotidianas, que no podían ser interrumpidas por ningún motivo. Siempre alguna tenía que quedarse en casa, para preparar la comida que devorarían las chicas a la vuelta, para cuidar las pocas cosas que tenían, pero, fundamentalmente, para buscarlas en las comisarias de la zona si no volvían del trabajo o para acercarles el bagayo de abrigo, cigarros y comida.

Así como había que sobrevivir colectivamente, también se celebraba y se compartía la vida, siempre de a muchas. La vivencia colectiva abarcaba todas las instancias, los cumpleaños, las fiestas y las enfermedades se soportaban entre muchas, entre las trans más viejas y las que empezaban a moverse en ese mundo. Por eso, también la transformación de sus cuerpos, con la colocación de siliconas, se realizaba entre pares en las mismas piezas o en las viviendas precarias que habitaban. El costo económico incluía el botellón de silicona medicinal, los calmantes y el material desechable (jeringas) y el trabajo de inyectarlas.

En poco tiempo, Claudia se animó a transformar a sus amigas y a su propio cuerpo. Ella modificó su rostro y se agrandó los pechos por segunda vez, lo que le generó las primeras heridas y complicaciones. En cada barrio del conurbano, en el interior o en las pensiones de la Capital, se encontraban compañeras trans, quienes, a cambio de dinero, llevaban a cabo esas intervenciones caseras. Para las más grandes era una entrada de dinero, y para las chicas era la soñada posibilidad de alcanzar ese cuerpo tan deseado.

Los cuidados luego de la intervención dependían de la parte del cuerpo que era inyectada, los dos procedimientos más peligrosos eran los glúteos y los pechos. El relleno en la cola implicaba un reposo estricto en la cama boca abajo de al menos una semana, de lo contrario, como de hecho sucedió, la silicona se corría por las piernas generando serias deformaciones. Para lograr unas buenas tetas, se armaban una especie de corpiño con elásticos y se colocaba entre medio un desodorante de mujer para que no se corriera la silicona; en este caso, el reposo era boca arriba. Los retoques en la cara eran menos problemáticos, en el sentido de que no implicaban días de reposo obligatorio.

Siliconas caseras



Después de una aplicación de siliconas en frente, pómulos y mentón.



Alejandra, junto a las jeringas donde se dividía la silicona. Las preparaban antes de la aplicación para no perderse en la cuenta de cuántas se habían usado. Los elásticos del corpiño permitían modelar y que no se unieran en el centro.



*La dueña de la pensión, al poco tiempo de conocerlas,
era una amiga más.*



Alejandra, Mónica, Andrea La Chilena y Claudia, en San Telmo.



Los sábados en Fénix eran un lugar de encuentro.

Para 1992, Claudia ya había consolidado una buena relación con la dueña de la pensión, que le permitió ir llevando a vivir a otras compañeras en su pieza y en la contigua. Al estar comunicadas por puertas internas, en poco tiempo Claudia y las chicas habían copado prácticamente todo ese piso y vivían en una suerte de familia o comunidad.

La rutina semanal constaba de trabajar en las noches; y de día, vivir encerradas en la pensión, pero en comunidad trans se hacía más llevadero. Los fines de semana eran el momento de lucirse en los boliches Confusión, en la ciudad de Buenos Aires, o Fénix, en el Cruce Varela.

Marcela La Rompecoches recuerda cuando en esa época se cruzó por primera vez a Claudia:

A La Gorda la conocí en Confusión, por un disturbio que hubo entre maricas de Tigre y las de Capital, casi terminó en una masacre eso. Fue la única que individualicé a lo lejos en la otra pista, porque yo estaba redura, tipo en

un reservado, y lo único que vi que voló la peluca de mi amiga, y vi a una parada que con la luz del boliche no llegaba a reconocer. Pero vi un sombrero de zorro blanco, que nunca había visto, y me quedó. Como a los diez, doce años, empezamos con ATA a ir al departamento de ella en Armenia y vi en un mueblecito apoyado el gorro de zorro blanco. Y le dije: “Vos sos la del zorro blanco”, y me dijo: “Sí, era yo”. “Ah... vos le arrancaste la peluca...”; y bueno, ahí nos pusimos a conversar. Nosotras en esa época nos conocíamos en Confusión o en los calabozos, no teníamos vida privada, vida particular. Y Confusión estaba arreglado, nunca supe si era de un taquero o de quién; ese boliche más de veinte y pico de años abierto... Y los quilombos que estoy contando, adentro y afuera, vos sabés, los putos corriendo... Solo travas iban, eso era lo bueno, las mariquitas no entraban, nos veían lo demonio que éramos afuera y ni entraban... Iba algún que otro gato duro, puesto, se metía adentro del baño, se metía un gancho y te sacaba. Las de Tigre laburábamos y gastábamos la plata.

El verano parecía ser el mejor momento del año, en las escapadas a Mar del Plata se podía aprovechar la playa de día y los clientes en las zonas de prostitución callejera a las noches. Más allá de los viajes, o de las escapadas a la costanera sur, lo más esperado de esa estación era febrero y los gloriosos días de carnaval y comparsas. Para eso había que preparar el cuerpo con horas de bronceado bajo el sol y con inyecciones de siliconas. Y, fundamentalmente, había que gastar mucho dinero en plumas, en *strass*, en zapatos altos y cómodos para bailar, para ser la reina de los bombos.



Momentos felices en sus viajes a Mar del Plata.





Junto a Patricia Rasmussen y su hermano Facundo.

Las salidas en los corsos eran instantes de libertad y desenfreno. Ellas, las que se escondían de los patrulleros y renegaban de noche con los clientes, se convertían en las vedets, en las estrellas del carnaval. Claudia salió en varias oportunidades y, de hecho, para participar de la comparsa “Los caballeros de Berazategui”, en el verano de 1992, volvió a colocarse siliconas ella misma para agrandar y mejorar sus pechos, y en esa oportunidad terminó su transformación Alejandra Romero.

Era la fiesta de la transgresión o el sentido originario del carnaval, cuando el mundo logra ponerse del revés y entonces las oprimidas se convertían en las dueñas de la noche. Luego el orden se restablecía, los festejos se apagaban y los brillos y las purpurinas se iban despegando del cuerpo, para retornar al ciclo permanente de arrestos y encierro.



Posando con Alejandra y Mónica Andrada.



De gira por los carnavales.



De gira por los carnavales.





Pero a comienzos de los 90 ya hacían eco entre las chicas los relatos de las primeras trans que habían conseguido entrar a Europa y “amarrocar” unos buenos billetes: “Fulana de tal volvió y se compró un departamentito”, o “la otra dice que es un fuego allá, que a los tanos les encantan las travas argentinas”.

En 1991, Claudia decidió realizarse un examen de vih, cuyo resultado fue “dudoso”, por lo cual tenía que volver a realizar otro test. En ese momento no volvió a confirmar el resultado, porque sabía que iba a dar positivo. En aquellos años, a muchas chicas les había pasado tener un primer diagnóstico dudoso que, finalmente, confirmaba la adherencia al virus. Para las trans, enterarte de que te “picó el bicho”⁷ o que tenías el “babado”⁸, como le decían, era un golpe más, que no cambiaría en lo más mínimo el ritmo de sus vidas. Además, por ninguna razón se concurría al hospital, mucho menos por esa “peste”, que se asociaba a conductas viciosas o inmorales.

Con ese panorama, se acopló al proyecto que tenía La Patricia Rasmussen. Probar suerte del otro lado del río, en Uruguay. No recuerdo si en Colonia o en Montevideo, tanto Patricia como Claudia

⁷ Picó el bicho: refiere a la transmisión del VIH.

⁸ Babado: palabra para referirse al VIH.

nos narraron esta historia miles de veces en cada cumpleaños, en cada navidad o en cada encuentro.

Así fue que durante un breve lapso se lanzó a las tablas haciendo *shows* de transformismo y humor, muy típicos de aquellas épocas. El número artístico consistía en algún *cover* de algún cantante ícono de la cultura gay o *queer*, y un breve monólogo o diálogo con el público. El problema no tardó en llegar: paradójicamente, la legalidad de los cabarets y del trabajo sexual implicaba que Claudia debía someterse a los exámenes rutinarios de enfermedades de transmisión sexual. Abruptamente, armó las valijas y se volvió a la pensión. Y, en ese afectuoso reencuentro, nació uno de sus relatos más graciosos y esperados por todas y todos los que formamos parte de esa familia trans; contaba siempre el recitado que hacía en sus funciones: “Mamá escribió a París/ ¡La nena andaba buscando!/ Como la nena no le mandaron, decime papi/ No le pasaron raspando”.

Claudia aprovechó ese primer impulso para viajar a Italia en dos oportunidades, entre 1991 y 1992. En el primero, sentía un gran miedo, porque también estaban los rumores de las que nunca llegaban a subir al avión y eran detenidas por las autoridades de los aeropuertos. Así que Claudia estaba decidida a irse, se cortó el pelo y se presentó el día del vuelo vestida de hombre. Sus estadías llegaron a completar los tres meses permitidos como turista. Si bien pudo juntar dinero, conocer otros países y convivir con amigas de otras partes de Latinoamérica, nunca pudo sentirse cómoda tan lejos de sus afectos.



En Europa conoció por primera vez lo que era andar por la calle sin miedo a ser arrestada.









Puertas adentro en su habitación compartida de Milán



Preparada para trabajar en un boliche de Italia.



Cartas y postales de Italia - Argentina.



MILANO
 ¡Hola!
 que aser loco,
 como andas? bien
 te comento que bien y labrando
 diciembre a la Argentina el 11 de
 Buenos lo malo es el labato eso lo
 sus teleros, che sabes como es la Juli para
 de Marta a mandando saludos unos lindas tu mas
 mañana desahada como es todos los dias
 barro bas a todo como es todos y si
 de a Don Telmo y entranas
 con todo bien. 4 dias como
 de todo bien. 4 dias como
 de todo bien. 4 dias como



Postal recibida por Pachu (Orlando Mastropaolo)

Buenos Aires 31/8/92/

Querida Claudia te escribo esta carta para
deserte que estamos todas bien especialment
te. Cuando estubo Intermada En el muniz
Bueno Claudia tu vayo esta bien
tus hermanos tambien mira Federico
Esta Re. bien Se mijero Esta Re. gardo.
Claudia Quiro que me mandes una
Foto Para mi sola, mia yo hestey
justando Foto ya tengo algo mia
Quiro que si poder mandarme el paraje
Si auer. Si no. no Bueno yo Aca
hestey Bien Estude Enferma en coma con grip
la monica tambien. Claudia te Estreño
mucho Quiro que estes con migo Pronto
Quiro que guardes la carta Quiro que me
Escriba y me contes lo que haces, Bueno
nosotras con monica vivimos Terribles
todas las dias Teo no te preocupes no me
Baudes ha la monica Se hizo las trenzita
le queda Re. bien mia el mes antepase
no me vino esta Removiosa mira
Fui al medico y me habia Salido en el
analisis de Oun negativo Bueno yo

Carta de Andrea La Chilena.

hoy hoy bien mira casi
hoy hoy padre Pero te Salvaste
Claudia te quiero me acuerdo de
vez todas los dias El almuerzo esta Bien
Seguimos Re bien con pachi estuvo la
mestia y la caeo en esa. mira
la Bonito vamos mas porque
yo me Teie con la devora y la alondra
mira yo hoy haciendo mis papeles,
espero pronto tomarlos para hester junta a vez
Claudia llamara donde Silvia en la
Semone. Si Toces. Bueno claudia nada
mas que contate! Cuidate! te Estimo
te quiero, y Aqui yo todavia esperando
Porate Bien.

Se despide una Amiga que
te quiere mucho i te apresia.

Te Quiero Amor Te
PA! cuando tenga el
pasaporte te llamo. Quiero
Un Beso Te quiero
Te estimo



Ezeiza, regresando feliz de Europa.

Claudio Ríos La Beba relata algunos momentos sobre su estancia en Europa: “Ella nos contó que a Europa se fue a morir, iba pensando que allá se terminaba todo. Y se dio cuenta de que había otro mundo, que había otra gente, que podía viajar en un colectivo, que nadie se daba vuelta a mirarte. Si el mundo allá es así, por qué no puede ser acá así. Y ahí se comprometió, volvió y de ahí no paró de romper las bolas y de patear puertas, de pelear hasta que dejó la vida. Dejó su vida ahí”.

Según sus palabras, ella “arrasó” entre los hombres italianos que merodeaban las zonas de prostitución de Milán y otras ciudades. Nos contaba que se hacía llamar “*la piú bella di Milano*”, y todas reíamos cada vez que nos mostraba como les “cantaba precio”⁹ y les hablaba en italiano a sus clientes.

El gran cambio que provocó en ella la vida en Europa fue la posibilidad de conocer y experimentar la libertad. Allí se podía caminar a cualquier hora, en cualquier lugar y la policía las trataba como a cualquier ciudadano. Recuerdo las anécdotas de su primer viaje, Claudia todo el tiempo repetía: “Allá los milicos nos cuidan”. Esa situación aportó nuevas expectativas una vez llegada a la Argentina. Sus días en las ciudades italianas le mostraron por primera vez que ser trans no era sinónimo de marginalidad y exclusión. En Italia, vestidas de putas, podían ir a comer a restaurantes, pasear, caminar de día, consultarle algo a cualquier agente policial; entonces comenzó a preguntarse por qué eso no podía darse en su país.

Al llegar, vino más grande y más consciente de que no tenía que aceptar y resignarse frente al maltrato de la policía o de cualquier ámbito del Estado. Pero todavía tenían que suceder muchas otras cosas para convertirse en una militante, en una referente de sus compañeras.

Entre fines de 1992 y 1993, un episodio trágico azotó su vida y la de las chicas que compartían la pensión de la calle Bolívar. Desde hacía tiempo, se había sumado al grupo Andrea, una joven de nacio-

⁹ Anunciar al cliente los precios de las tarifas de servicios sexuales.

nalidad chilena que se dedicaba al trabajo sexual y tenía una pequeña hija de 2 o 3 años. No recuerdo bien desde hacía cuánto tiempo vivía en el país, pero nos daba a entender que su vida había estado atravesada por la pobreza y la violencia. Claudia se encariñó mucho con ella y con su nena, así que rápidamente se sumaron a la familia extensa que habitaba la pensión.

En una de las tantas ocasiones en que Claudia se animó a modelar el cuerpo de sus amigas con silicona líquida, Andrea, quizás, vio la oportunidad de mejorar su cuerpo y, por ende, su salida laboral, y le pidió que le pusiera. Pero ella no pudo soportar la aplicación de siliconas y comenzó a descompensarse, razón por la cual la dejaron en la guardia de algún hospital de la ciudad, donde falleció sin ningún documento ni dato que constatará su identidad. Siempre quedo grabada en mis recuerdos, porque nunca pudimos saber cómo murió en el hospital, si sus familiares pudieron ubicarla o si Andrea, como tantas, terminó en una fosa común de algún cementerio.

A partir de ese momento, Claudia abandonó la habitación de San Telmo junto a Alejandra Romero y vivieron en diferentes lugares: un tiempo en una casilla de Ezpeleta; otro, con alguna compañera en Capital. Debido a la muerte de La Chilena, no podía frecuentar los mismos lugares ni mucho menos trabajar en las calles, por miedo a ser acusada y detenida por la policía. Por eso, comenzó a trabajar en una casa en la calle Medrano, a la que se refería como “la agencia”, a dos cuadras de Córdoba, en donde conoció a María Belén Correa.

Durante años me resultó difícil hablar de estas cosas con alguien ajeno al círculo cercano de Claudia. Eran épocas extrañas en las que nos habíamos acostumbrado a hacer todo al margen de las instituciones, especialmente de los hospitales y de los médicos. Si querían convertirse en mujeres debían tomar hormonas que se conseguían sin receta y bajo los consejos de las travas más grandes, y ponerse silicona o lo que pudieran conseguir como fuera. Lo que a todas les parecía normal se desvirtuaba cuando surgía algún problema, una enfermedad o una complicación con lo inyectado. ¿Alguien puede creer que

en 1990 un hospital aceptaría recibir a una persona con aceites o siliconas líquidas inyectadas en su cuerpo? Ahí tomábamos conciencia de que el deseo de ser mujer las obligaba a cometer un delito: como decía Claudia, era ejercicio ilegal de la medicina, “vas re presa”.

La muerte por siliconas implicaba que los grupos se desintegraran, se iban a vivir a diferentes domicilios, cambiaban la zona donde se prostituían, y hasta a veces renovaban su aspecto y su nombre. De repente, la vida cotidiana se desmoronaba, te dejabas de ver y te hablabas cada tanto por teléfono, porque todas se sentían culpables y sospechosas.

En esa ocasión, Claudia transitaba por varios lugares y continuaba trabajando en la prostitución en departamentos privados y en las calles. En una de las tantas noches se reencontró con María Belén, quien había conseguido alquilar un departamento en la calle Armenia, a cuerdas del Jardín Botánico, en el coqueto barrio de Palermo. Sin dudar, Claudia terminó instalada junto a Belén, Alejandra Romero y Sarita o La Fabiana. En ese momento, año 1993, Palermo se convertía en un barrio elegido y habitado por varios grupos de chicas trans que tenían como forma de trabajo la prostitución callejera. La gran mayoría de ellas provenían de las provincias del norte –Salta, Jujuy o Santiago del Estero– y se instalaban en hoteles viejos o pensiones. Algunas veces, por diversos conflictos con los propietarios, llegaron a tomarlos y se convirtieron en los característicos *shootings*, donde se instalaban entre quince y veinte chicas, quienes ejercían el trabajo sexual en los alrededores de sus moradas.

En el departamento de Armenia, recuerdo que la vida se organizaba en torno al trabajo: cuando alguna tenía algún cliente, todas las demás nos escondíamos en la cocina y despacito tomábamos mates y charlábamos. Una de las habitaciones tenía una gran cama con unas llamativas sábanas, revistas, videos pornos, consoladores y todos los accesorios necesarios. En el living, a un costado del gran sillón, se ubicaba el cajón de la protección, un ensamble entre algunos santos cristianos, como el San Jorge, figuras y orixas umbandas. Claudia no

sé si creía mucho en esas cosas, pero acompañaba los rituales de sus amigas. Con los años, abandonaría esas prácticas y se quedaría apegada a su devoción por la imagen de María, especialmente la virgen de San Nicolás.



Visitando a la virgen de San Nicolás.

A pesar de invocar la protección a santos consagrados y profanos, las “caídas” seguían repitiéndose a diario. Por más “paquete” que fuese el barrio o por más señora que te hicieras, la policía las identificaba rápidamente. Para esa época, Claudia había implementado la estrategia de salir temprano a pasear con sus perros, para que los policías pensarán que era una mina del barrio paseando a su mascota. Siempre escuché la anécdota pero nunca pude preguntarle si había tenido buenos resultados.



Belén, Claudia, Alejandra y Sarita en Armenia



Ángela Vanni trabajando.

Salir de noche era todo un desafío porque podían ser detenidas antes, durante o después del trabajo. Por eso, las chicas que se movilizaban a las zonas rojas empezaron a hacerlo en un taxi compartido entre varias. Pese a los recaudos, las detenciones eran sistemáticas: cada semana, en cualquier grupo de compañeras había una o dos detenidas, e incluso todas podían estarlo si habían sido víctimas de algún allanamiento. Claudia y otras chicas pensaron que era necesario reunirse con algún abogado o abogada referente de las organizaciones por los derechos de los gays y lesbianas porque todavía las travestis no tenían una representación propia, ni tampoco formaban parte de las asociaciones existentes. De hecho, en esos primeros años de la década del 90 la incorporación de la problemática trans fue una lucha de algunos compañeros dentro de sus organizaciones.

Esta situación fue narrada y vivida por la abogada Ángela Vanni, que describe la soledad y el abandono de la comunidad trans en esos días. Ella estaba comenzando su militancia en el movimiento “Gays por los Derechos Civiles” cuando se juntó con Carlos Jáuregui y le comentó que quería trabajar con las travestis porque le había pasado “una cosa muy chocante con ellas”. Así lo relata:

Yo recién había empezado en el movimiento y me junté con Carlitos Jáuregui y le dije: “Me acaba de pasar una cosa muy chocante con las travestis y quiero trabajar con ellas”. “¡Vos estás loca!”, me dijo. “Es un grupo que no respeta a nadie, te van a hacer mucho quilombo...”. Yo respondí que lo iba a probar y la primera fue Mariana Siero, que no sé qué se hizo de ella. Me vino a ver porque había una travesti muy parecida a Mocha, que estaba hacía cuatro días en el Departamento Central de la Policía, y ella no podía ir a sacarla ni pagarle la multa porque no tenía documento. Entonces, me dijo si la podía acompañar. Llegamos a pagar la multa que eran 11 pesos con 32, ¡por eso iba a estar quince días presa! Ya habían pasado cuatro días, ¡barba de

cuatro días...! Le dije: “Mientras hacen los papeles vamos a estar en el bar de la esquina”, y en ese barcito esperamos diez minutos, quince minutos, tomamos el café y no apareció... Qué raro, entonces fui a ver, fui a preguntar y me dijeron: “¡Hace quince minutos que se fue!”. Dije: “¿A dónde se fue?”. Volví al bar y me dijo el mozo: “Recién se asomó alguien y se fue”. “¿Y ahora qué hacemos, dónde la encontramos?” No sabíamos domicilio, nada, y empezamos a recorrer los lugares más infames las dos. Fuimos a un lugar en la calle Azcuénaga, ahí era como una pensión, un convento, una cosa grande, nos dejaron entrar y estaba en una habitación, metida dentro de la cama desvestida. Había otra cama al lado, una mesita en el medio y nada más. Entonces el diálogo fue que la otra le preguntó a Mariana: “¿Por qué me dejaron tantos días presa?”; y le dijo: “Porque no tenía la plata...”. “¡Pero le hubieras pedido a las chicas”, dijo la que estaba en la cama. “Les pedí pero ninguna me quiso dar...”. La cara que puso la que estaba en la cama me quedó grabada y eso me decidió. Ahí fue cuando le dije a Carlitos: “Yo voy a trabajar con ellas”. Vos sabes que yo nunca tuve pensamientos suicidas, para mí no existen, pero ese día... te juro que pensé: “Si yo estoy en ese lugar, me pego un tiro”. Porque así fue la sensación que me dio... Y así fue como empecé a trabajar con ellas.

En sincronía con la aparición de Ángela en las comisarías, las chicas comenzaron a cruzarse en los calabozos, o en las redadas por las zonas de trabajo. Esa resistencia que empezó siendo caótica y espontánea comenzaba a madurarse en las noches y días que compartían en sus reiteradas y extensas detenciones. Primero, empezaron molestando a los “milicos”: si tenían ganas de levantar “putos”, que les cueste. Las chicas de zona norte, las que laburaban en Panamericana, eran conocidas por sus desplantes a la policía. Por los rincones de Del

Viso eran conocidas las historias de Marcela La Rompecoches, apodado ganado por los destrozos que generaba cada vez que la querían meter dentro de un patrullero.

Ángela Vanni recuerda los destrozos en la comisaría 23 de Palermo:

Habían prometido que por una semana no se las iban a llevar. Y esa misma noche hicieron una redada y llevaron como a veinte; entonces empezaron a entrar, y a medida que iban entrando iban rompiendo cosas. Llegó un momento en que rompieron una silla que cayó por las carteleras no sé de dónde, un escritorio que le tiraron a la mierda y un vidrio que se fue afuera con la computadora. La León La Verónica, estaba agarrada con los dos brazos y las dos piernas de una maceta de este tamaño (grande) con una plantita, y los policías querían sacarla y no podían, también estaba Nadia. Ese día se rompió la maceta, un vidrio de la entrada de la puerta de arriba del medio lo hicieron mierda, y algo más rompieron. La cuestión que vino el médico, las revisó y resultó que había dos policías heridos, uno con las manos quebradas, esa había sido Nadia, y La Montesinos había sido la otra que desmayó a otro policía. Entonces vinieron los médicos; y a juicio, fuimos todos a juicio.

Ese desacato se mantenía dentro de la comisaría, con las contestaciones dadas a los policías o los escándalos que armaban en los calabozos. María Belén Correa recuerda que fue un oficial de la comisaría 23, ubicada en avenida Santa Fe al 4000, quien les dijo, de manera sarcástica: “¿Qué son ustedes, de la asociación travestis argentinas?”. De ahí se fue gestando la anécdota en torno al origen de la primera organización trans del país.

El 25 de junio era el cumpleaños de Belén, y para ese día Claudia invitó tanto a amigas como a chicas de la zona de Palermo. En ple-

no festejo, recibieron el llamado de dos compañeras que habían sido detenidas [Marcelita y no recuerda quién más]; de ahí en más, todas las invitadas se volcaron a solucionar y hablar de esta situación de rutina para todas ellas: salir a la calle y no saber si terminabas presa. Lo primero que hicieron fue armar el bagayo, es decir, el bolso con las cosas necesarias para pasar unos días encerradas: comida, cigarros, ropa y pinza de depilar.

Luego, este evento se convirtió en la primera asamblea; en esa charla se dieron cuenta de que tenían que organizarse y formar algún tipo de movimiento. El primer nombre que surgió es el de “sindicato de travestis”, pensado fundamentalmente por las compañeras que ejercían el trabajo sexual y estaban indignadas por las detenciones y las coimas que, noche a noche, les exigían los agentes policiales. Pero, como dice Belén, había algunas chicas, como Cintia, Wendy y Beruska, que no se identificaban como prostitutas y querían ejercer otro trabajo, como maestra, en el caso de Wendy, o cumplían otras funciones en los cabarets y boliches. Así, un poco en broma, se acordaron de “asociación de travestis argentinas”. Si bien al principio les resultaba cómico, después optaron por usarlo y estamparlo en buzos y banderas de color fucsia.

Durante el año 1994, se comenzaron a convocar las reuniones los días sábados en el departamento de la calle Armenia, en las que participaron algunos activistas de organizaciones gays-lesbicas, y la abogada Ángela Vanni:

Yo las citaba los lunes a la tardecita. Había una sola regla: que en presencia de la abogada nadie se droga. ¿Por qué? Porque la abogada no miente y si me llegaban a preguntar si las chicas se drogaban, yo no iba a decir: “Vi a fulana drogarse”. Pía te venía a la mañana: “¡Ay tengo un ataque de hígado, hace cuatro días que estoy mal!” (haciendo el gesto de que Claudia estaba remareada por la droga). Sí, sí, contámela a mí, ¿viste?... ¿Yo qué le iba a decir? ¿Que yo

me la creía? El tema, entonces, era que ellas andaban por las calles con los grupos y hacían invitaciones, entonces empezaban a invitar a seis, siete, ocho por lunes. Yo te digo, la única regla era no fumar delante mío porque yo voy y cuento. Si ustedes no lo hacen, yo no tengo que contar. Porque yo nunca me pude drogar, nunca aguanté el olor a porro, me descompone, me agarra una náusea... Esas reuniones eran más que nada para que ellas supieran qué era lo que podían y no podían hacer. Se me ocurrió porque un día me dijo una de las mujeres: “No me respetaron las veinticuatro horas. “¿¡Cómo que no te respetaron!?” Ellas creían que la policía estaba autorizada a levantarlas por veinticuatro horas, tener veinticuatro de gracia y después volver a levantarlas. Y no ocurría eso, te levantaban te dejaban ir a las dos, tres, cuatro, a la hora que se quisieran; volvías a la calle y te volvían a traer el mismo día. Una vez estábamos hablando con Nadia (Echazú) y me dijo: “Vos podés creer que no me respetaron, no hace cuatro días que ya me están mandando al fiscal”. Le dije: “¿Quién te ha visto y quién te ve? Antes ibas día por medio y calladita la boca...”. “¿¡Viste lo que es saber!?”; dijo... Nadia fue uno de mis personajes inolvidables y lamenté muchísimo haberme enterado de que se murió. Ella, a todos los lugares a donde iba, agarraba un micrófono, y donde tenía oportunidad de decir algo, lo primero que hacía era agradecerme a mí porque “Ángela fue la única que nos sacó de la cárcel”. En un montón de lugares lo dijo. Lo que pasa es que cuando yo me enteré de que no tenían la menor idea de lo que eran sus derechos –no sabían nada–... Ellas creían que si salían con ropa de mujer las iban a meter adentro, pero no sabían por qué. Un día se me ocurrió decirles: “A partir de hoy, todo el mundo de pantalones...”. “¡Vos estás loca!”. Que el trabajo, que esto... “Escúchenme, piensen

un poquito, si ustedes tienen el pantaloncito y después se lo sacan... les digo que los ratones de los tipos se vuelvan locos...". "Sabés que sí, que tenés razón...". Y empezaron a salir todas de pantalón y les sacamos el motivo a la policía, porque te llevaban por las contravenciones y las anotaban en un libro. El jefe de Departamento, o sea el jefe de la comisaría, era el que ponía la pena, y tenían posibilidades de apelar y ninguna sabía, entonces lo primero que yo les hice notar era que podían apelar. El otro día nos estábamos acordando de La Rosa de Lejos; Rosa de Lejos era así de chiquita, jovencita (haciendo el gesto de que era bajita, por entonces tenía 15 años). Ese día trajeron el acta y le dije al comisario, al principal que me atendió: "¿Por qué no mandaron este acta a apelar?". "Porque no apeló". "Sí, ¿cómo que no?, acá está...". ¿Qué había hecho?, (refiriéndose a Rosa) agarró el nombre, puso el "apelo", y encima le hizo un rulito como pareciera una firma. Entonces le dije: "¿Y esto no dice 'apelo'?". La idea mía era: "Llenemos los tribunales de apelaciones para que vean lo que están haciendo". Ellos mismos van a decir: "Que se dejen de joder, que nos hacen trabajar al pedo".

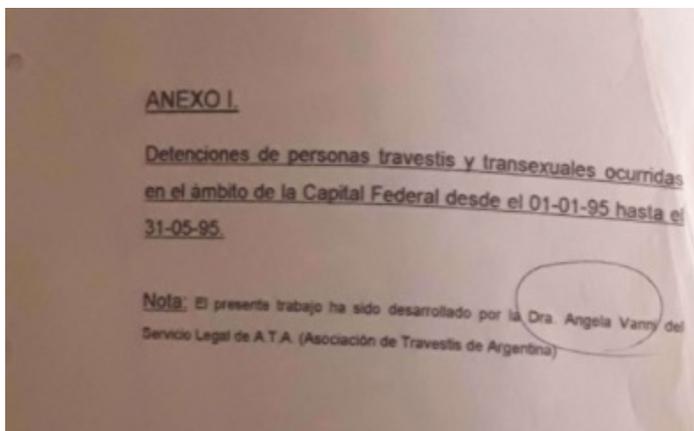
La Beba también recuerda que hubo una época en la que todos los días era ir a la comisaría con el bagayo y dar nombres masculinos para que las identificaran:

De todas las chicas yo sabía el nombre porque había que llevarles el bolso y comerte la verdugueada de la policía, que te gozaba: "¿Qué sos?, ¿el machito, el marido?". Y yo: "La hermana, ¿por qué?". En esa época, ATA era Ángela de una punta a la otra de la Capital sacándolas a todas, jueves, viernes, sábado y domingo. Esa mujer no dormía porque se pasaba la noche de comisaría en comisaría: que

la 21, la 23, que la 17, “uh esta cayó en Belgrano”, “a esta la agarraron en Once”, “¿pero qué estaba haciendo?”, “nada, se subió a un taxi”. Te bajaban del taxi... Y las comisarías las tenían tiradas entre los tipos, pasaban las mil y una. Por eso La Gorda empezó a salir con perros grandes para que no se la pudieran llevar. Esa militancia no se paró, nunca se detuvo. Ella trataba de que todo lo personal no afectara la asociación ni a las chicas ni a nada. Justamente, era tratar de separar su vida enquilombada y vertiginosa de la militancia.

Esas reuniones semanales con Ángela Vanni, y las asambleas los sábados en la casa de Armenia generaron, en primer lugar, el encuentro de gran parte de las jóvenes trans que vivían en la Capital y trabajaban de prostitutas en diferentes zonas. Luego de compartir sus historias reiteradas de detenciones y abusos, se fue dando, junto a la abogada, un proceso de formación; entender por qué eran arrestadas, aprender que podían poner “apelo” en el acta que les confeccionaban en las comisarías para, de esta manera, poder reclamar ante la justicia.

En esos primeros años de militancia (1994-1995), las chicas del conurbano estaban todas juntas dando sus pasos iniciales, las que desde distintas provincias se radicaban en capital, –Lohana Berkins, Nadia Echazu, Mónica de León, Keny de Micheli– y tantas otras que no llegaron a ser conocidas en las historias oficiales que surgieron en los últimos años, pero que se mantienen vivas en los relatos transmitidos por las mayores a las nuevas generaciones: sus sobrenombres y sus aventuras son pilares fundamentales de la memoria trans.



Ángela Vanni realizó los primeros informes sobre las detenciones desde ATA (Asociación de Travestis Argentinas).

Claudia, a pesar de sus mudanzas y de sus problemas con la ley, siempre tuvo una obsesión marcada por guardar fotos, notas y escritos que dejaran un registro de lo que ellas vivieron. De esta manera, desde 1994 fue acopiando y juntando el material de archivo que hoy nos permite conocer y reconstruir esas primeras manifestaciones de resistencia colectiva. Tomando como fuente una carpeta que se confeccionó en 1997, con la colaboración de María Belén Correa y Ángela Vanni, podemos observar esas acciones de protesta y de visibilidad de los problemas que las afectaban: el maltrato policial, la imposibilidad de recibir atención médica, entre otros.

En ese texto, se presentaba un resumen detallado con las actividades de A.T.A. En 1994, comenzaron las primeras reuniones donde se convocaba a las travestis que trabajan en la calle, para instruir las sobre sus derechos, y se crearon las primeras estrategias para luchar contra el accionar policial. El 28 de junio de ese año, cinco compañeras –María Belén, Sarita, Alejandra, Daiana y Romina– participaron por primera vez de la marcha del orgullo, que todavía se definía como gay-lésbica.

A mediados de los 90, hicieron las primeras manifestaciones públicas, que lograron instalar el tema de las travestis en la prensa, “no ya como espectáculo, sino resaltando las persecuciones policiales”. Con el patrocinio de Ángela, se iniciaron las demandas judiciales por las detenciones arbitrarias. A partir de junio, Claudia y el resto de las compañeras comenzaron a copar las calles, visibilizando sus experiencias y reclamos. “Por primera vez en la historia de Argentina, un grupo travesti participa de la Marcha del Orgullo Gay en forma institucional. Se destacan por tener un uniforme que las identifica. Participan alrededor de 250 travestis de Capital Federal y el conurbano bonaerense”¹⁰.

Belén recuerda que, ese día, Claudia se hizo cargo de confeccionar el cartel para la marcha, y apareció en la plaza con una cartulina fucsia, con el triángulo turquesa en el medio y mal escrita la palabra asociación. Cuando le quisieron corregir el error ortográfico, ella agarró con un marcado enojo y guardó el cartel. Pero nada de eso opacó la alegría que tenían todas por transitar con libertad y con furia por la Avenida de Mayo.

En agosto, cuarenta travestis realizaron la primera manifestación frente al Departamento de la Policía Federal, en la calle Belgrano, bajo el lema “Todos contra la violencia”. Al mes siguiente, alrededor de 150 travestis llevaron a cabo una sentada frente a la Casa de Gobierno, solicitando una entrevista al presidente Carlos Saúl Menem, que nunca fue concedida. En esa ocasión, el lema fue “Nos sentamos para poder caminar”. Ese día, los canales llegaron con móviles en vivo, y los principales diarios del 20 de septiembre de 1993 titularon: “Travestis piden hablar con Menem”, “Travestis frente a la Rosada”. La agencia *DyN* publicó en un cable: “Solicitaron audiencia con el presidente Carlos Menem, a quien pedirán que derogue los edictos policiales de ‘escándalo’”. Y el *Popular* describió: “Los travestis, ataviados con remeras o poleras color púrpura y con claveles blancos y

¹⁰ (Informe para la Conferencia Regional de ILGA de 1997)

rojos que entregaban a los transeúntes, se quejaron por el accionar ‘que no nos deja trabajar en libertad’”.

Durante los años siguientes –1996 y 1997– continuaron las manifestaciones frente a las comisarías, fundamentalmente la seccional 23, las cuales provocaron una represalia de parte de la policía, recrudesciendo las detenciones. En febrero de 1996, las travestis representadas por Ángela Vanni iniciaron una querrela conjunta contra la Policía Federal Argentina por discriminación:

Después de la marcha que hicimos en Plaza de Mayo, hubo tres presentaciones frente a la comisaría 23 porque las estaban llevando mucho a las chicas, y fuimos a reclamar. Era un lunes, el primer lunes lo agarramos de sorpresa, nos sentamos y fueron tranquilas sin hacer bardo. En el segundo, ellos ya se vinieron preparados y trajeron un par de vecinos, “vestidos de vecinos”, a hacernos salir. La tercera, que fue la última, nos trajeron todos carros y ahí estuve presa (risas). Yo en *Crónica* estaba abonada porque, cada vez que había algún quilombo, iba con las chicas. Porque todo empezó cuando comencé a ir a las comisarías y un día me dijeron espere, y esperé. Al día siguiente volví a ir, me dijeron espere y yo seguí esperando. Hasta que un día dije: “Ya tuvieron suficiente, ahora no espero más”. Entonces, le dije al que estaba en el mostrador: “Mirá, no sé adónde voy a ir pero algo se me va a ocurrir, y me fui a los Tribunales. Al rato, de Tribunales llamaron a la comisaría preguntando por qué yo estaba quejándome. En ese momento, tenía carnet nuevo, arriba de 45 años, y parecía que me había recibido recién. Pensarían: “Esta crió los hijos y se dedicó a las travestis de vieja, boluda y novata”. Entonces yo dejé que lo pensarán, no les cambié la idea; es más, Cesar Cigliutti se enojó conmigo porque en la segunda Marcha del Orgullo andaban los policías tratando de ave-

riguar dónde se reunían para hacer la marcha. Entonces, yo me fui a la comisaría y les dije: “Ustedes estaban averiguando dónde se hace la marcha, miren, acá es el lugar donde se reúnen...”. ¡Me querían matar! “¿Cómo les vas a decir?”. Pero, escúchame, la mejor forma de hacer que alguien no te joda más es diciéndole lo que estás haciendo”.

La Rompecoches también participaba de la militancia y las marchas de aquellos años, pero a su manera:

Hay fotos en el diario de una que hicimos no sé por qué mierda en el Departamento Central de Policía, un día de lluvia y los putos cagados de frío, los dientes como matraca y la Pía: “Dale, vamos, y con el megáfono porque la ley porque la ley”; déjate de joder, ¿qué ley ni qué ley? Y después me salió la posibilidad de irme a Europa y me fui a Europa, obvio, a la mierda la militancia, si no ganaba un mango, y así hubiese ganado un mango, a la mierda la militancia igual. De todas maneras siempre estuve en contacto con las chicas militantes.

Después de estas primeras expresiones de lucha y organización, se acrecentó la participación de las chicas a través de la Asociación de Travestis Argentinas en la comunidad de gays y lesbianas, especialmente con sus intervenciones en las Marchas del Orgullo y en la conmemoración del 1° de diciembre por las víctimas del vih-sida, en las cuales se prendían velas y colgaban mantas simbolizando a “las travestis muertas por sida”. Este encuentro entre personas trans y las organizaciones de diversidad sexual se plasmó en marzo de 1996 en el Primer Congreso de Gays, Lesbianas, Travestis y Transexuales de la región, donde participaron activistas de todo el país y de países limítrofes.

Las manifestaciones en las puertas de las comisarías, los reclamos en la Casa Rosada y en otras ciudades, como Mar del Plata y La Rioja, las denuncias a los policías por abusos y coimas en las zonas de trabajo fueron registrados en los principales diarios y revistas de la época. En agosto de 1995, los medios gráficos enunciaban “marchas de ‘homos’ contra la violencia policial y la discriminación”. Dentro de la categoría gay incluían a “los travestis” cuando narraban las primeras marchas del orgullo y las primeras expresiones de resistencia en las calles de la ciudad.

En 1996, la prensa dejaba registro de los reclamos por la derogación de los edictos policiales y las denuncias, que, en paralelo, desnudaban el accionar de las comisarías en el cobro de coimas y en las detenciones arbitrarias. “Los travestis” eran descriptos como la caja chica de las comisarías de Palermo. A partir de ese momento, se instaló en los medios y en la opinión pública el debate sobre la prostitución y las zonas rojas en el barrio de Palermo, con la participación de organizaciones de vecinos que manifestaban un abierto rechazo a la permanencia de las trans en las calles (Godoy Cruz, y luego en los bosques de Palermo).

MARCHA DE REPUDIO GAY-LESBICA
POR EL ALLANAMIENTO A GAS OIL

TODOS CONTRA LA VIOLENCIA

Pese al frío y la lluvia, casi cien manifestantes se reunieron ayer frente al Departamento Central de Policía, en la calle Moreno, para protestar por la represión policial. Las entidades de defensa de los derechos de gays, lesbianas, travestis y transexuales protestaron por el allanamiento de la semana pasada a una boliche gay. Esa noche, la policía detuvo a 67 personas y apenas una resultó procesada. En forma pacífica, se leyeron testimonios de la raza de 11 de agosto bajo el lema "Todos contra la violencia policial".



PROTESTA DE "HOMOS" POR DISCRIMINACION

Crónica (1º Edic.)

15/09/1995

Los gays y lesbianas, en ruidosa protesta, reclamaron contra el acclonar policial. Curiosamente, la única persona detenida es heterosexual



Con la Casa Rosada de fondo, protesta masiva de travestis. La reiterada represión policial es una de las principales quejas.

TRAVESTIS PROTESTAN Y PIDE LA ABOLICIÓN DE LA LEY 12.732

Bajo el lema "nos sentamos a poder caminar", ayer, a partir de las cinco de la tarde, la Asociación Travestis Argentinas (ATA) realizó una sentada frente a la Casa de Gobierno y tres representantes de la entidad ingresaron al edificio y presentaron un pedido de audiencia con el presidente Carlos Menem a fin de solicitarle que interceda en su lucha por la defensa de sus derechos sociales. Por otra parte, los travestis sorprendieron a todos cuando anunciaron que iban a escuchar el Himno Nacional y difundieron la versión de Charly García. Con las primeras estrofas, los firmantes brataron entre el maquillaje de algunos travestis. Posteriormente, se pidió "un homenaje a todos los travestis que muestran en su camino o los más la policía".

Los objetivos fundamentales que persigue la organización son la derogación del edicto policial "escudado", en Capital Federal, y del artículo 92, en la provincia de Buenos Aires. "Esto significa que los travestis puedan caminar libremente, sin la constante persecución policial y el riesgo de que sean detenidos cuando la Policía les solicite documentos y figuran en los mismos como hombres, en tanto van vestidos con apariencia de mujer", dijo uno de los representantes del grupo.

Por otra parte, la ATA reclamó "poder tener una vida normal, acceso y posibilidades

Realizaron una sentada frente a la Casa de Gobierno para denunciar "represión policial" y presentaron un pedido de audiencia con el Presidente para que interceda por ellos.

en distintos puestos de trabajo", y que no se vean condenados a ejercer la prostitución como "única alternativa". Entre las más conocidas dirigentas se encontraba el transexual recientemente operado en Chile, Yanina* Moreno (en su documento aun figura como Héctor René), quien bregó una vez más para que los travestis puedan usar normalmente su documentación y trabajar sin inconvenientes.

"Así que, yo soy una mujer física y psicológicamente, todavía no puede reglamentar ni documentación. Espero que el proyecto de ley salga lo más rápido posible", expresó Moreno durante la manifestación en Plaza de Mayo.

En cuanto a sus posibilidades de trabajar, Yanina comentó que "personalmente puedo decir que toqué el cable con las manos porque comencé a firmar una policía, bajo la dirección de Jorge Polacco, que está protagonizada por nuestra querida Isabel Sarli. Quiero resaltar que al señor Polacco no le interesó si yo figuraba en mis documentos como mujer o como varón, sino mi idoneidad para cumplir con lo que tenía que hacer.

Creo que todo el mundo debería hacer lo mismo, no sólo en el mundo del espectáculo, también en el ámbito empresarial o cualquier otro. Lo importante es tener en cuenta es la idoneidad de la persona", terminó diciendo Yanina.

Pese a su solidaridad, algunos dirigentes de la ATA mantuvieron un entredicho verbal con Moreno y terminaron solicitando que se retirara de la manifestación.

"Que nos dejen caminar tranquilos por la calle. Esto es lo que pedimos...", expresó a otro grupo de travestis. "En la provincia bonaerense no hay una sola chica, cuando de prostitución, que tenga trabajo. El juez de turno acepta la ficha que le entrega la Policía desde la comisaría y pedir testigos. De esta forma, apenas nos pegan ya no llevan detención, sino acusadas de prostitución, y como lo marca la ley, el juez tiene hasta cinco días para expresarse. No, como sucede en Capital Federal que sólo son 24 horas... Queremos que esta ley también se modifique porque es totalmente injusta!", enfatizaron los travestis.

Asimismo, la ATA aseguró que la sentada de la víspera es

el inicio de un plan de lucha que consiste en la continuidad de marchas de protesta. "Vamos a seguir realizando sentadas y manifestaciones hasta que nos den la libertad... Libertad para trabajar, libertad para legalizar nuestra discriminación. Continuaré con estas protestas hasta el final", expresaron.

Seguidamente, al ser cuestionados sobre la reivindicación que solicitan con el presidente Menem, los travestis aseguraron que "lo que queremos pedirles es que nos dejen ser libres, vivir libremente como a cualquier ser humano. Así, vamos a poder trabajar en cualquier rubro, sin discriminación por ser travestis".

Dalma, otra de las participantes que portaba pancartas con la leyenda "Basta de represión policial", defendió su condición reiterando el pedido de "que nos dejen caminar libremente". "Es lo que le pedí al juez: "No puede ser que cuando la policía nos pide documento y nos figuran como varones, pero tenemos la apariencia de mujer, nos lleven detención bajo el cargo de prostituta". Al ser preguntada sobre cuál era su ocupación, el travesti confesó: "Ahora estoy en una pluperia, pero a veces tengo que caer en la prostitución porque, como hay problemas con dinero, nosotros, no nos dan trabajo en ninguna parte. Así que la mayoría de las chicas terminamos en eso".

EL EXPRESO - Junio 29 de 1995

Gays y lesbianas marcharon "orgullosos" por Buenos Aires

Bajo el lema "vigilamos a la policía", unos 200 homosexuales se movilizaron desde la Plaza de Mayo hasta el Congreso, para pedir por la "persecución"

llegan con cartas postales se en su nombre, como recordatorio de los abusos cometidos por la policía, a poco postando estrofas porcaras y haciendo. Así, la comunidad lésbico-gay marchó ayer desde la Ciudad hasta el Congreso para pedir que se terminara la represión policial como los homosexuales y transexuales.

Bajo el lema "Vigilamos a la policía", más de 200 gays, lesbianas y transexuales salieron a la calle, en Buenos Aires, por

su propia iniciativa a causa del sida, como que algunos parientes de la comunidad lésbico-gay, los miembros de la Asociación de Travestis Argentina adquirieron la movilidad de los centros de cultura, con sus cineastas y sus centros de cultura.

"En la Argentina se ha abierto un espacio grande y muy interesante para que nosotros podamos expresar nos en las últimas marchas recordadas la represión policial".

Una persona como el transexual, dijo, que vive "normal" en sus casos, porque su orientación sexual y no se considera delictivos por la sociedad ni sus discriminación. En el Día Internacional del Orgullo Lésbico-Gay, la comunidad homosexual se movilizó en Plaza de Mayo recordada



Uno de los que fue portador no dejó de insistir en el día del

por los principales dirigentes de organizaciones de homosexuales, pero el silencio de las marchas realizadas en otras ciudades de mundo, la de ayer fue número número de la que se esperaba. Carlos Juárez, presidente de la Asociación Gay por los Derechos Civiles, usó sus fuerzas de autoridad de "no haber vendido hoy a libertad que hoy enfrentamos la marcha no conó con conciencia política, y sinérgico que hoy enfrentamos una presentación ante el Ministerio del Interior "para que nos digan de una vez por todas de qué depende la Policía". Elie Finkler, de Comunitaria Lesbiana, señaló que la protesta se "desarrolló mediante un grupo de boliches y mujeres distribuidas en la calle para averiguación de incidentes y esto es absolutamente inadmisible". Desde protestas que pedían por el "sexo seguro", homosexualidades que aseguraban "estar orgullosos de ser gays" hasta manifestaciones que decían, "no nos hundamos, que ser travestis no es una profesión, sólo consideramos en poder mayor protección policial, neceso documentación y una "cuerp" completa de persecución del sida."

El Expreso

29 de junio de 1995



DAVID REINARDO

Contra la discriminación. Los travestis, en plena sentada frente a la Casa Rosada. "Ser travesti no es un delito", decía una de las pancartas.

FRENTE A LA CASA DE GOBIERNO

Protesta de travestis

Unos 80 travestis de todo el país se reunieron ayer a la tarde frente a la Casa Rosada para protestar "por las distintas maneras en las que somos discriminadas" y para entregar un pedido de audiencia con el presidente Carlos Menem.

Con pancartas donde se leía "Exigimos que se deroguen los edictos policiales" y "Ser travesti no es un delito", el grupo realizó una sentada y cortó el tránsito de Balcarce. "Nuestra situación es grave: en la provincia de Buenos Aires nos meten 30 días en cala-

bozos de hombres", explicaba Yanina.

La Asociación Travestis Argentinas recibió la adhesión de la Asociación Meretrices Argentinas —que concurren con máscaras—, Gays por los Derechos Civiles y Convocatoria Lesbiana. Después de cantar el Himno Nacional y de recibir la bendición de monseñor Bergonzi, de la Iglesia Apostólica Liberal, los travestis repartieron claveles blancos a los presentes. Entre ellos, un grupo de turistas brasileños que no dejaron de sacar fotos "como recuerdo del acto".

Travestis piden hablar con Menem

(DeN).- Medio centenar de travestis protagonizó ayer una protesta con el lema "Nos sentamos para poder caminar", frente a la Casa Rosada, en reclamo de que se reconozcan sus derechos civiles.

También solicitaron una audiencia con el presidente Carlos Menem, a quien pedirán que derogue los edictos policiales de "escándalo" en la Capital Federal y de la provincia de Buenos Aires.

La Asociación de Travestis Argentinos sostuvo que esas normas "son utilizadas por las fuerzas policiales para justificar todo tipo de abusos físicos y psíquicos" contra los homosexuales vestidos de mujer.

Un sacerdote de la "Iglesia Apostólica Liberal", que definió su culto como "católico disidente, apostólico no romano", bendijo a las travestis y pidió que "el señor presidente escuche a las minorías".

Crónica (1^o edic.)

15 JUL 1996

Protesta de Travestis por Abusos Policiales

Cinco 30 integrantes de organizaciones de gays, tranvestis y lesbianas se encadenaron anoche entre sí, frente a la comisaría 23, ubicada en avenida Santa Fe al 4000, en Palermo, para denunciar "malos tratos" por parte de los efectivos policiales de dicha repartición. Los travestis que manifestaban denunciaron haber sido amenazados de muerte por las autoridades policiales y regularon el accionar del nuevo titular de la repartición, Néstor Blanco, quien asumió ese cargo hace apenas de un mes.

Uno de los manifestantes además acusó a los funcionarios de la repartición de pedir sobornos a cambio de la liberación de los detenidos. En ese sentido, indicó que en la comisaría les piden "plata" y añadió que los policías "cobran 7 pesos de 'mita' por cada hora de detención".

"Nos amenazan de muerte, saben dónde estamos y saben dónde están nuestras familias", expresó indignado uno de los travestis que participó de la protesta, que transcurrió sin

incidentes. Los travestis fueron acompañados por Roberto Jampí, del Movimiento Gay por los Derechos Civiles, y por las autoridades de la Comisión de Familiares de Muertos por la Violencia Policial.

Según denunció la "Asociación de Travestis de la Argentina" (ATA) y "Travestis Unidos" (TU), organizadores del acto, "desde que se hizo cargo de la seccional el comisario Blanco, los personas allí detenidos, pero especialmente los travestis, sufrimos golpes y agresiones físicas".

Por su parte, voceros de la seccional policial indicaron que "la zona era el paraíso de los travestis hasta que llegó el comisario Blanco, quien en respuesta a denuncias de los vecinos y las parroquias de la zona comenzó a mejorar los controles". "Aproximadamente unos 50 travestis argentinos, brasileños y uruguayos están identificados en la seccional y, en tanto ejercen la prostitución, van a ser detenidos y se les aplicará la pena correspondiente", dijeron.



Los travestis dijeron: "Nos amenazan de muerte y cobran".

Marcha de travestis frente a una comisaría Denuncian malos tratos

Alrededor de 20 travestis realizaron ayer una marcha frente a la Comisaría 23ª en el barrio porteño de Palermo, en protesta por supuestas agresiones sufridas por varios de sus integrantes durante los operativos realizados por esa seccional.

La protesta comenzó a las 19.15 y los travestis fueron acompañados por Roberto Idrogue, del Movimiento Gay por los Derechos Civiles, y por las autoridades de la Comisión de Francés de Marroes por la Violencia Física.

La marcha entró en vigencia contra el accionar del nuevo titular de la comisaría, Néstor Blanco, quien anunció que cargo hace meses de un mes.

Según denunció la Asociación de Travestis de la Argentina (ATA) y Travesía Uchaco (TU), organizadora del acto, "desde que se hizo cargo de la seccional el comisario Blanco, se pensó en él, diáfanos, muy especialmente los travestis, refiriendo golpes y agresiones físicas".

Por su parte, voceros de la seccional policial reclamaron que "la zona era el paraíso de los travestis hasta que llegó el comisario Blanco, quien en respuesta a denuncias de los vecinos y del patrullero de la zona comenzó a mejorar los servicios".

"Aproximadamente unos 50 travestis argentinos, brasileños y argentinos están identificados en la seccional y, en caso de optar la prostitución, van a ser detenidos y se les aplicará la pena correspondiente", afirmó.



Una travestida de travestis se agolpó frente a la Comisaría 23ª en Palermo.

TRAVESTIS MARCHAN PRESOS

Con un saldo de tres detenidos y una abogada de los mismos, terminó anoche la protesta que realizó la "Asociación de Travestis

Argentinas (ATA), frente a la comisaría 23ª. Los travestis marcharon con los brazos amarrados con cadenas, simbolizando los malos tratos que

ellos dicen recibir del titular de esa seccional. Momentos antes de terminar la protesta, un grupo de manifestantes se trenzó en forma violenta con vecinos de la zona, lo que determinó que fueran detenidos dos de los travestis y una abogada patrocinadora de los mismos.

Cerca de las 19.30, al grito de "se va acabar, se va acabar. la dictadura policial!", y con pancartas que decían "hasta de puño fácil!", medio centenar de travestis se concentró a la entrada de la seccional 23ª, frente al Jardín Botánico, razón por la cual el tránsito vehicular se vio cortado, generando un tremendo congestionamiento en toda la zona aledaña.

Algunos de los manifestantes exhibían un cartel con la leyenda "Peligro: comisario Néstor Blanco", refiriéndose al titular la seccional 23ª. Entre las principales consignas de la protesta figuraron el rechazo "a las detenciones injustificadas, a la agresión física y psicológica y a la incriminación infundada con el consumo de drogas" que sufren los travestis.

También reclamaron por la "igualdad de las personas, la dignidad humana, la libertad de transitar y ser escuchadas, la verdad en democracia y el fin de la represión".

Por su parte, el titular de la comisaría 23ª indicó que "los travestis protestan porque no pueden trabajar en esta zona que hace poco tiempo era para ellos 'un paraíso', donde podían exhibir sus órganos sexuales modificados con siliconas, que constituyen un mal ejemplo para los niños".



EN PALERMO NO QUIEREN A LOS TRAVESTIS

Uno de los carteles que aparecieron ayer en la zona de la avenida Santa Fe y Scalabrini Ortiz, firmado por la Comisión Vecinal de Palermo; los vecinos agrupados en esa organización aprovecharon el afiche callejero para expresar

su apoyo a la comisaría 23ª, que tiene jurisdicción en la zona y que al parecer está tratando de erradicar a los travestis del barrio, en particular a los que frecuentan la calle Godoy Cruz entre Córdoba y Santa Fe.

Travestis Argentinos Presentaron Demanda Contra Edictos Policiales

La Asociación de Travestis Argentinos presentó ayer en la Justicia una demanda declarar anticonstitucionales los edictos policiales, bajo el argumento de que son utilizados para efectuar detenciones ilegales. Según informó la abogada y representante legal de la asociación, **Angela Vanni** "presentamos la demanda y un hábeas corpus preventivo ante la justicia federal para denunciar los malos tratos y las detenciones ilegales que siempre están basadas en los edictos policiales. La cantidad de leyes que la policía como institución viola en nombre de los edictos es muy grande, por eso solicitamos a la justicia que los declare anticonstitu-

cionales", explicó la letrada.

En una conferencia brindada por la tarde en la sede Cays por los Derechos Civiles, ubicada en el primer piso departamento seis de Virrey Ceballos 463, **Vanni** señaló que "casi todas las detenciones realizadas por la policía son declaradas nulas por fallas de procedimiento. El accionar ilícito de la policía en general es muy notorio ya que los travestis son muy mal vistos por la institución y siempre son sometidos a vejámenes, malos tratos y amenazas de muerte". En la demanda, se presentó un detallado informe de cada una de las detenciones, donde se registraron irregularidades por parte de la policía.



Un grupo gay intentó seducir con sus reclamos en la Estatuyente. (A. Sánchez)

Contra la discriminación

Mientras un grupo de gays y transexuales protestó dentro y fuera de la Biblioteca Nacional, la Comisión de Redacción de la Estatuyente finalmente ratificó el artículo de un proyecto sobre la discriminación que había levantado polvareda el viernes último, cuando la UCR objetó (a excepción de María José Lubertino) el pasaje del texto por el cual se "garantiza el derecho a ser diferente" que expresa su rechazo a segregaciones, entre otras razones, por la "orientación sexual", como parte del capítulo de declaraciones, derechos y garantías del Estatuto.

LA CEREMONIA EN EL SAN MARTIN

Matracas en la sala y travestis en la puerta

A pesar de que la inauguración de la Asamblea Estatuente estaba prevista como un acto formal, hubo quienes aportaron una cuota de color a la ceremonia.

• Ante la abrumadora mayoría de radicales el ministro Carlos Corach optó por el humor, y así anunció, relató y luego explicó sus propios chistes. "Este es un plan para conseguir aplausos", adelantó antes de saludar a Fernando de la Rúa. Pero la mayor ovación la logró cuando dijo "quiero terminar".

• Como a lo largo de toda la campaña electoral, la radical María José Lubertino volvió a demostrar sus dotes de madre, dándole de mamar a su pequeño hijo en plena ceremonia.

• La pareja estatuyente del PJ, formada por Jorge Castilla e Inés Pérez Suárez, tampoco se quedó atrás. Una trilogía de costión, compuesta por pandereta, corneta y matraca, apareció desde el fondo cada vez que se nombraba a Inés. En cambio, Castilla optó por una corbata rojo sangre, estazzpada con payasos, y que combinaba con sus medias. Contento con su atuendo, el apoderado del PJ mos-

tró a cuantos pudo su combinación.

• Desde Nueva Dirigencia, el ecologista Elío Brudilovsky aportó una cuota de informalidad, haciendo un *psicodélico* chaleco que recordaba los años 60.

• Aposados en la entrada del Centro Cultural, varios grupos de defensa de los derechos de gays, lesbianas y travestis fueron quienes dieron la primera bienvenida.

• Ya habían pasado más de dos horas y los estatuyentes seguían deliberando, cuando el jefe del bloque radical, Miguel "Chani" Inchausti, pidió la palabra. "En 1810...", fue lo primero que dijo antes que un "no!" generalizado se escuchara en la sala.

• "Todavía me falta un poco de experiencia", se disculpó la presidenta de la Asamblea, Graciela Fernández Meijide, cuando se olvidó de someter a votación la designación de Pérez Suárez como vicepresidente segunda.

• Entre las más de quinientas personas que colmaron el salón podía verse un pañuelo blanco de una Madre de Plaza de Mayo.



Corach y Domínguez llegaron juntos al Centro Cultural San Martín.

La Nación

08/09/1996



Distintivos. Asociaciones de gays y lesbianas se reunieron ayer en los pasillos de la Estatuante para pedir la derogación de los edictos policiales, mientras la Comisión de Justicia ultimaba los detalles de un dictamen consensuado. (Fuente: Contraste)

FALLO: NO ES ILEGAL VESTIRSE DE MUJER

MADRID, 7 de Septiembre. El juez Pineda de la Audiencia Provincial de Madrid ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

El juez Pineda ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

Decisión de Juez Balear, que Sienta Jurisprudencia, Permite que Travesti Fuera Absuelto, Tras Llevar 70 Días de Prisión

El juez Pineda ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

LA OTRA CARA DE LA MONEDA: JUEZA DICE QUE NO PUEDE HABER COMBINADO ENTRE GAYS

El juez Pineda ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

El juez Pineda ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

El juez Pineda ha declarado que el artículo 170 del Código Penal, que castiga a quienes se vistan como el sexo contrario, es inconstitucional. El fallo, que se pronuncia en un caso de un hombre que se vistió como mujer en un momento de una actuación teatral, es el primero de un tipo que se pronuncia en un caso de este tipo.

En esas primeras crónicas periodísticas, Claudia escapaba a las fotografías y reportajes porque en agosto de 1995, nuevamente, tuvo lugar una trágica muerte por inyección de siliconas –esta vez en el departamento de Armenia–, que fue registrada en la sección policial de los diarios. Según los artículos periodísticos, la trans, a las pocas horas de la inyección en la zona de los glúteos, comenzó a descompen-sarse, por lo que se movilizó hasta la guardia del Hospital Fernández: “Los médicos del nosocomio municipal lucharon denodadamente para intentar salvar la vida del paciente, pero cuando este recurrió a la consulta de verdaderos profesionales en el arte de curar presentaba un cuadro terminal de septicemia que fue imposible revertir” (Crónica. 1° edición, 17/09/95).

De esta manera, el hospital hizo que la justicia dispusiera del caso, ordenando allanamientos al domicilio que Claudia compartía con María Belén, quienes ya habían abandonado el lugar. Como en todos los casos en que la inyección de siliconas terminaba con la vida de alguna compañera, las chicas debían rápidamente juntar sus pertenencias y darse a la fuga. ¿Qué autoridad podría entender que así construían sus cuerpos entre pares y en sus mismas viviendas? No eran clínicas clandestinas ni prácticas médicas ilegales, como documentaban los diarios y los escritos judiciales. Se trataba de una compleja realidad donde la extrema exclusión de las instituciones convertía su accionar en actos delictivos. Ponerse las tetas no solo implicaba una posterior discriminación social sino que se convertía en una aventura desafiante que rozaba con lo ilícito: conseguir una farmacia que vendiera la silicona medicinal y los calmantes, y acudir a una compañera que supiera y se animara a colocarlas.

EL MUNDO AL REVES

Travesti murió tras implante de siliconas

Le estalló la prótesis de un glúteo, provocándole lesiones en los riñones

Un travesti que recientemente se había sometido a un implante de siliconas en sus glúteos en una clínica clandestina del barrio de Palermo, murió en el Hospital Fernández de la Capital Federal, como consecuencia del estallido de una de las prótesis, lo que le produjo terribles lesiones en los riñones.

A raíz de la muerte del transformista, identificado como Rogelio León, personal policial de la comisaría 23 almirante y clausuro por orden del juez de instrucción doctor Jorge Rodríguez la clínica situada en Armenia al 2000, lugar donde se había llevado a cabo la intervención que le costó la vida al travesti.

No obstante, hasta ayer no había trascendido si durante el allanamiento a ese establecimiento se había practicado alguna detención, aunque sí quedó establecido que la policía había incluido una investigación para dar con los responsables de la temible muerte de León.

Fuentes seguras señalaron que León había llegado a la clínica citada para hacerse una operación de implante de siliconas, tipo de intervención desde que ya ha causado serios dolores de cabeza a médicos y pacientes, por lo que los peligros col-

aterales que trae aparejada. La operación se llevó a cabo sin inconvenientes en ese centro clandestino, donde, al decir de las fuentes, varios transformistas se habían sometido a ese tipo de cirugía, con el objeto de darle un aspecto más femenino a sus glúteos.

Sin embargo, los problemas no tardaron en aparecer en el caso de León, quien a las horas de haber abandonado la clínica empezó a experimentar molestias que se convirtieron en tortuosos dolores de espalda, por lo que fue trasladado al hospital Fernández.

Los profesionales que lo asistieron comprobaron que los problemas de León se debían al estallido de las siliconas que se le habían implantado, afectando principalmente los riñones de la víctima, cuyo cuadro se fue agravando con el correr de las horas.

Los médicos no pudieron hacer nada para luchar contra la infección que terminó causándole la muerte al travesti, quien perdió la vida padeciendo dolorosísimos. Puesto en antecedentes de lo ocurrido al doctor Jorge Rodríguez, éste dispuso el allanamiento a la clínica donde se había operado León.

MIERE TRAVESTI AL ESTALLAR LA SILICONA COLOCADA EN SANATORIO TRUCHO

Crónica (1º edic.)

17.07.1995

Un "travesti" murió en el Hospital Fernández de una infección generalizada que le provocó el estallido de una prótesis de siliconas en su glúteo que le fue practicada en una clínica clandestina del barrio porteño de Palermo. Los médicos del mencionado hospital se fueron desafiando para intentar salvar la vida del paciente, pero cuando comenzaron a la consulta de verificación practicada en el año de 1994, se descubrió que el paciente había sufrido una infección generalizada que le provocó la muerte al estallar una "silicona" a la que se sometió al tratamiento que se le aplicó, como se puede apreciar, luego que la familia dispusiera de un cadáver en el "travesti" de León en la capital de Buenos Aires, cuando se trasladó al cementerio porteño.

La consulta final del implante de siliconas fue realizada en el Hospital León, quien en su momento de ingreso a una clínica figura de los barrios al sur de Palermo Viejo y la zona norte del Gran Buenos Aires. Por eso, de la a distancia conlugar que no se hicieron más consultas con el paciente y que, además de la experiencia clínica de algunos concurridos, tenía además una importante capacidad de datos y para ser una alta operadora de centros de atención CUB.

También se mencionó que León recurrió a un establecimiento clandestino situado en la calle Armenia al 2000, en Palermo, para someterse a un implante de siliconas, no que le dejó el resultado, "travesti" de León. Los médicos consideraron un accidente de la vida que "travesti" de León la profesión en su campo y que se volvió una vida que, por lo que se debe considerar que se realizó la forma de un solo punto luego de haber estado.

El joven que buscó mejorar sus glúteos a través del implante de las prótesis profesas fue una fuente y pensó en ir a una de las clínicas generalizadas. Los médicos nada pudieron hacer por salvarle la vida.

La última de las intervenciones de un travesti en la clínica fue una intervención de prótesis de siliconas en su glúteo y se benefició de un tratamiento. El lugar era un establecimiento clandestino que los médicos le aplicaron los métodos de tratamiento y se benefició de un tratamiento. El caso del travesti de León se menciona en el artículo 22 de la Ley de la Policía Federal, que por vez del juez de instrucción de la policía federal, se aplicó en la clínica de la calle de la intervención de la intervención.

De acuerdo con la información recibida por "Crónica", el joven levemente discapacitado no pudo ir al implante de las prótesis de siliconas que le fueron practicadas a su vez, por lo que se le aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

A raíz de la muerte de León, se aplicó un procedimiento de verificación de la intervención de la intervención, y se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

de intervención, de León. Hubo afectado la espalda y los riñones.

En el momento de la intervención, y como a la muerte al estallar una de las prótesis de siliconas, la intervención fue realizada en la clínica de la intervención de la intervención, se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

En los últimos días de la intervención de la intervención de la intervención, se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

En el momento de la intervención de la intervención de la intervención, se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

En el momento de la intervención de la intervención de la intervención, se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

El tipo de intervención de la intervención de la intervención, se aplicó el tratamiento de la intervención de la intervención.

El implante en una clínica ilegal se ubica en un contexto de crecientes demandas La muerte de un travesti reabre el conflicto por las siliconas

Falleció en el hospital Fernández, donde fue derivado tras la operación realizada en un centro de Palermo. Un especialista interpreta que en el infortunio se apeló a siliconas de uso industrial. Hay 20.000 demandas -350 de ellas, de argentinos- en el mundo por implantes considerados defectuosos y perjudiciales.

Tras la operación, Lallo intentó a padecer un síndrome postopos del implante de las siliconas. Ante una cirugía, fue trasladado al Hospital Fernández de esta capital, donde se comprobó que habían sido utilizados los implantes y sus siliconas por una "técnica generalizada". En pocas horas, el estado de salud del paciente se agravó al punto de la intubación. El que falleció en la clínica. Simultáneamente, el juez Jorge Rodríguez ordenó el allanamiento del centro, donde se encontraron diversos elementos y clásteres de local.

La polémica

Una vez más se involucra en una polémica judicial derivada de una cirugía realizada en todo el mundo con aparatos en los Estados Unidos sobre los implantes de silicona de utilización por muchos meses en la industria del plástico. A la luz de sus expectativas, tanto operativas como estéticas, muchos pacientes se preguntan qué puede causar este tipo de complicaciones quirúrgicas.

Entre otros antecedentes, se sabe de la existencia de un estudio reciente del Comité que indica la presencia implante, en el caso de un implante relacionado a la construcción de los implantes de ciertos, con consecuencias graves para la salud.

Entre quienes falleció a los 20 años de edad, se sabe de la existencia de un estudio reciente del Comité que indica la presencia implante, en el caso de un implante relacionado a la construcción de los implantes de ciertos, con consecuencias graves para la salud.

Además, desde 1992 los implantes de silicona están prohibidos en los Estados Unidos, sobre el caso de travestidos, pero no se ha desarrollado la seguridad. Son casos de embolismo pulmonar.

que la más importante de las Siliconas, la firma Dow Corning Corp. se retiró en el momento. La firma a su vez, se retiró en el momento. La firma a su vez, se retiró en el momento.

El estudio firmado en 1994 que indica un riesgo de entre 1 a 100 millones de dólares por implante de las siliconas con problemas de salud general, por ejemplo, de acuerdo a la gravedad de la infección y la toxicidad, incluso a quemar quemaduras extensas relacionadas en los próximos 20 años.

Un estudio, la cantidad de las siliconas, entre otros una 100 millones de dólares por implante de las siliconas con problemas de salud general, por ejemplo, de acuerdo a la gravedad de la infección y la toxicidad, incluso a quemar quemaduras extensas relacionadas en los próximos 20 años.

El que es que las demandas, según el estudio, se han incrementado en los últimos años, lo que indica la presencia implante, en el caso de un implante relacionado a la construcción de los implantes de ciertos, con consecuencias graves para la salud.

En el mundo, entre otros, el estudio a partir de información de la presencia implante, en el caso de un implante relacionado a la construcción de los implantes de ciertos, con consecuencias graves para la salud.

En el mundo, entre otros, el estudio a partir de información de la presencia implante, en el caso de un implante relacionado a la construcción de los implantes de ciertos, con consecuencias graves para la salud.

Análisis

Por el doctor Jorge Wernicke (*)

No lo operaron con las de uso médico

Según se desprende de la información periodística, las siliconas empleadas en el travesti Rogelio Lallo fueron fabricadas por siliconas de uso industrial, muy diferentes de las usadas en medicina, que se descomponen de grado médico. Entre ellas existen por su densidad y peso específicos. Las de tipo industrial son más livianas y se usan para fabricar maquinas. Las de grado medicinal en el cuerpo y se usan tanto en grandes mamarias como en algunas de aplicación estética. También de venado en algunas medicaciones.

Por otro parte, aunque las inyecciones de silicona líquida están prohibidas en todos los países del mundo, es muy común para los operados en cirugía plástica amasar siliconas, muchas veces repetidas, a quienes se les ha inyectado, generalmente, en grupos o masas. Llegó al conocimiento con las siliconas desmontadas en otras partes del organismo, multiconcavos a flor de piel y una enfermedad denominada ginecomastopatía (inflamación del pecho). Esta última suele transformarse en una ginecomastopatía (disparamiento de los conductos del pecho), que lleva al poco tiempo a una insuficiencia renal crónica y muerte del paciente.

Si el travesti que murió, hubiera sido operado con siliconas de grado médico, en caso de estarlo, solo hubiera adquirido una infección localizada de tipo bacteriano o fúngico. Sin embargo, por ser más probable que se inyectara una silicona de grado industrial, que se firmó el informe pericial sobre la muerte.

(*) Miembro de la Comisión Directiva de la Sociedad de Cirujía Plástica de Buenos Aires y ex jefe de la Administración Nacional de Medicamentos, Alimentos y Tecnología Médica (ANMAT) en el área de siliconas.

La Beba, aunque no estuvo ese día en el lugar, tiene presente el relato que hacía Claudia sobre la muerte en el departamento de la calle Armenia:

La chica que murió fue a hacerse; y cuando ella la iba a pinchar, la tocó y estaba volando en fiebre, no la pinchó nada, pero le hizo creer que sí. La mandó de vuelta a la casa y le dijo a la amiga: "Llévala a internar que está volan-

do de fiebre”. ¡Bueh, nunca la llevaron! Se fue a trabajar la chica y murió en la zona, y decía que venía de hacerse en la casa de La Claudia. Todas dijeron: “La mató”. De un día para el otro le avisaron las chicas de Palermo: “Mirá que las van a ir a buscar”, porque una pelotuda las mandó en cana. Y salieron. Les avisaron que iban a hacer la denuncia, rajaron y a los días hubo un allanamiento y bueno, no las encontraron.

La Rompecoches fue una de las que la recibió cuando Claudia se fue del departamento de Armenia:

Cuando pasó el problema con La Salteña se tuvo que venir volada con La Belén para acá. Gracias a eso se fortaleció la zona norte porque La Gorda estuvo acá acovachando un mes, un mes y medio, y no salía para Capital. No me decía nada y yo, como una pelotuda, cuando fuimos a la primera marcha, le dije a La Belén: “¿Por qué La Pía no aparece?”. “No, porque ella está dando una nota en la radio”. Y ahí yo no sabía todo lo que había pasado; el quilombo que había tenido en Capital con la silicona, que se vinieron fugadas para acá, ¿viste? Y ahí es como que se reforzó nuestra amistad; y a partir de ese tema que tuvo ella, nos empezamos a frecuentar más y terminamos siendo prácticamente hermanas. Ella me involucró a mí y, a su vez, yo involucré a un montón de gente de acá de zona norte a la que ella no tenía acceso; ella tenía acceso en zona sur”.

La fuga del departamento de Armenia y la etapa de clandestinidad se dio entre agosto y septiembre de 1995. Para ese entonces, Alejandra ya se había instalado en Mar del Plata junto a Patricia Rasmussen, y Sarita había fallecido. Por alrededor de un poco más de un

mes estuvieron viviendo en casas de amigas, como en Del Viso, junto a Marcela La Rompecoches y familiares. Debían esperar la entrega de las llaves de su próximo hogar ubicado en la calle Charcas.

En 1996, Claudia nuevamente tenía armada en su casa una comunidad de amigas; algunas en pleno proceso de transformación, otras ya constituidas plenamente como mujer. Junto a Belén, Sonia –una transexual paraguaya–, y Marcela La Dulce, los días parecían acomodarse y retornaba la rutina: vivir de noche ejerciendo el trabajo sexual y consumiendo cocaína, alcohol y marihuana. Para esa época, las protestas tenían mayor visibilidad, pero Claudia –que había cambiado el color de su pelo y agregado un nuevo nombre, “Pía”– seguía manteniéndose en un segundo plano. Su temor por las muertes de sus compañeras en plena colocación de siliconas, provocó el cambio físico y su nueva identidad: María Pía. Participaba de las reuniones, caminaba por las zonas de trabajo, pero evitaba los lugares donde hubiese periodistas o cámaras de televisión.

Nota dada a la revista Ahora, con otro nombre, por el suceso de las siliconas

Crónica (1º edic.) 20.108.1995

- Revista "Ahora" -

(1)

Son muy altas, corpulentas, de curvas voluptuosas. Tienen 22 y 24 años y toda la vitalidad que ello implica. Se llevan las paredes por delante y no se dejan amedrentar por los prejuicios sociales que las discriminan. **María Belén Correa** y **Lara Graciano** son "dos chicas audaces" que no se resignaron a morir en los cuerpos masculinos con los que nacieron, y tras recorrer los pasos de lo que se podría llamar "la carrera homosexual", fundaron la **Asociación de Travestis Argentinas (ATA)**, para proteger a quienes sufren de represión policial. Belén eligió su nombre a los 7 años. Tiene un hermano mayor y dos mellizas menores y, según cuenta, su sexualidad se manifestó en forma diferente del común de

los casos: "Mi familia recién se enteró cuando yo tenía 18 años... Un día les conté que era homosexual, y en el mismo momento les dije que también me iba a hacer travesti".

Tratamos de imaginar la situación y suponemos que el shock debe haber sido terrible: "Pero tampoco una se hace travesti de un día para el otro, sino que es un proceso. Comenzás siendo gay, seguís como transformista y, después, te convertís en travesti".

Lara se suma a la charla: "Y el último paso es ser transexual, cuando decidís o podés operarte los genitales". Ella hace una década que es travesti: "A los 14 años ya había juntado la plata y me operé el busto, lo que quiere decir que empecé a trabajar mucho antes".

¿A qué te referís cuando decís "trabajar"?

(Lara) -A la prostitución, porque a otra cosa no podés dedicarte.

(Belén) -Si para los heterosexuales la desocupación es altísima, imaginate lo que puede ser para un gay, y pensá lo que puede ser para un travesti que ni siquiera tiene legalidad para caminar por la calle o tomar un colectivo.

Lara nació en Venado Tuerto (al sur de Santa Fe) y tenía 8 años cuando se dio cuenta de que le gustaban los hombres: "A los 12 comencé a pintarme y a tomar hormonas femeninas. A los 13 me vine a Buenos Aires y, cuando tenía 14, me operé el busto, me vestí de mujer y comencé a conocer todo". El nombre de Lara lo tomó desde que está militando. En su casa la llaman Claudia porque su nombre real es justamente Claudio.

Los padres tratan siempre de que sus hijos se hagan hinchas de algún club de fútbol, ¿cómo fue en el caso de ustedes?

(Belén) -Mi papá era director técnico de un equipo de fútbol, así que su insistencia para que yo jugara era

muy marcada. Pero a mí nunca me gustó ir a la cancha, iba por obligación o para mirar a los muchachos.

(Lara) -Yo jamás fui a ver un partido, y ni siquiera voy a un recital, porque todos esos tumultos terminan en problemas.

¿La gente las discrimina y las aparta?

(Lara) -No, es la policía la que nos persigue. Con nosotras dos mucho no se meten porque somos millantes. Yo estuve viviendo un tiempo largo en Europa y desde que vine, hace cuatro años, nunca me detuvieron porque no trabajo en la calle. Pero las chicas que sí hacen, en ciertos casos tienen que pagar cincuenta pesos de arreglo a cada patrullero, o se las llevan.

¿Cuando tienen que votar, es sabido que lo hacen en



las mesas masculinas, pero ¿qué pasa si están en una confitería? ¿Van al baño de damas o de caballeros?

(Lara) -¡Al de damas, por supuesto!

(Belén) -Inconveniente sería si fuésemos al de hombres.

(Lara) -Porque no es la sociedad la que te discrimina, es la ley.

¿Decidir operarse debe ser tremendo...

(Lara) -Pero cada una nace con su condición sexual.

(Belén) -Y con una necesidad personal diferente. Hay muchas chicas que son travestis y como no se sienten totalmente satisfechas, deciden operarse y cambiar de sexo.

- ¿Desean ser mujeres? ¿Quiéren ser como "doña Juana", que cocina, lava y plancha?

(Belén) - No, nosotras somos travestis; ninguna quiere ser mujer. Además, no todas las mujeres cocinan, lavan y planchan todo el día.

(Lara) - Yo no quiero ser prostituta, pero tampoco "doña Juana", ni nada por el estilo; sino ser Lara y tener mi lugar en la sociedad.

Belén es modista y Lara tiene una peluquería, que es atendida por empleados.

- ¿Tuvieron alguna vez relaciones con una mujer?

Belén niega con la cabeza.

(Lara) - Sí.

- ¿Siendo hombre?

- ¿Las travestis tienen alguien que las proteja, como las prostitutas?

(Lara) - No, nos protegemos solas. Una mujer, para "pararse" a trabajar en una esquina, tiene que tener un 840 (el cashisho, en la jerga de los números) que la cuide, en cambio con nosotras no se meten porque los matamos.

(Belén) - Pero no se necesita llegar a tanto; ya la fama te condena y todos nos respetan.

- ¿Tienen relaciones con gente famosa?

(Belén) - ¡Por supuesto! Si son gente como cualquiera.

(Lara) - Entre cuatro paredes, únicamente.

(Belén) - Farándula, políticos, hombres casados, es-

"CRIS MIRO DEBERIA Luchar con nosotras"



Lara y Belén, fundadoras de la Asociación de Travestis Argentinas, celebran el éxito del transformista, pero... "Nos gustaría que se acercara a militar por la igualdad de derechos".

(Lara) - No... Salí con una lesbiana, pero cumplí mi rol pasivo.

- ¿Y te gustó?

(Lara) - Fue todo un rollo! Una experiencia... o mejor dicho una equivocación, porque parecía un chico que cuando se desvistió era una mujer; digamos "un travesti al revés" que tomaba hormonas y tenía pelos en la cara. Parecía un hombre...

- ¿Qué es lo que espera un hombre de ustedes?

(Belén) - Creo que fundamentalmente nosotras trabajamos más con homosexuales no asumidos, que buscan la parte activa de una mujer. Es una onda medio diabólica, pero eso es lo que nos dicen.

tudiantes... Tenemos relaciones con gente de toda la sociedad.

(Lara) - De los famosos, vienen desde los más chiquitos y juguetones de 18 o 19 años, hasta los que empezaron antes que Mirtha Legrand. Hay de todos...

- ¿Cómo es que las conocen?

(Lara) - Cuando "trabajábamos" en la calle. Llegaban tapados de pies a cabeza para que no los reconociéramos, con lentes ahumados y bufandas; pero ni bien les oíamos la voz o les veíamos los ojos, ya los reconocíamos.

(Belén) - ¡Porque somos unas cholulas bárbaras! - dice con una carcajada.

(Lara) - Fíjate lo que le pasó a ese actor inglés que lo encontraron con una prostituta en su auto. ¡Imaginate si lo hubiesen agarrado con una travesti!

(Belén) - ¡Acá no pasaría nada. Una noche iba en un taxi con un "famoso" - se negó terminantemente a darnos el nombre, o siquiera una mínima pista - y nos paró la policía. El se identificó y seguimos sin problemas; a lo sumo le da diez o veinte pesos y está todo bien.

- ¿Qué piensan de Cris Miró, que siendo un transformista, en lugar de ser rechazado como ustedes, es aclamado por el público?

(Lara) - Nos parece bárbaro que le vaya bien, pero nos gustaría que se acercara a militar con nosotras y luchar por la igualdad de derechos; porque ella, aunque no sea travesti (Cris Miró es transformista), tampoco puede salir del teatro vestida de mujer, o si lo hace es porque es famosa y la respetan.

A pesar de que la vida parece venirles de contramano, Belén y Lara no reniegan de lo que son: "Igualmente somos felices, porque si no fuésemos así, no seríamos nosotras. Si no hiciéramos lo que hacemos, no tendríamos ni ganas de vivir".

M.A.O.

Las tragedias en las operaciones caseras eran de lo más común entre las chicas de la época. Algunos casos generaron la intervención de la policía y de la justicia con los allanamientos, pero, según recordaba la abogada Ángela Vanni, ninguno llegó a plasmarse en un juicio. La

noticia siempre circulaba entre las compañeras y, cuando se podía, se trataba de acompañar a la familia, si es que había contacto con ellos, y colaborar con los gastos del sepelio. Muchas jóvenes trans murieron en búsqueda de un cuerpo que fuera lo más cercano a sus sueños. También, para otras mujeres trans con más experiencia, la colocación de pechos o los rellenos de glúteos, caderas y piernas era una forma de ganarse la vida, sin depender exclusivamente de la prostitución.

Claudia siempre estaba pensando actividades alternativas a “hacer la calle”, nunca terminó de acomodarse en ese trabajo, fundamentalmente no se “aguantó el morbo” de los tipos, como ella decía. Tenía muy poca paciencia para escuchar sus problemas o sus fantasías; si se trataba de clientes, prefería que le toque alguno “merquero”, que la contratara para tomar una bolsa toda la noche, y quizás hacer alguna cosa rara.

Con La Beba habló muchas veces de lo que sentía al hacer la calle:

Claudia hacía de todo un poco. Laburaba un poquito en Palermo, laburaba en la puerta de la casa, daba la vuelta con el perro, laburaba en su cuadra. Y siempre dijo lo mismo, que ella no servía para prostituta porque no se aguantaba a los clientes. Cualquiera que la conociera te iba a decir lo mismo, La Gorda para garronear se iba a acostar con Dios y María santísima, ahora con un cliente que le está pagando no se aguanta ni diez minutos. Era así.

Durante los dos años aproximados (1995-1997) que Claudia vivió en la cómoda y amplia casa de propiedad horizontal de la calle Charcas junto a sus amigas, fue abandonando el trabajo sexual en la calle.

Mantenía algunos pocos clientes, pero ya no se “montaba”¹¹ todas las noches para salir a hacer plata en las “zonas rojas”.¹²

No sé en qué momento descubrió las drogas, porque cuando la conocí, en los 90, en el barrio de San Telmo, ella ya consumía. La cocaína se fue tornando una forma de transitar la vida en ese entonces, cubría su adicción y generaba recursos económicos para su subsistencia. En la comunidad diversa que se fue conformando en Charcas, casi todas y todos los que estaban tomaban “coco”¹³, como le decía Claudia.

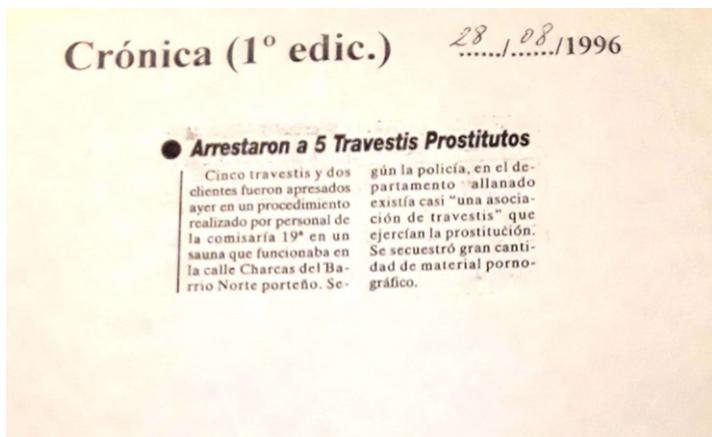
La “coco” les permitía estar despiertas y alertas toda la noche para las oportunidades de negocio o de trabajo que se les podían presentar. Claudia empezó a quedarse en la casa para estar atenta a los pedidos de las chicas que entraban y salían. Algunas se tomaban descanso, otras volvían para comprarle droga a algún cliente. Las noches se vivían así a puro taxi, giro y copeteo; “noches alegres y mañanas tristes”, siempre solían decir al otro día cuando aparecía el malestar y la resaca.

En una de esas tantas fiestas, un vecino llamó a la policía y terminaron allanando el lugar. La abogada Ángela Vanni recuerda ese día como un “bazar” donde había de todo. Claudia estaba en su habitación con un *taxi boy*, Belén con su novio; Yohana Casanela, Paola y Janette también se encontraban viviendo ahí. Todos terminaron demorados porque los oficiales, cada vez que ingresaban a las casas de las chicas, encontraban seguramente drogas, materiales y objetos pornográficos y gente de la noche.

¹¹ La preparación con maquillaje, postizos, pelucas y ropa atractiva para ir a trabajar.

¹² Calles o barrios en donde las chicas se juntaban para ejercer el trabajo sexual.

¹³ Cocaína.



Según La Beba, el departamento de Charcas es una postal de los años 90:

Charcas fue la época de la opulencia, había como ocho cuartos; ahí se hicieron fiestas, casamientos, reuniones, allanamientos, todo. Entraron buscando un prostíbulo y encontraron como ochos chicas, eran un montón. Bueno, conclusión que Charcas tuvo su época de opulencia; ahí La Gorda no salía, estaba adentro milongueada sin parar. La opulencia del descontrol porque contaba con dinero pero vivía en la jaulita de oro, donde no podía salir a ningún lado porque la estaban buscando. Le hicieron la fama de que mató a una, y ella no salía de adentro. El desenlace de esa casa es con el allanamiento en el que buscaban un prostíbulo, y cuando entraron, revisando unos cajones encontraron una bolsa de cocaína y la policía plantó cocaína en todo el departamento. Y el vecino de arriba, que siempre las denunció por los ruidos, por el olor a porro,

por todo, fue el que las salvó porque vio a la policía tirar papelitos y enseguida llamó a la fiscalía.

El día que Charcas fue presentado en sociedad, La Rompecoches fue a la fiesta:

¡Ah, no sabés! Estaba Sonia La Paraguaya, La Castrada, y llegó La Patricia con otra operada. ¡Uh, dos gatos capones en una fiesta no puede haber! Uno sí, dos no, y La Sonia La Paraguaya, con una pollera de cuero, tacos de perno italiano y ya abriéndose de patas para que abajo le miren la concha por esa pasarela en la escalera, que tenía como enrejado. Y La Gauna abajo, otro castrado más estaba, ya con un pedo azul. ¡Negra, estaba el otro castrado! ¿Y qué hizo? Se bajó el pantalón y se puso a mear en la rejilla del patio, ¿viste?, para que vean que ella era una mujer como el otro castrado que estaba arriba; no puede haber dos castrados en una fiesta. Y te digo otra: La Ángela que no me haga juicio porque un pedo se agarró la abogada... Y así todo el mundo en pedo o duro en una pieza. ¿Y sabes quién estaba? Mi amiga La Julia de Caseros, con el marido: el marido puto que hacía el *show* en Recoleta.

La abogada Ángela Vanni tiene asociado el recuerdo de Charcas con la persecución policial:

En Charcas, el tema era que la policía venía todas las semanas a romper las pelotas porque alguien les avisaba o porque había mucho olor a porro o lo que fuera. Entonces, yo iba y si venían a ver qué había pasado que estábamos de fiesta, entonces los hacía pasar yo, esa era la política de siempre. Después pasó lo del “bazar”. Ahí estuvieron una

semana, creo, presas [refiriéndose al allanamiento]. De esa casa, me acuerdo que la escalera era una belleza. Y cuando llegó la policía había de todo lo que buscabas: Pía con un chongo en una habitación, y las otras... siete u ocho, yo cargué con todas. ¿Vos podés creer lo que fue en ese juicio? Mi socio en esa época era Marcelo Feinman, y él me criticaba mucho porque yo nunca fui técnica, siempre dije que si yo lograba que hicieran un juicio por jurado no me iban a condenar a ninguna. ¿Por qué? Porque si yo puedo hacer que tres jueces que saben de leyes absuelvan a mis clientes, puedo hacer cualquier cosa. Ahí, en esa, en la del “bazar”, apelé a la lástima. Porque había una cuestión que no me pasó nunca con ningún otro cliente salvo con las chicas: que yo diga algo y me lo discutieran, yo no sabía lo que era eso. En ese mismo juicio, había un pibe, que era el que estaba con Pía, que entró porque estaba drogado ahí. Era una fumata arriba, entonces a él lo tomaron como que estaba de boludo que era. No le incluyeron el tema de la droga, entonces le dije: “Mirá, nos van a ofrecer una *probation*, los jueces te van a preguntar si hiciste el secundario y si querés hacer el secundario; vos tenés que decir que sí”. Resulta que fuimos a la audiencia, y los jueces cambiaron el argumento y le preguntaron si estaba dispuesto a hacer un trabajo voluntario. ¿Que contestó el pendejo? “¡Ni loco!”. Yo en ese mismo juicio teniendo a La Pía acá al lado le dije “llorá”. No preguntó nada, se puso a llorar y, claro, nos mandamos una exposición. Primero, les dije cómo era la vida de una travesti desde la infancia, cómo iban cambiando, de los problemas de la escuela, de los familiares, alguna relación de los familiares, la echada de los padres, esto, lo otro, y les arme una historia, pero hermosa. Entonces le dije: “¡Vos llorá!”. Cuando salimos del juicio, la decisión fue que se las declaraba a todas cul-

pables y se las mandaba a hacer un tratamiento psicológico para la adicción. “¡Pueden retirarse!”. Nos fuimos. Yo quedé así... (dura). “¿Qué pasó?”, decía Pía. Belén le dijo: “Pará que está shockeada, no puede explicarte hasta que no vuelva en sí”.

En esa causa, la abogada logró que todas salieran en libertad con la figura de la *probation*, por lo cual se comprometieron a hacer tratamiento para la rehabilitación de drogas en el Senareso.

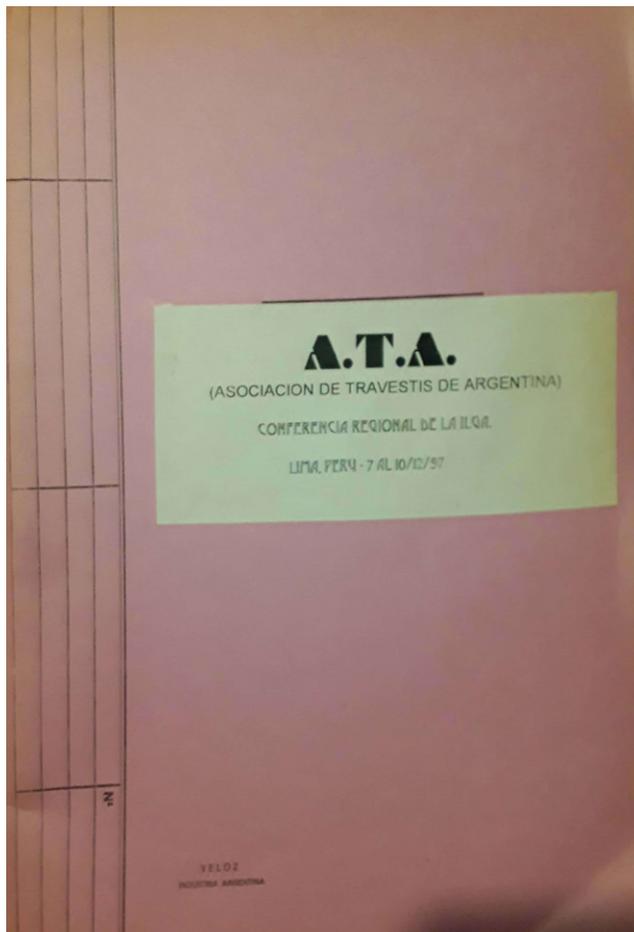
En 1998, el grupo de amigas se separó en dos viviendas: Claudia se fue a vivir junto a Janette a un departamento en Acoyte y Ángel Gallardo, cercano al Parque Centenario. En tanto, Belén se instaló, junto a Paola Melian y La Daniel Busato, en un caserón antiguo en la calle Entre Ríos y Garay, en el barrio de Constitución.

En ese breve lapso en el que Claudia se asentaba en su nuevo hogar, intentó probar la convivencia con una joven pareja, Lucas, pero rápidamente se separaron. Allí Claudia estrechó lazos con Janette, con quien compartiría muchos años de su vida. En ese momento, después de haber soportado el allanamiento en la casa de Charcas, intentó retomar la lucha, porque las detenciones continuaban, especialmente sobre las compañeras más jóvenes. Junto con Belén y con Ángela, continuó militando y tratando de establecer nexos con otras organizaciones para lograr visibilidad de la situación de las trans e iniciar el reclamo por la derogación de los edictos.

A fines de 1998, decidieron juntar la plata para pagarse el viaje a un congreso de la ILGA, en Perú. Querían participar, por primera vez, en una actividad regional y comenzar a fortalecer una alianza nacional y regional con otras organizaciones de la comunidad de lesbianas, gays, travestis y transexuales. Para ese momento, armaron unas carpetas con toda la información de las detenciones arbitrarias por las contravenciones, una reseña de la lucha judicial que llevaba adelante Ángela Vanni, y una selección de recortes periodísticos don-

de se reflejaba el tratamiento discriminatorio y estigmatizante hacia las mujeres trans en la Ciudad de Buenos Aires.

Para ese viaje prepararon más de treinta carpetas con reseña de las actividades de ATA y una selección de recortes periodísticos.



Lima, Perú, 7-10 diciembre 1997

Queridos Amigos:

Tenemos el agrado de dirigirnos a Uds. a fin de compartirles nuestros logros y nuestros planes a futuro.

A pesar de todas las dificultades y las persecuciones de que hemos sido objeto durante muchísimos años, hemos logrado revertir la situación social del travestismo en Argentina.

Sin embargo, la situación económica de nuestro país, nos ha tocado muy fuertemente, impidiéndonos seguir nuestros proyectos por falta de medios.

Es por ello, que si Uds. tienen posibilidad de brindarnos su apoyo económico en nuestra cruzada, cualquier donación, por mínimo que sea, será sumamente valioso para nosotras y nosotros.

En las siguientes páginas Uds. podrán informarse resumidamente sobre lo que hemos realizado desde nuestra creación. Lamentablemente nuestra economía no nos permitió hacer fotocopias de todo lo que hemos hecho, por eso, también tenemos una carpeta en la que Uds. podrán obtener más información y que está a disposición para fotocopiar lo que les interese.

Los saludamos afectuosamente.

A.T.A. (Asociación de Travestis de Argentina)

Dirección : Sarmiento 1848 - 3ro. "C", (1044) Buenos Aires, Argentina
TE: 54-1-383-8445 - FAX: 54-1-372-6633

Claudia sufrió un duro impacto: sus pechos de siliconas, que ya habían sido lastimados en un paliza brutal que recibió de parte de la policía unos años atrás, reventaron, comenzaron a drenar y soportó días de fiebre y malestar. El viaje se canceló y se le planteó el desafío de buscar atención médica, lo cual en esos años seguía siendo una tarea sumamente compleja. En el tiempo en que vivieron en Armenia,

Alejandra y Sarita/Fabianita afrontaron serios problemas de salud asociados al vih. En esa ocasión, Claudia había logrado vincularse con un grupo de trabajadoras sociales de la Universidad Nacional de La Plata que trabajaban en el Hospital San Juan de Dios, y lograron internarlas. Pero, en la mayoría de los casos, las chicas evitaban el hospital hasta las últimas horas, se acercaban a las guardias médicas cuando ya estaban al borde de la muerte por tuberculosis, neumonías, candidiasis, meningitis o toxoplasmosis, todas infecciones ligadas al sida. En el caso de los problemas con las siliconas, había un profundo desconocimiento, que en el sistema público sigue vigente. Para los médicos eran experiencias novedosas sobre las cuales no existía mucha información.

La Beba recuerda lo triste que fue el momento en que le estallaron las siliconas:

Se le canceló el viaje y se le vino el mundo abajo. A ella le habían roto esa teta a palazos en una comisaría hace años y después terminó de lastimarse justo antes del viaje a Perú. En las comisarías, le ponían el pecho entre el marco y la puerta y con la puerta les reventaban las tetas, eso le hacían a las chicas. A ella le reventaron las tetas así contra el marco de una puerta. Y el día que se le reventó y empezó a drenar ella dijo: “Me siento mal y tengo afiebrada la teta”, y se miró y tenía todo mojado, cuando se apretó empezó a salir de todo: pus, aceite y un olor a podrido. Ahí le agarró la locura de qué hago y estuvo un mes hasta ir a un médico que la aceptó. Morrone creo que fue. Le quedó una cicatriz en el pecho que te mostraba y era como un cierre relámpago, con 450 ganchos... Después de la operación, estuvo en reposo en una quinta que alquiló para quedarse aislada y que nadie la viera. Yo me quedé un mes y medio en la quinta con ella. Ahí fue cuando me mostró y me des-

compuse. Y decía: “Mirá, hace ruido”, y se apretaba (imita el sonido), porque la piel estaba toda despegada... era una cosa terrible. Y había que cambiarle los drenajes porque tenía dos mangueras colgadas que seguían drenando. Pero lo sobrellevó como una bestia, tenía una cabeza increíble La Gorda para eso. La fuerza de voluntad de ella, de limpiarse todos los días los paños, de verse mutilado su cuerpo, porque era como la mordida de un tiburón que le sacó un pedazo de cuerpo. Y la loca no tenía problema, vi un congreso en el Bauen en el que estaban todas las chicas de todo el planeta que habían venido, y hablando del tema de las siliconas, una le saltó: “¿Y vos no mataste a una?”. Y ella dijo: “Yo no maté a nadie, pero sí apliqué siliconas y sí me equivoque. Y la silicona a mí me hizo esto”, y se levantó la remera. La mitad cayeron muertas, desmayadas. Porque ella no tenía ningún problema ella, y decía: “Esto hace la silicona, si bien yo algún día apliqué, hoy milito en contra de eso, vayan a un cirujano y que les pongan prótesis, no más aceites” (refiriéndose a los congresos que se hacían después del 2007). Una vez le salió una tuberculosis que se le encapsuló en el ganglio; pensaban que era un tumor y lo encapsuló ella misma. Primero, estaba: “Me muero, me muero”; y después dijo: “No, esto a mí no me va a matar”. Cuando se fue a atender, se lo operaron, el mismo médico que le operó las tetas, le sacó el ganglio ese, y le dijo: “Mira, te lo muestro”, y era como una nuez. Tenía esa fuerza de mente y de espíritu ella, creo que por eso doblegaba esas cosas. Y te lo transmitía todo el tiempo.

A fines de los 90, Claudia se instaló en un caserón en la calle Sarmiento, en pleno barrio de Almagro. Era una construcción antigua muy amplia y hermosa, pero que presentaba cierto abandono. Por esa razón, al hacerse cargo de muchos arreglos, pudo alquilarla a un pre-

cio accesible. A medida que se realizaban las mejoras, la casa empezó a albergar a numerosas compañeras.

En la terraza había dos habitaciones, en una vivía el Ruso (un muchacho un tanto marginal que fue pareja de Wendy) y en la otra pasaron diferentes inquilinos; su amigo Claudio La Beba, su hermana Carolina y otras chicas trans de las que no recuerdo el nombre. Al fondo de la casa alquilaba Cintia, otra trans que vivía junto a una amiga y sus pequeñas hijas.

En la casa principal, de forma permanente, vivían Claudia y Jannette, pero todo el tiempo llegaban chicas de Santiago del Estero, de otras provincias, y amigos como La Daniel Busato. Por su ubicación, la morada estaba próxima a los circuitos nocturnos que se iban desplegando en el barrio de Palermo.

Claudia siempre cumplió un rol de madrinazgo con las jóvenes que llegaban del interior o del conurbano. Siempre estuvo presente en ella una forma de vida comunitaria que luego, con los años y su maduración personal e intelectual, se transformó en su manera de militar la causa de los derechos y de la identidad trans.

Esa experiencia compartida resultó una interesante estrategia de supervivencia para todas. Las jóvenes podían albergarse en una casa amplia y cómoda cercana a los lugares de prostitución callejera, junto al apoyo consejero de las más grandes. Al mismo tiempo, el ingreso proveniente de la prostitución de las más chicas ayudaba a compensar las malas noches de las trans mayores. Se compartían gastos, se pasaban los “modelitos” y maquillajes para montarse, y se transmitían los saberes y las picardías aprendidas en años para esquivar policías y lograr buenos clientes. Al menos ese clima se vivía en el caserón la mayor parte del tiempo. Obviamente, no faltaban peleas; las que se daban puertas adentro nunca llegaron a enfrentamientos violentos porque Claudia controlaba la situación “por las buenas o por las malas”. No se puede negar que, a veces, se daban entre las mismas compañeras algunos abusos, como por ejemplo, cobros desmedidos

en las residencias o arreglos arbitrarios en las zonas de trabajo, sobre todo de parte de las mayores hacia las trans más jovencitas.

En el caserón de la calle Sarmiento, bajo la “capitanía” de Claudia, las recién llegadas podían juntar unos pesos para ubicarse en algún hotel, casa o departamento en la zona de Palermo, así que los grupos iban variando con el transcurso de los días. Mientras tanto, Claudia sostenía el consumo de cocaína, y se orientó a la venta, en su casa, a los más íntimos y en los circuitos nocturnos más diversos de la ciudad.

De fiesta en Sarmiento.





En el boliche Adrenalina con Marcela La Rompecoches



En Feeling, junto a Ricky Maravilla.

Las noches eran eternas, desde la tarde empezaban a despertarse y a recibir a gente amiga. Comenzaba el proceso de producción del vestuario y del maquillaje para deslumbrar, sea en las calles de Palermo o en los míticos boliches de la zona que incorporaban *shows* de transformistas y meseras trans, como Nave Jungla, Morocco o El Dorado.

La Daniel Busato se movía como pez en el agua en el circuito cultural transformista:

Trabajamos en lugares gays, la mayoría eran *under*, y después empezó a haber lugares que eran como las fiestas nómades, tipo Morocco, El Dorado, lugares alternativos donde estaba todo bien, donde no había distinción. Porque antes el transformismo era absolutamente visto en lugares de ambiente gay. Hoy por hoy, vas a una comunión y capaz hay un transformista animando la comunión o el bautismo; hoy por hoy, está todo más globalizado, pero antes era sinónimo de *under-gay*. Ya no existen más lugares así, eran como pequeños teatros con mesas, que la gente iba y veía espectáculos donde normalmente trabajaban, aparte de los artistas del *under*, los artistas que trabajaban en la calle Corrientes. Tenía un horario: después de las 12 de la noche lo nuestro. Se usaba mucho el doblete, el triplete, que era que trabajabas primero en un lugar, en un “pre-dancing”, en un bar, y después en la disco. Y cuando ibas de un lugar a otro, a veces no tenías tiempo, y a veces no ibas vestido de mujer, pero ibas maquillado y ahí muchas veces íbamos presas. Había que ir con gorra, pero también era problemático. Porque... ¿por qué están tan camuflados? Te revisaban y si te tocaba algún imbécil te ponían averiguación de antecedentes o por ropa. Porque había veces que no llegabas, te ponías una bata. Y entonces te decían: “¡Este vestido es de mujer! Ropa no correspondiente a su sexo.

¿Cómo sabemos que no estás ejerciendo la prostitución?”. Y vos le decías: “¡Mire el bolso, tengo pelucas, tengo que ir a trabajar! Venga conmigo”. Y la respuesta era: “No, no, va la delegación tal”. ¡Bueh, ya está! Y no había Whatsapp en esa época para que yo llamara al lugar de trabajo. No sabían lo que te pasaba y a lo mejor perdías un trabajo porque estabas presa y no te daban ningún comprobante, no te daban nada. Te hacían firmar alguna estupidez o te hacían retener por unas dos horas y cuando le pedías un comprobante para que te creyeran, en donde vos tenías un trabajo –porque a lo mejor estuviste preparando un espectáculo durante semanas y ese día justo te metían presa–, no te daban nada. Era bueno si te metían con otra, porque ya había más gente que avalaba lo que decías. Claro, a veces se pensaban que vos estabas de fiesta, culeando por ahí, y estabas presa. Aparte de eso, había una movida, era medio como una protesta el transformismo con ese maquillaje de payaso de lujo donde decías lo que nadie decía. Era glamoroso, rebelde, pero, desde el *glamour*, vos mandabas a la mierda a quien querías con un micrófono en la mano; a los políticos, no a la gente. Los monólogos de actualidad que uno hacía y te ponías a joder y tirabas. Muchas veces estábamos haciendo *shows*, se prendían las luces y era un allanamiento. En Buenos Aires, era en Gasoil, Manhattan, Teleny, In Vitro, había tantos... Why Not, Ave Porco, Morocco, El Dorado, La Verdulería. Una locura ese lugar, que al frente de La Verdulería después estuvo el Rojas. Pero en La Verdulería te podías encontrar lo que nunca en tu puta vida una droga te hubiera hecho ver. ¡Lo veías en La Verdulería! ¡Eso era lo loco! En su momento, lo loco para nosotros era el que no hacía eso. Para nosotros era como una manera de rebelarnos, de mostrarnos. ¡Acá estamos! ¡Hacemos esto! Y había gente que hacía co-

sas muy raras como salir embarazadas y sacarse un pollo de la barriga con la música de ACDC o Marilyn Manson, o un poema de Lorca de fondo; era nuestra forma de decir “acá estamos”. Y podemos hacer arte aunque no lo entienda nadie. Era nuestra forma de rebelarnos y, a la vez, ganarnos el pan de cada día. Nos divertíamos mucho, cosa que ahora todo eso se perdió. ¡Ya se perdió! Porque ahora ya no hay magia, todo el mundo sabe cómo se hace para que vos veas eso, vas a YouTube y hay tutoriales. Es como que ahora saben hasta cómo se hacen los trucos de magia, no te sorprende nada. Antes ibas a ver un *show* y no sabías lo que iba a salir. Y si salía algo con plumas con un gancho de metal ¿Cómo lo hicieron? Si ganaba 50 dólares por noche la gente... ¡Y lo hacíamos nosotros todo! Fue una movida muy bonita porque se aprendía mucho; había gente con mucha experiencia que estaba en los camarines y te enseñaban, eran muy generosos, por eso yo soy muy generoso con la gente que trabaja conmigo.

A finales de los 90, algunos amigos y amigas de Claudia pudieron integrarse al emergente espacio cultural que se iba consolidando en teatros y circuitos alternativos en la Ciudad de Buenos Aires. Además de los números de transformismo en locales nocturnos, aparecieron *performances* y obras interpretadas por actores que jugaban con la transexualidad. Y, también, algunas chicas trans se desempeñaban como meseras o anfitrionas.

Los fines de semana íbamos de a muchas a verlos. A La Daniel Busato, Daiana Light y sus discípulas Mariana La Cobaya y Romina Escobar las veíamos en los boliches; a Mosquito Sancineto y Peter Pank, en sus desopilantes obras, como *Las sangrientas hijas del doctor Lecter*. Al teatro Vitral íbamos asiduamente porque nos permitía entrar July Romero o La Iris, como le decíamos en esos días, una actriz

trans que, además de actuar los fines de semana, atendía la boletería y nos hacía pasar gratis.

Cuando las cosas marchaban bien, íbamos todas en comitiva a San Nicolás para agradecerle a la virgen, comer asado y disfrutar el río. Celebrábamos las fiestas, hacíamos viajes, vivíamos una vida familiar que mayormente transcurría en las noches. Casi de madrugada comíamos en los puestos de Costanera Sur, de Palermo o en un restaurant por kilo que abría toda la noche en la avenida Rivadavia, a cuadras del Congreso.

Los problemas de salud de Claudia se intensificaban, sus pechos empeoraban con sus permanentes supuraciones. En 1998, cayó en cama con temperaturas de 40 grados durante una semana, lo que le provocó una pérdida de peso notable y la aparición de un bulto debajo de la mandíbula. En esos días en que Claudia franqueaba entre la vida y la muerte, se fortaleció nuestro vínculo familiar, compartíamos nuestros miedos e incertidumbres, fumábamos mucha marihuana, nos reíamos mucho y estábamos siempre puertas adentro porque nos sentíamos más seguras. A ninguno de nosotros se nos ocurría llevarla al hospital hasta el momento último de agonía, porque lo sentíamos tan riesgoso como pasar por una comisaría. Hasta que La Gorda no nos dijera “llévenme que me muero”, nosotras nos quedábamos ahí acompañando.

En ese momento, Claudia se había enojado con su mamá, así que, como no sabíamos qué iba pasar con ella, hizo llamar a su casa para comunicar que estaba muerta. Estela Graciano, su madre, inmediatamente recorrió morgues y hospitales sin encontrar ninguna noticia. Enseguida sospechó que lo de la muerte era mentira, pero intuyó que algo estaba pasando con su hija, así que volvieron a verse y a tratarse como siempre.

El otro recuerdo que siempre nos hacía reír era la manera en que fumábamos marihuana en plena enfermedad “terminal”, como decía ella en broma. Claudia rociaba con el fuego del encendedor la punta del porro cada vez que lo pasaba y nos decía: fumá tranquila que el

calor mata todo. Luego supimos que nunca nadie se contagió porque era una tuberculosis que se le encapsuló en el ganglio del cuello.

En ese momento, Claudia y la mayoría de sus compañeras evitaban la salud pública: no iban a las guardias, no se hacían controles, exámenes clínicos ni de enfermedades de transmisión sexual. Se sentían atemorizadas frente a las preguntas y al trato que les daban los profesionales de la salud. Si bien estableció una relación cordial con el equipo de trabajo social, le costó mucho la mirada complaciente de los médicos. Todavía a fines de la década del 90 el personal médico las trataba como hombres por su documento de identidad y, por ende, eran ubicadas en los sectores masculinos, expuestas a miradas, burlas y situaciones de violencia.

Por eso no se dejó caer y decidió empezar a tratarse en la Clínica del Buen Pastor, del cirujano Morrone, en Lomas del Mirador, quien ya había ganado cierto renombre entre las chicas porque aceptaba operarlas.



El estado de sus pechos antes de operarse.

Las intervenciones eran peligrosas porque los médicos recién empezaban a extraer la silicona, sin saber con lo que podían encontrarse. Ellos utilizaban el concepto de celulitis química porque de lo que estaban seguros era que la silicona dentro del cuerpo tomaba una consistencia granulosa que se adhería a los órganos. A pesar de la gravedad de su estado, empezó lentamente a recuperarse después de dos riesgosas operaciones: primero, la extracción del ganglio, y después, la de sus pechos.

Mientras que Claudia intentaba reponerse de sus dolencias físicas, todas sus compañeras participaban de las movilizaciones públicas, las cuales, a partir de 1998, se fueron concentrando en los conflictos generados por las zonas de trabajo sexual en Palermo, la violencia y las coimas de la policía y los reclamos de los vecinos contra las trans que ejercían la prostitución en la calle Godoy Cruz y los alrededores. Belén, Janette y Paola tomaron las riendas de la Asociación de Travestis y Transexuales Argentinas, en tanto varias de las compañeras que participaban de las reuniones pioneras convocadas en el departamento de Armenia bajo el asesoramiento legal de Ángela Vanni optaron por crear otras organizaciones: Lohana Berkins fundará ALITT, y Nadia Echazú, junto a Mónica León, la agrupación OTRA.



Primeros encuentros entre las diferentes organizaciones LGTB.

Las denuncias de la comunidad trans contra el abuso policial y la opinión pública sobre la presencia de travestis ejerciendo la prostitución en las calles lograron ser discutidas entre legisladores y políticos del gobierno porteño. En ese marco, se fue abriendo paso el debate para eliminar las contravenciones y crear un código de convivencia, el cual promovía la figura de los edictos. Esta propuesta se fue consolidando a partir del nuevo siglo, despertando grandes controversias entre los múltiples trabajadores callejeros: prostitutas y vendedores ambulantes rodeaban, durante las sesiones de debates, el edificio de la Legislatura.

En estos últimos años de la década del 90, la problemática trans cobraba visibilidad y las chicas ya se habían acostumbrado a exigir sus derechos. Ya habían aprendido que para caminar libres debían eliminar los edictos y que para conseguirlo tenían que organizarse. Mientras Claudia se recuperaba, seguramente ni ella ni las chicas imaginaban los cambios que se avecinaban con el nuevo milenio.

ENTREVISTA A MARÍA BELÉN CORREA¹⁴

Amigas, hermanas, inseparables

Un cumpleaños sorpresa que le organizó La Gorda a María Belén Correa se convirtió en la primera reunión de lo que sería ATTTA. En más de veinte años de amistad, estuvieron juntas en las buenas y las malas, en las noches de fiesta y escapando de la persecución policial.



¹⁴ Por María Marta Aversa y Matías Máximo.

**—Cuándo se conocieron, ¿se hicieron amigas de entrada?
¿Cómo fue ese momento?**

—La conocí por una foto. Yo vivía en la calle Rivadavia con Yoel, una uruguaya que había estado en Italia. Y un día me mostró fotos de Italia y hubo una que me llamó la atención: una chica muy bonita, morocha, que tenía un pulóver amarillo de cuello alto con ochos. Para mi forma de ver, con diecisiete años, solamente lo tenía alguien que tenía plata, porque cuando yo le decía a mi mamá que me tejiera un pulóver y lo quería con cuello alto me respondía: “No, porque usa mucha lana, no se puede”. Yo le decía: “¿Y con ochos?”; y ella que “no, tampoco, tiene que ser liso porque gasta mucha lana”. Fue por ese detalle que me quedó memorizada. Pasó el tiempo y yo estaba trabajando en la agencia de Medrano, que iban y venían chicas aunque yo estaba fija porque, para entonces, vivía ahí adentro. Pía estaba escapándose de la provincia en esa época y cayó con una minifalda roja de látex italiano, un par de zapatos de bicha (serpiente) con taco de metal italiano y una blusa, negra creo que era, medio transparente, de encaje italiano. Entonces, ella llegó: “Hola, hola, hola” —no me acuerdo si se nombraba Lara—, y le dije: “Yo a vos te conozco”. Ella estaba buscada, no quería que nadie la reconociera. Entonces yo le dije: “Sí, yo a vos te conozco. ¿A vos no te dicen Claudia?”. “No”. “¿A vos no te dicen ‘Luli’?”. “No”. “Pero esos zapatos son italianos”. “¿Y?”. “Entonces vos estuviste en Italia, vos sos La Claudia”, La Luli, vos estuviste en Italia, yo la conozco a Yoel”. Y le dije toda la historia. “No, no, no, no”. Me habrá aguantado unas cinco o seis horas, yo era la mariquita, porque tenía 17 para 18 y todavía no tenía hecho nada, tenía mi pelo largo nada más. Se odió y se fue, pero dejó los zapatos, la minifalda y la blusa. “Vengo mañana”, dijo, y nunca más volvió. Pasó —ponele— un año y yo logré alquilarme un departamento en la calle Armenia. Yo no tenía experiencia de vivir sola, la única experiencia después de salir de mi casa era estar viviendo en la agencia con mucha gente que iba y venía. Mi idea era compartirlo con Brigitte, pero ella se fue a Brasil y me quedé con un departamento a una cuadra y media del

Botánico para mantener sola. Estaba pelado, porque lo último que me había quedado para comprar había sido la cama y el colchón. Un día, Pía pasó en la motito blanca, estaba en lo de Sandy González, que vivía a la vuelta, y me encontró entrando al departamento. Ahí se acordó de mí: “Hola, ¿qué estás haciendo?”; “yo vivo acá, tengo mi departamento”. Al tiempo, empezamos a vivir juntas, y el 25 de junio del 93, a los meses de que habían venido, me armó un cumpleaños con sus amistades. Cuando entraban al departamento decían: “¿Ella es la del cumpleaños?”. Nadie me conocía; a todas les decía que era el departamento que se había comprado cuando vino de Italia.

—**¡Qué bolacera que era! (Risas)**

—Tenía las valijas siempre armadas “porque recién llegué de Italia, recién llegué, días...”. No te decía cuánto, “hace días, ahí están las valijas”.

—**La fundación de ATTTA –en ese momento era ATA–, ¿fue ese día?**

—La fiesta era sorpresa, porque a mí no me gustaba que me festejaran los cumpleaños. Pía me trajo a sus amistades y dos no llegaban, entonces empezó la conversación de que esto no podía seguir así. De todas las que estaban ahí, la única que conocía la libertad, por decirlo de alguna forma, era Pía, porque era la única que había estado en el extranjero. Es más, todas las que estaban, lo único que le pedían era que las ayudara para irse para Europa. Y Pía no quería volver a Europa, lo que había visto allá quería armarlo en Argentina. Porque si no, si se iban las amigas, iba a quedar exactamente igual todo; íbamos a continuar con el mismo rotativo de que “está todo mal en Argentina, nos vamos para Europa”, lo que se venía haciendo desde los 60. En aquel momento, ella contó la historia de una manifestación de Italia y la contó mal: dijo que se degollaron tres italianas en la plaza del

Vaticano y la historia real fue que hubo una manifestación y Pina Bonanno, que era la italiana que caminaba adelante, quedó captada en una foto cuando estaba llorando o haciendo un gesto que conmovió a la mujer del dictador y le dieron la libertad, ya no la arrestaron más. Después de esa manifestación hubo un cambio en Italia, pero en mi cumpleaños dije: “¡Yo no me voy a degollar! No sé quién va a ser...”.



Ángela Vanni descubrió esta foto colgada en el pizarrón del Área de Moralidad del Departamento Central de Policía.

Teníamos que tener un nombre. La primera palabra fue sindicato: Sindicato de Travestis. Pero como había chicas que no eran trabajadoras sexuales dijeron que no, porque las iban a relacionar con el trabajo sexual, por ejemplo, Wendy, que era maestra, pero trabajaba en una discoteca en el guardarropa; Cinthya, a modo de enfermera; y había dos o tres más que no querían el tema del sindicato. También había algunas que no podían ser visibles por equis situación familiar, porque las podían echar de donde alquilaban. No me acuerdo si fue Pía o Alejandra que dijeron: “¿Por qué no le ponemos el nombre que nos dijo el policía?”. Hacía diez días, cuando estábamos queriendo

entrar al departamento con Alejandra y Pía, nos había venido un policía a querer arrestar. Entonces empezamos que no, que “yo vivo acá, estoy entrando al departamento, acá está la llave, estoy de pantalones”. Empezamos a discutir y el policía nos dijo: “¿Pero y ustedes quiénes son?, ¿de la asociación de travestis argentinas?”, y nos llevaron. A los tres días vimos por la televisión en vivo la Marcha del Orgullo, que era la segunda, y nos subimos a un taxi las que estábamos en la casa y fuimos. Ahí conocimos a Carlos Jáuregui, César Cigliutti, Marcelo Ferreyra, y empezamos a participar de las reuniones en la calle Paraná. Pía habrá ido dos o tres veces porque los mandaba a la mierda y no quería ir más; entonces, terminaba yendo yo, porque supuestamente era la que me aguantaba a los gays. Fue una gran pelea. La única buena que teníamos es que los dueños de casa nos querían, entonces el resto no podía decir mucho.

César y Marcelo eran los dueños de casa, pero ahí vivía Carlos Jáuregui. Entonces, si Carlos nos decía que sí, ¿quién iba a decir que no? Tenían que masticarse la bronca, podían estar en contra o nos hacían la guerra, pero estábamos ahí. En ese momento fue que nosotras queríamos cambiar el nombre a la marcha, porque era “gay-lésbica”, “pero habría que ponerle ‘travesti’ también a la marcha”, dijimos en una de las reuniones. “¿Qué, le quieren cambiar el nombre? Encima que les permitimos que desfilen”, dijo un activista y escritor que estaba entonces. Esa era la reacción que tenía la mitad de la gente, pero Carlos decía que nosotras habíamos venido a poner la cuarta pata a la mesa, porque eran gays, lesbianas, travestis y transexuales: fuimos la última pata que llegó para hacer el equilibrio.

El 21 de septiembre del 95 fue la manifestación que hicimos frente a la Casa Rosada: “Nos sentamos para poder caminar”. En el 96, nació en Rosario el movimiento LGBT, con el primer Encuentro Nacional donde las travestis pudieron entrar por primera vez para dar un taller a lesbianas. Hasta ese momento no sabían, no nos conocían, no sabían nada. Recuerdo que a la ida fuimos con el colectivo dividido: adelante de todo los gays, en el medio lesbianas y atrás las travestis,

por el baño, para poder fumar. Cuando volvimos, ¡estaba todo mezclado! En el 98, fue la primera vez que se anotaban personas trans al Encuentro Nacional de Mujeres, ahí sí fue un debate porque había mujeres que no querían que nosotras entráramos. La Gorda fue la cara visible hasta el 95, pero después de la muerte de Valeria empezó a correrse. Tuvimos que salir corriendo del departamento de Armenia como Thelma y Louise.

Pía y Belén tuvieron un solo allanamiento y podrían haberse quedado todo el tiempo en el departamento, pero la muerte de Valeria marcó un punto de quiebre: ese día, Pía le inyectó silicona a Valeria, que sintió que la presión le bajaba o le subía, se sintió mal y se fue. Unas horas más tarde, terminó hospitalizada y estuvo así unos tres días. Al enterarse de que estaba en el hospital, Pía ya sabía lo que iba a pasar porque con la silicona era muy claro: si después del primer y segundo día había complicaciones era porque algo pincharon y resultaba muy raro que se pudiera llegar a salir. A Pía le agarró la locura porque ya había pasado por esto con la muerte de Andrea en San Telmo y sabía todo el procedimiento.

Entonces me dijo: “Me voy”. Y yo le respondí que me iría con ella: “Van a venir a mi casa, yo no me voy a quedar acá sola”. Desarmamos el departamento en dos horas y fuimos a la casa mi mamá, que nadie sabía dónde vivía.

Era la primera vez que Belén llevaba a alguien a la casa de su mamá, y estuvieron quince días, en los que Pía y su mamá se hicieron amigas. De ahí fueron a la casa de la mamá de Pía, que estaba más que curtida de recibir visitas. Pía no sabía cómo presentarle a Belén a su madre Estela, Chiquita, para que entendiera que iban a

quedarse unos cuantos días en el dos ambientes. Usó su habilidad de extorsión sentimental:

–Venimos de la casa de la mamá de Belén y nos atendió bien.

Estela las aceptó, pero su estrategia no terminó ahí. Estuvieron casi tres meses yendo de casa en casa.

Las chicas no tenían teléfono, entonces para armar reuniones teníamos que ir en persona: un día a la casa de La Mono, que estaba conectada con cinco o seis que tenía alrededor y nos juntábamos para hablar; de ahí, a lo de La Meri, que vivía con otras ocho o diez en la casa; al otro día, íbamos a otra, y así íbamos saltando de lugares. Terminamos quince días en lo de La Rompecoches.

En ese momento, algunas no entendían por qué la abogada Ángela Vanni defendía a Pía y no a la compañera que había muerto. La respuesta de Vanni fue que las dos, de alguna manera, eran perdedoras de un sistema que las excluía y “había que preservar lo vivo”. Y argumentó que si el caso iba a juicio podían presentarse como prueba los testimonios de todos los casos que se habían puesto silicona “porque quisieron y pagaron”. Cuando, tiempo después, Belén habló con otras chicas, ellas decían que sabían que se arriesgaban cada vez que se ponían silicona, aunque, probablemente, nadie tenía certeza de cuán lejos podía llegar ese riesgo. Había algunas más cuidadosas, y otras no tanto. Pía tenía un código: si pinchaba y salía sangre no había que continuar porque había pinchado vena.

Y eso me lo acordaba siempre. Yo juntando la plata para ponerme la silicona sabía que tenía que sobrevivir a la aplicación; entonces elegía quién me iba a poner. Y sabía cuántas muertes tenía cada una. La Pía solamente tenía una cuando yo la conocí. Una mujer, ningún maricón. En cambio, todas las otras que yo sabía que existían tenían varias: las tucumanas, por ejemplo, tenían todas patas de elefante, patas de empanada, porque a todas el “silicone” se les corría al tobillo.

Les mirabas las patas y preguntabas: “Vos sos tucumana, ¿no?” “Sí...”. Usaban silicona industrial; la diferencia estaba en que vos comprabas un bidón de cinco litros en la ferretería, y por el mismo precio podías comprar medio litro en la farmacia. La Gorda compraba la Parafarm. “¿Vos querés? Yo te pongo esto nada más. La comprás vos o, si querés, te la compro yo”. Estaba la densidad 1000, que se usaba para la cara; densidad de 750, que se usaba para el cuerpo, para que eso quedara ahí sólido y no se moviera. Pero algunas querían mezcla de 750 con 500. 500 era muy aguosa y se ponía en la segunda sesión de tetas; en la primera no porque, en la primera, tenía que quedar dura como para que te armara la base. La densidad de 250 jamás se usaba porque era muy líquida. Entre la silicona medicinal y la silicona industrial, la diferencia era el carbón. La silicona industrial no está purificada, no es utilizable para un espacio quirúrgico. Aunque la silicona de Parafarm medicinal no es para el uso cosmético, estaba purificada para lubricar máquinas quirúrgicas: las tijeras del quirófano, los tomógrafos, respiradores y todo eso tiene un mecanismo que se lubrica con esto que está purificado. Una es como más gel y otra es más aguosa.

Cuando se empezó a descubrir que las personas se inyectaban eso, se dejó de fabricar la silicona de 1000, y ya no se conseguía más. Por eso, el último frasquito que tenía de 1000 Pía lo usaba solo para cara y era carísimo, lo vendía como bótox porque era el último. Y elegía a quién se lo ponía: cuatro con cinco en el mentón, cuatro con cinco de pómulos, cuatro y medio de un lado, y cuatro y medio del otro en el mentón. Era la medida exacta que usaba en la jeringa, marcaba los puntos donde iba a pinchar. Labios prefería no hacer, era una carnicería que se hacía con una aguja trocar, que se compra en la veterinaria porque es para inyectar a un caballo. Una aguja gruesa como la mina de un lápiz, porque por ahí adentro tenía que pasar el aceite, entonces una jeringa normal no soportaba, quedaba tapada.

Según el relato que Pía repitió decenas de veces, Valeria ya tenía silicona, y la cantidad que había en su cola y caderas era como una bolsa de piedras. En varias oportunidades, Valeria le había pedido, por favor, que le pusiera para emparejarle, que le quedara más redondito porque cuando se ponía el pantalón se veían los bодоques, los moretones. Había que pinchar en un lugar que no estaba sano y Pía no sabía lo que había ahí dentro, no era lo mismo que hacer una sesión en un cuerpo virgen o incluso uno donde ya hubiera hecho.

Había toda una teoría que venía de muchos años y muchos cuerpos destrozados: que tenías que dormir sentada, que tenías que estar quince días de reposo, que tenías que tener a alguien que te cuidara en el reposo, que tenías que usar elástico para que no se te corriera, para que no se caiga, que no tenías que golpearte... Un montón de recomendaciones, pero había chicas que se hacían la silicona haciendo el reposo en las agencias de trabajo, y las agencias te daban solo un día; entonces, al segundo día tenían que ponerse a trabajar con los parches, con los taponos y con los elásticos, chorreando aceite.

En su círculo más íntimo se sabía lo de las inyecciones, incluso después de la muerte de Valeria, y le recomendaban que parase. Pero sin otra fuente de ingresos, Pía siguió, con todos los cuidados y la práctica que había adquirido.

Lo peor era el contexto, en el cual no era a ella que le ponían un arma en la cara. Era algo social, cultural. Tenías que tener “silicone” y calabozo, si no, no eras del grupo. A mí me obligaron a llenarme de silicona para decime “Belén”, y me puse las tetas más grandes para que no me jodieran más. ¿Por qué? Si yo estaba bien, tranquila, no estaba ni ahí con eso; pero para pertenecer al grupo me tuve que poner las tetas. Entonces, ahí nunca más me jodieron. Y eso también es cultural. Para ser travesti tenés que tener “silicone”, calabozo. ¿Cuántas veces las viejas hoy te dicen: “Mi amor, esa nunca cayó presa”, “estos

putitos no he visto, que ahora se vienen a hacer, en mi época todas caíamos presas, nos cortábamos el brazo”? Terror tenía a cortarme el brazo. Y, aparte, si una se cortaba todas tenían que cortarse, porque si no te cortabas te cortaban ellas, entonces más vale que te cortes vos. Todo ese contexto de violencia era el que estaba mecanizado.

—**¿A vos te hizo Pía?**

—Toda entera, solamente me tocó Pía. Yo la buscaba a ella, no quería que me tocara otra persona. Incluso antes de ser amiga, simplemente por los trabajos que había hecho y porque sabía que tenía teoría y experiencia. Está la anécdota de que casi le pone a “Batato Barea”, que la tenía que arreglar porque le habían puesto un cuarto de teta mal. Normalmente, la pedían para arreglar y te cobraba más caro. Era cara ella.

—**¿Se entendían los riesgos de la silicona o la acusaban especialmente a Pía?**

—Se la estigmatizó hasta el día de hoy y se la condenó, creo que también fue una desilusión porque era la líder, era la que nos estaba convenciendo a todas para hacer algo. Y todas estaban creyéndole, todas. Y haberse mandado ese moco... Porque eso se lo podía esperar de cualquier otra, de una borracha, de una drogadicta, pero no de la activista, la cabeza del grupo que estaba naciendo. Eso es lo que nunca se le perdonó, nunca se le perdona a ningún activista lo que haga. Si vos no sos activista y hacés la misma cagada, no es lo mismo que si esa misma cagada la hiciste siendo activista. Y la única diferencia es que estás queriendo hacer algo. Bien, mal, mediano o para la mierda, pero hacés algo, que es mejor que no hacer nada pero criticar. Si vamos al juzgado no es dolo, porque no lo quiso hacer con daño. Y encima, como medicina ilegal, no iba presa. Pía jamás le puso un revólver en la cabeza a alguien. Había una construcción social, cultural, de qué

era ser travesti. Si no tenías “silicone” no eras travesti; si vos querías ser travesti, tenías que ponerte “silicone”. Es así, y no había cirujano que lo ponga. Después a fines de los 90, empezaron de a poquito algunos. Y si no, estaban los cirujanos que eran tan costosos como una cartera. Era un estatus: tenías una cartera Louis Vuitton y una nariz de Suriano, el médico rosarino que se hizo una clínica de puta madre con columnas de mármol, y a las travestis las atendía de noche y por la parte de atrás; aunque a las personas de la sociedad las atendía por su entrada de todo mármol. Eso con plata de las travestis, porque les cobraba tres y cuatro veces más caro y ningún comprobante de nada, pero para vos era un estatus: tenías una “nariz de Suriano”. Después empezaron a aparecer los médicos que operaban en los garajes, eran estudiantes.

—¿La depresión que le dio en ese momento a Pía fue a partir de la muerte de Valeria?

—Sí. Estaba muy mal, se quería matar; después, con el tiempo, me lo dijo ella, buscaba morir. La muerte de Valeria fue el detonante, fue lo que le arruinó lo que ella podía llegar a haber hecho en ese momento. Imaginate la activista que podría haber sido, con el ímpetu con el que había arrancado en el 93, 94, y de un día para otro tener que dejar todo. Eso fue lo real, ella estaba a la cabeza del grupo, el grupo era de ella, lo había formado ella. Seguía hablando con las chicas y sabían que yo estaba ahí para cubrirla a ella, porque cuando denunciaban a la presidenta de ATTTA tenía que salir yo a dar la cara. Ahí fue cuando caí esos tres días presa, cuando fui a declarar, que me acompañó Ángela (Vanni): “Tenemos una denuncia contra la presidenta de ATTTA”; “yo soy la presidenta de ATTTA”; “pero usted tiene una denuncia”; “no, yo no me escapé, terminó mi contrato, yo finalice el contrato”. Porque habían hecho un allanamiento al departamento vacío y no encontraron nada; pero igual dijeron en los titulares: La clínica del horror. No había nada, era un departamento vacío; pero

la policía tenía mucho acercamiento con la prensa en ese tiempo, le daban los titulares, le daban los nombres. Así que yo estuve esas veinticuatro horas y me presentaban como “el asesino”: “Cayó el asesino de travestis”.

—**¿Qué recuerdos tenés de esa época?**

—Ahí empezó la etapa destructiva de ella, en la cual se quería matar, encerrada, se cortaba el pelo, se teñía los pelos de colores porque decía que así no la reconocerían, se encerraba cuatro días allá adentro. No sabíamos si estaba muerta, si estaba viva; por ahí abrían la puerta y salía alguien que no sabíamos ni cómo había entrado. Entonces, toda la etapa de Charcas fue de terror. Ahí dije: “Yo no puedo vivir así, no podemos vivir más juntas, no podemos”. Entonces, me fui con Paola, y Pía se fue con Janette. Era demasiado, yo no le podía seguir el ritmo.

—**Algunas de las viejas de zona sur, que eran todas las top de Palermo en los 90, la tienen muy presente. La recuerdan, incluso, de la época de la zona roja de Palermo, Godoy Cruz.**

—Porque nosotras estábamos en Armenia y en el Botánico. Y, caminando por Armenia, más para atrás, donde estaba el supermercado, trabajábamos Alejandra, Pía y yo en distintos horarios, con los perros.

—**¿Con los perros?**

—Tenía al perro grande en la mano mientras trabajaba. Con el perro no te podían llevar presa. Y encima estaban con un *collie* grande: “Cuidado que muerde”, decías. ¿Y los policías qué iban a hacer? ¿Se iban a arriesgar? Tenían que llevar a diez o quince detenidas para llenar el libro, ¿se iban a poner a pelearme, encima con un perro y en-

cima la cadena? Se iban para el otro lado que estaba lleno. Entonces, cuando venían las chicas a las reuniones de casa, y decían que estaban todas amontonadas alrededor de la 25, del boliche Confusión, ella les decía: “¿Pero por qué están todas ahí? Andá a pararte de tal esquina a tal esquina”. Así empezó a armarles la zona del lado de los hoteles, en la parte de Godoy Cruz. Las empezó a mandar para allá también para hacerle la guerra a La Kenny Demichelis. ¿Por qué?, porque La Kenny estaba en una de esas callecitas, entonces le paraba chicas acá, le paraba chicas acá, la rodeaban y los autos la esquivaban. Ahí se arma la zona de Palermo, Godoy Cruz, y empezamos a salir en la televisión.

—¿Es la época de Mauro Viale, cuando llevaba a las vecinas y a ustedes a la tele?

—Porque era algo nuevo. Tenías los chalets y al frente dos travestis trabajando. Si es una zona “bien” de toda la vida, eso desvalorizaba las casas. La Gorda las empezó a parar todas en esa zona, lejos de nosotras tres; no cobraba ni nada. Ahora, si había una o dos que quisieran venir para este lado, las sacaba cagando. También ahí salió una fama de Pía: jamás le pegó a ninguna. Pero si vos la veías a Pía, o lo mismo me ves a mí, con un metro ochenta, gritando, levantando los brazos, con una cadena y un perro...

—¿Qué pasaba si aparecía un cliente? ¿Otra tenía el perro? ¿Cómo hacían?

—Dependiendo del perro. El perro de Pía era Crazy; entonces vos estabas con el perro, le dabas la indicación al hombre: “Estacionate y andá a tal dirección”. Como estaba a una calle y media, vos ibas con el perro volviendo, lo esperabas en la puerta y el hombre entraba. Con Pony, que era el mío, era más fácil porque yo me sentaba adentro del auto, metía un pie, el otro pie me quedaba afuera, Pony se sentaba y

lo abrazaba para que no tuviera miedo, porque el mío era un ovejero alemán. Muchos decían: “No, me vas a robar con eso”; andá a tal lado, yo te espero en la puerta o subo. Ya estaba amaestrado en eso; es más, él veía un uniforme y se le tiraba encima. ¡Nunca tuve otro perro igual a él! ¡Las veces que nos salvó a nosotras Pony! Porque él veía un uniforme y se desesperaba.

—En esa época en que se estaba gestando este activismo, ¿no había contacto con ningún espacio político ni organismo de derechos humanos?

—No nos querían ni ver. Antes se hacía pegatina, salías por la calle con engrudo e ibas pegando afiches. Bueno, estábamos por la avenida Santa Fe un día antes a la marcha y no sé qué estaban convocando también los peronistas. Y mientras estábamos haciendo nuestra pegatina, una cuadra para atrás ellos también estaban pegando e iban quitando los nuestros. Les daba vergüenza que nuestro afiche estuviera al lado del de ellos. Los primeros acercamientos que hubo a los partidos políticos fueron con Lohana (Berkins) y el partido de izquierda, y después con el Partido Comunista.

—Y en el momento en que vos te exiliaste en Estados Unidos, ¿hablabas con ella? ¿Qué tipo de relación tenían en esa época?

—Todos los días hablábamos. Todos los días, hora y media, dos horas. Porque en Estados Unidos, aparte del exilio y de que estaba sola, yo tenía un teléfono de trabajo fijo y otro teléfono que era para llamar a Argentina. Y, en ese tiempo, vos comprabas unas tarjetas de cinco dólares y te daba para hablar como seis horas. Lo que pasaba es que si vos cortabas y volvías a llamar, ya no te daba la misma cantidad de tiempo; entonces muchas veces era: “Esperá que tengo que ir a comprar, te dejo acá media hora”. Aprovechabas la tarjeta de esa forma.



En Camboriú.

—¿Cómo fue la formación de la Red Latinoamericana y del Caribe de Personas Trans (RedLacTrans)?

—Como yo tenía teléfono y esas tarjetas, empecé a llamar país por país a cada una de las chicas, y se armó la RedLacTrans desde Nueva York. Y ahí empezó también Pía a conectarse porque yo tenía lo que en ese tiempo se decía la llamada tripartita: llamaba a México, “esperame un minuto”; la dejaba en suspenso, llamaba a Argentina,

y podíamos hablar México, Argentina y yo desde Estados Unidos; cortaba una, quedaba la otra y llamaba, “esperame un minuto”, la ponía en suspenso y llamaba a la otra. “Sigán hablando”: se quedaban hablando; yo tenía un cliente, me iba, volvía, “hola, acá volví”. Tenía un teléfono para eso.

—Cuando salió de estar presa, en 2005, ¿la notaste cambiada con respecto a su activismo?

—Es que ahí empezó su entrenamiento fuerte. Ahí ya salió la activista que es, porque ella estaba recibiendo los mismos libros que yo estaba haciendo en el CDC (Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades) de Nueva York. Yo le mandaba los *flyers*, las revistas traducidas en inglés, los programas de vih, las campañas y todo lo que era el activismo de Estados Unidos; entonces, ella lo tomó como un entrenamiento. Cuando salió, sabía hablar de activismo, de estadística, de lo que hacía falta. Como entonces no había virtualidad para saber lo que estaba pasando en otro lado, a menos que viajaras o tuvieras un contacto, era muy difícil.

Cuando salió de estar presa, creó la Red Nacional de ATTTA, porque era la que se encargaba de ir viajando a todas partes. También hizo el primer monitoreo de vih/sida de ONUSIDA, porque tenía los pasajes para ir recorriendo y aprovechaba para armar la red.

—¿Por qué te parece que la vida de Pía no es conocida por muchas personas del movimiento LGBT contemporáneo?

—No es la vida de una santa. Hay mucha gente que ante el gris de las personas prefiere hablar de otra cosa.

Siglo nuevo, vida nueva

La cárcel fue un tiempo en el que Pía no paró de leer, hablar por teléfono, pensar estrategias y armar redes. Cuando salió estaba lista: iba a ser activista por las causas que la atravesaban desde su juventud, pero a tiempo completo.



¹⁵ Por María Marta Aversa. Entrevistas en conjunto con Matías Máximo.



Con el cambio de siglo, la vida de Claudia y su círculo íntimo continuaban como siempre. La situación económica se mantenía estable, lo que permitía seguir pagando el alquiler del antiguo y hermoso caserón de la calle Sarmiento, en el barrio porteño de Almagro. Pero esa comodidad escondía una compleja realidad: el buen pasar, las recorridas nocturnas por la ciudad, su moto Vulcan chopera, los viajes al carnaval de Gualeguaychú y los amigos “chetos” de barrios acomodados se debían al comercio de cocaína. Al fin y al cabo, Claudia vivía perseguida, siempre temerosa de un allanamiento, porque ya lo había transitado en varias ocasiones.

Esos últimos años del siglo XX y el comienzo del nuevo milenio fueron desconcertantes y sumamente contradictorios; se podían vislumbrar ciertos aires de cambio, pero todavía se sentía el miedo y la exclusión de las instituciones. Si bien desde 1998 en la Ciudad de Buenos Aires se implementó un código de convivencia, por el cual la policía que encontraba a las trans ejerciendo la prostitución les debía labrar un acta para su posterior presentación en ámbitos judiciales, no podían, supuestamente, detenerlas y apresarlas. En la práctica, la

policía labraba actas todas las noches, entonces, en algún momento las detenían o simplemente las hostigaban para que continuaran pagando los “arreglos” para poder trabajar. Nuestra vida cotidiana junto a Claudia se iba abriendo a nuevos núcleos de amigos ajenos a la comunidad trans, que nos permitían el ingreso a lugares novedosos para nosotras. Es decir, empezamos a hacer cosas que antes eran impensadas, como salir a comprar, a comer o ir a un boliche “paky”, como le decíamos en esa época al mundo heterosexual/binario.

La sociedad se mostraba más abierta a la integración de la diversidad de género. O quizás aumentaba la visibilidad de nuevas identidades en ámbitos que ayudaban a promover la aceptación de las trans, como, por ejemplo, la aparición de figuras conocidas como Cris Miró o Florencia de la V, o la irrupción de las *drags* en teatros *under* y boliches de la noche porteña. La cuestión era que se podía tener más vida social o mayor aceptación de las personas en las calles y lugares públicos.

La relación con el Estado seguía siendo compleja. La policía mantenía la política represiva, la salud pública continuaba ignorando y expulsando a las compañeras de los hospitales, y el mundo laboral se reducía a un mínimo universo de posibilidades. Claudia usaba con humor la sigla PCP para definir a los roles laborales establecidos por la sociedad a las trans: putas, costureras y peluqueras.

La discriminación y la exclusión se registraban en todos los ámbitos e instancias del poder público. Para obtener un servicio de salud pública o para realizar cualquier trámite, se exponían a una situación tan común y aberrante como era el hecho de nombrarlas con su nombre masculino. Por eso, Claudia y las demás chicas preferían evitar cualquier contacto con las autoridades. En este contexto, seguían moviéndose en un mundo sumamente contradictorio. Si bien podían ser bien vistas en una disco o en un espacio cultural alternativo de la ciudad, continuaban marginadas por las instituciones y rechazadas de los empleos formales. Las jóvenes seguían ejerciendo el trabajo sexual callejero en Palermo, Villa Luro, Once, Pompeya, Chacarita, Villa Soldati y Constitución, entre otras zonas.

En los últimos años de la década del 90, la ciudad comenzaba a transitar los pasos legales y políticos que determinaron su autonomía, nuevas normas y su legislatura. Luego de los comicios de 1996, en los que resultó ganadora la fórmula De La Rúa-Olivera para la jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, comenzó a sesionar la Convención Constituyente, por la cual la ciudad organizó sus instituciones y la administración de la justicia. En ese momento, surgió la discusión acerca de derogar los edictos policiales y delinear un código de convivencia.

Las denuncias sostenidas entre 1994 y 1996 por las compañeras y la abogada Ángela Vanni tuvieron sus primeros resultados: la nueva coyuntura política anunciaba el final de los edictos. Entre 1999 y 2001, las trans que ejercían el trabajo sexual en las calles transitaron una etapa confusa que amalgamó la represión policial con nuevas instancias judiciales. Con el nuevo código, se estableció el labrado de actas a quienes eran encontradas ejerciendo la prostitución. En esta nueva coyuntura, no podían ser detenidas ni llevadas a los calabozos como antes, pero eran citadas por la fiscalía.

En esos años, las chicas llegaban al caserón de Sarmiento con una colección de actas. Una noche venían con dos, al día siguiente con cinco, y así sucesivamente. Pero, para ellas, esperar en la comodidad del hogar la citación para presentarse al fiscal —quien dictaminaba una multa o una pena de trabajo comunitaria—, era lo más cercano al paraíso, en oposición a la feroz represión de los 90.

Ya no te perseguían los de moralidad —recuerda Ivana Bordei— ahora te llevaba el fiscal y te tenían detenida hasta las diez de la mañana, y te soltaban con esa acta que decía que vos te tenías que presentar cuando te llamaran, y ahí te hacían ver el videito de cómo te agarraban y todo...

Muchas dicen que en ese momento “estalló Palermo de travas”, con chicas que venían de Salta, Jujuy, Santiago del Estero, de otras

provincias y de los barrios del conurbano porque ya no te levantaban por caminar las calles, solo te demoraban unas horas si te encontraban trabajando y te entregaban un acta.

Alejandra, otra amiga de Claudia que en esa época trabajaba en Chacharita, recuerda que con un acta te dejaban quedarte; es decir, la chica caminaba unas cuadras y empezaba a trabajar nuevamente. En la segunda, te levantaban y trasladaban a la Cárcel Contravencional, que estaba por Viamonte, frente al Teatro Colón: “Entonces, iba el fiscal con un patrullero atrás, te filmaban y al rato pasaban y te paraban con la policía, te hacían un acta y te tenías que retirar”. Después de eso, te llegaba la citación de la fiscalía; a partir de ese momento, hay muchas versiones según las experiencias vividas: algunas lo recuerdan como un trámite que te hacía perder horas vitales de sueño, ya que había que ir temprano; en cambio, otras tuvieron que hacer horas de trabajo comunitario que no siempre se terminaba realizando.

Pero este nuevo sistema estaba alterando un engranaje básico del sistema policial: nada más y nada menos que la caja chica de la prostitución. Para ese entonces, ninguna trans con sus tacos gastados iba a aceptar sin escándalos y peleas la coima o el arreglo con los “milicos”. María Belén recuerda que las circunstancias cambiaban rápidamente: la nueva reglamentación se iba adaptando a las necesidades de los propios actores involucrados en el juego. Con las actas, la policía perdía un aporte económico que históricamente obtenían de las trabajadoras sexuales. De esta manera, las filmaciones a los clientes y el registro de las patentes de los autos posibilitaron una forma novedosa de obtener dinero, al amenazarlos con que la notificación llegaría a su domicilio. Con esta nueva extorsión, la policía comenzó a expoliar a los varones que merodeaban por las zonas de trabajo.

En lo de Claudia, durante la noche entraban y salían las jóvenes trans que trabajaban, mientras en la casa los residentes habituales y constantes visitas tomaban cocaína hasta el amanecer. En ese ir y venir, se dejaban las actas, se quejaban porque había pocos clientes, se comía, se drogaba y también se les vendía droga a los clientes. Así

transcurría la vida; a simple vista parecía que había más libertad. Al menos, no salíamos todas las madrugadas a llevarles los bagayos (comida, ropa limpia y artículos de higiene para pasar mejor el encierro) a las compañeras. Pero, a fin de cuentas, seguían viviendo con el temor y con la inseguridad de ser allanadas y arrestadas por la policía en cualquier momento. Claudia y sus amigas seguían ubicadas en las fronteras de la legalidad: unas ejerciendo el trabajo sexual, otras comercializando cocaína.

Ese poder de pedirnos milanesas completas con papas fritas a cualquier hora, o de tomarnos un taxi para salir a comer a la costanera o a los tenedores libres, estaba ligado al costado marginal y riesgoso de la droga. Los grandes eventos seguían siendo los cumpleaños, las celebraciones de fin de año, la elección de la reina trans (realizada en 1998, 1999 y 2000), la Marcha del Orgullo y, como siempre, los carnavales del conurbano.

Las fiestas de cumpleaños tenían una mística y una estética particular porque servían no solo para reunirse sino, fundamentalmente, para evidenciar el status social y económico de las chicas. Las reinas del festejo eran las recién llegadas de Europa (Italia o Francia). Ellas realmente tiraban la casa por la ventana brindando comida y bebida a granel, marihuana y cocaína a todos sus invitados, entre los cuales el tesoro máspreciado eran los jovencitos que trabajaban de taxi boy en los alrededores de la calle Marcelo T. de Alvear y Pueyrredón.

A la hora del baile, las más jóvenes y bonitas dominaban la pista, batiéndose a duelo con los clásicos musicales del momento. Los vestidos caros europeos, los zapatos stiletos italianos, los perfumes, las pieles, las joyas eran todos indicadores de prestigio, riqueza y del éxito alcanzado en las calles de las ciudades europeas.

Claudia amaba hacer reuniones y festejar: para nosotros era la mejor anfitriona. En todas las reuniones siempre hacía la misma broma, de repente echaba a alguna del lugar a los gritos: “¡Es mi fiestita, no estás invitada... y te vas!”. A lo que todos reaccionábamos riéndonos porque conocíamos la historia. En una ocasión, nos contaba

La Gorda, la cumpleañera abrió la puerta y entró una chica con el mismo “modelito europeo”, entonces furiosa la echó con esa famosa frase. Ese cuento siempre nos hacía reír, como todas sus anécdotas por las calles europeas y porteñas.

A finales de 2000, Claudia estaba cada vez más temerosa por su actividad. Era consciente de que la venta de cocaína tarde o temprano terminaría con una causa penal, porque sabía, por boca de su abogada Ángela Vanni, que la policía la tenía fichada desde los años 90 por sus detenciones y por sus reclamos. En un momento, pensó que era conveniente salir un poco de su encierro y volver a mostrarse públicamente, como decía ella en esa época; es decir, retomar la militancia. En los últimos meses del año, Claudia quiso conectarse con los movimientos de derechos humanos, entendía que era importante acercarse a ellos para mostrarles la situación de persecución y violencia que vivían las trans aun en democracia. En eso, creo que fue una adelantada, pero los tiempos todavía seguían siendo adversos para la inclusión de la diversidad en el mundo político de la izquierda y los organismos de derechos humanos. Me pidió que la conectara con los referentes de Amnistía Internacional, participó de algunas actividades en la sede de la Facultad de Sociales convocadas por H.I.J.O.S. y otros movimientos, y, como broche de oro de ese temprano acercamiento a una militancia desconocida para ella, fuimos a la Marcha de la Resistencia de las Madres, en los primeros días de diciembre en Plaza de Mayo.

Desde que comencé en la facultad de Filosofía y Letras en la UBA, participaba de esas marchas, que consistían en mantener las rondas durante veinticuatro horas, para cerrar con un acto en la tarde del jueves. No puedo recordar con cuántas compañeras fuimos esa noche a la plaza, es una imagen muy vaga todo el momento previo. Pero sí quedó grabada en mí la sensación de asombro de toda la gente cuando nos incorporamos a la ronda.

En esos fragmentos que aparecen cuando uno se esfuerza en hacer memoria, recuerdo que pasé por el departamento de Daiana

Light, en la calle Sarmiento casi llegando a la avenida Callao. Allí me encontraba con Claudia y las demás chicas –que no puedo precisar cuántas ni quiénes eran–, seguramente habremos fumado, charlado un poco y bien tarde nos fuimos a la vigilia en Plaza de Mayo. Creo que Claudia llevó alguna bandera o estandarte; cuando comenzamos a girar, fuimos el asombro de todos, y Hebe de Bonafini se acercó a las chicas, las saludó y conversó con ellas. Esa fue, creo yo, la primera vez que un grupo diverso participaba de una movilización de derechos humanos, después, con los años, se fue haciendo habitual ver a gays, lesbianas y trans en movidas de la izquierda. Así como los partidos políticos empezaron a concurrir a las Marchas del Orgullo.

Luego de ese breve intento por retomar la militancia, Claudia consideró oportuno invertir el dinero que le ingresaba por la cocaína en algún emprendimiento económico, que le posibilitara con el tiempo tener una entrada o un trabajo formal y estable. En las vacaciones de ese año, con destino a Camboriú, en Brasil, Claudia, junto a sus amigas, terminaría pergeñando su futura inversión. Belén y Daniel Busato habían ido a trabajar en diciembre de 1999 a un club nocturno o cabaret del lugar, así que conocían. En el verano de 2000, Claudia alquiló, durante los tres meses, un departamento en el centro, cercano a las playas. Ni bien comenzó la temporada veraniega, viajó junto a Belén, pero ese departamento vivió un desfile sinfín de amigas que se iban turnando en las visitas. Luisa Paz y las chicas de Santiago del Estero, el peluquero Luis Reynal; cada quince días más o menos algunas volvían a Buenos Aires y otras llegaban para acompañar a Claudia.

Marcela La Rompecoches fue una de las invitadas:

En esas vacaciones, ella alquiló por un mes un departamento en pleno centro. A una cuadra del mar, piso 14. Para mí era murga de lunes a viernes, no me rompas, a mí dame chingo poronga. ¡Que yo soy súper poronguda! Por los carnavales se podía morir mi vieja, que yo no iba

al velatorio ni loca. Para mí la murga era sagrada. Me dijo: “Bueno, puto, hacía una cosa, yo me quedo hasta abril, cuando termine la murga venite”. Así que terminó a fines de marzo, y me fui para allá a Brasil y me quede con ella. Ya no estaba ni La Luisa ni La Reynal. La Belén creo que también estuvo. Yo ya llegué última, a pasar el lampazo de lo de ellas, después de tres fines de semana de murga que la pasamos bomba. Obvio, por más que estuviera todos los días desmayada de los pedos de las capetas (tragos hechos en la misma botella, que puede ser de licor, adaptada como si fuera un copón) de 5 reales que nos agarrábamos. Yo con hambre de mar, acá no me meto, no porque sea sucio, me tengo que escabiar. ¡Si es muy frío el mar acá! Y yo tenía un hambre de mar, de playa. ¡Qué valor! Me hace acordar a La Ivana, que yo me quedé un mes en la villa de ella, divina, en Italia con cinco habitaciones; alquilaba en el mar, ¿viste? Yo me levantaba a las diez de la mañana, me sacaba las lagañas, me cepillaba los dientes, llamaba al autito y me iba al mar. Yo tengo hambre de mar, cuando tengo posibilidad de ir... Y ahí por más que nos acostáramos tumbadas, yo a las ocho estaba con los ojos así. El sol entraba ni bien amanecía y yo me iba a la mierda y todas conmigo. Nos íbamos a despabilarnos ahí enfrente, en la avenida Brasil, en el centro de Camboriú. Y después nos íbamos a la playa Do Pinho, la playa nudista, porque ella (refiriéndose a Claudia) era la Piu Bella de Milano, rompía las bolas con eso.



Claudia, Marcela La Rompecoches y Belén, en Camboriú.



Junto a Luisa Paz.

En esos largos días de playa, *caipirinha*, marihuana y alguna “co-sita” más, fue tomando forma la idea de abrir un “boliche” gay con *shows* de transformistas y trans en la ciudad de Santiago del Estero. La elección del lugar no fue una sorpresa para su círculo íntimo, Claudia adoraba el interior del país, y especialmente Santiago, porque tenía muchas amigas: Luisa Paz, Ornella Infante, Gabriela Regatuzzo, Julieta, María Marta y tantos otros nombres que se repetían siempre en las anécdotas de sus viajes.

Todos los años viajaba hacia allá, le avisaba unos días antes a La Luisa para que le preparasen su “piecita” porque sus estadías eran largas. Amaba a “los santiagueños”; como ella decía, “allá siempre había un corajudo que la ‘agarraba’”, refiriéndose a sus encuentros sexuales. También disfrutaba las comidas –las empanadas o los asados–, y sus escapadas a las termas y otros paisajes que tuvo la oportunidad de recorrer en su moto chopera.



Viajes a Santiago del Estero en la moto.



Recorriendo Santiago del Estero con Janette.





Festejos en Santiago del Estero.

Para llevar adelante el negocio, se asoció con Claudio C. Juntos abrieron el boliche Si te viera tu madre, el 27 de octubre, con una gran comitiva de amigas y artistas invitadas exclusivamente para la inauguración. La sociedad comercial no duró mucho, Claudia en los primeros tiempos viajaba los jueves a la noche y se quedaba durante el fin de semana. Por eso, Si te viera tu madre era mucho más que un boliche gay: convocaba a todo tipo de gente por la atracción que causaban los números de transformismo, siempre a cargo de La Daniel Busato y las jóvenes e imponentes trans que cada fin de semana llegaban desde Buenos Aires.



La Busato haciendo su número de Marilyn en la apertura de Si te viera tu madre.







La Busato junto a Marianita, en pleno show.

La Busato se acuerda bien del boliche:

Hice la inauguración en Si te viera tu madre; con Marianita y gente de ahí fuimos a lo de Luisa. Ella vivía en una casa en la que gritaba desde el paredón del fondo “¡cuatro o cinco tortillas!”, a la señora que vendía unas tortillas riquísimas, esas como torta fritas pero hechas a la parrilla. ¡Riquísimas! Y nosotras mientras ensayábamos el *show* con pasacassete, en la tierra, ahí con los tacos, refumadas. Y entonces era como la atracción de lo que estaba pasando en Santiago del Estero. ¡Porque no pasaba nunca nadaaa, como te podrás imaginar! ¡Y entonces llegamos nosotros! ¡A ver qué pasa ahora! ¿Quiénes son estas? Y entonces llegó el día de la inauguración: ¡Explotaba eso de gente! Y nadie tenía experiencia de nada, nunca se había abierto una “discotheque”, todas hablamos de oído, ¿entendés? Entonces, yo, por micrófono, tenía que ir nombrando a la

no sé qué de no sé dónde. Yo no sabía ni qué mierda eran. También se hacía un poco de militancia en todo eso; y, a la vez, la policía; y, a la vez, los otros negocios... Todo mezclado. Fue una noche muy linda, llena de gente. Me acuerdo de que había mucha madera, mucha paja, mucha tierra, mucha cosa que no coincidía con la palabra discoteca. Era como una parrilla, un parador de ruta hecho disco, eso era cuando llegamos. Cuando llegamos todas a la casa, era sacar así plata de las tetas, plata de acá, plata de acá (haciendo el gesto de sacar el dinero de distintas partes del cuerpo). Claro, no había una computadora. ¡Juntá! ¡Juntá que hay que pagar el alquiler! Hay que pagar esto y tiene que seguir el negocio. Después vinieron todos los dueños de las parrillas de los lugares, todos querían ser socios de La Gorda, todos querían lucrar con eso. Dijeron: “Esto era un parador abandonado y ahora está lleno de maricones y travestis”. Y viste que las chicas gastan, entonces era un negociación. Yo fui solo la noche de la inauguración, nunca más fui. No sé cómo fue el fin de la historia de Si te viera tu madre.

La Beba fue una vez, pero lo recuerda; imposible olvidarse de semejante “cachengue” en el medio de la ruta:

Fui una sola vez al boliche. Me cagué de risa porque era un galpón en el medio del desierto, literalmente. Era una ruta que zigzagueaba así y empezaban los cerritos, cactus y un galpón. Ella lo arregló y era algo muy bizarro porque estaba en el medio de la nada, en el medio del desierto, era un boliche que estaba divino y no entendías cómo llegaba la gente ahí. La aceptación de la gente era bárbara. Los sátrapas que iban eran muy graciosos. La Gorda llevaba contingentes de chicas allá, porque teníamos una agencia de

turismo donde yo trabajaba, a través de la cual conseguíamos pasajes más económicos, así que mandé chárteres de chicas trans para Santiago del Estero en cantidades industriales. El boliche explotaba, así que durante el primer año le fue fantástico. Después, con el socio se empezó a llevar mal porque ella no estaba todo el tiempo allá; ella vivía acá y se iba fin de semana de por medio.

La Rompecoches también dijo presente:

Fuimos todo el “elenco estable” a Si te viera tu madre. Y le cacé la onda al gordo puto, cobraba 100 mangos una botella. “¿Cómo 100 mangos, Gorda, si la pagás 15 a la tarde?”, “¡Bueno, entonces comprate las tuyas!”. La cacé. A las cuatro fui a buscar al mayorista y me agarré un cajón de vacíos a 150, o sea, 10 botellas. Y después, con el taxista yo quería conocer Santiago. “¡Anda con él que es el garrón de todas!”. Bueno, vamos, subí, yo ya remamada, lo mareé cuatro horas dando vueltas; cuando llegué a lo de Luisa, el chongo me dijo: “Son 200 pesos”. “¡Qué!?”. Igual lo pagué, porque en esa época tenía plata ¡200 pesos me curró ese hijo de puta! Y después la Belén nos dio unas “reynols” (Rohypnol). Eran tres o cuatro camas para catorce putos: una cama de dos plazas, en la que íbamos a entrar todas amontonadas ahí; y dos de una plaza, para los otros diez. Cuestión que yo me tiré en la cama con las botas de látex hasta acá, una minifalda verde con un corpiño de látex y las tetas. Me tiré en la cama así y me dormí. La Pía me abrió los ojos y me sacó las lentes. ¡Ese tipo de cosas demuestran la amistad que tenés con una persona! Si hubiese sido otro puto, me las sacaba y me las robaba. Porque yo me había dormido y estaba tan cargosa que los putos no querían respirar para que no me despertara, y La Pía me

abrió los ojos, me vio que estaba con lentes, y me las sacó y las puso en el estuche. ¡Eso demuestra la amistad! La amistad de las travestis es diferente a lo que son los gays. Los gays son más gentes, nosotras somos medio retorcidas. Si hubiese sido otro puto, me hubiese robado las lentes. El boliche de La Pía era en la ruta, esas parrillas donde paran los camioneros, era eso, pero lo pintaron todo de rosa y era Si te viera tu madre. Y ahí, que se la comieron en un descampado, aprovechó y se vistió de mujer ¡Si era un loquero era eso! ¡Y La Gorda! ¡Era como el paraíso para los putos eso! ¡Qué personaje La Pía... ese Gordo hace falta!

El impacto del boliche quedó registrado en la gráfica santiagueña de la época. La revista semanal *La columna* del 22 de marzo del 2001 publicó en su tapa una foto de Claudia, La Daniel Busato y La Mariana durante la noche de apertura, que fue en octubre del año 2000. Bajo el título “Santiago Rosa”, se describía al lugar como “un boliche intergénero homosexual”, es decir, que concurrían gays, travestis, y lesbianas, en menor medida.



Nota en la revista La Columna sobre el boliche Si te viera tu madre.

El año 2000 lo despedimos, como siempre, juntas, las “íntimas”, las nuevas amistades y el que después de las doce de la noche pasa-

ra por la puerta y se animara a entrar. Pero ese 31 de diciembre, al menos para mí, tuvo algo especial. Sin saberlo, ese sería el último festejo de nuestra familia trans. Después seguirían las muertes, los viajes al exterior y la cárcel. En ese verano, Marcela La Rompecoches se había hecho la depilación definitiva con láser y se había colocado sus superprótesis “anatómicas”, como decía ella, “tipo La Pamela Anderson”, “muy conejita de *Playboy*”. Luego del brindis, Marcela salió al balcón que daba a la calle Sarmiento para zarandear sus nuevas tetas al ritmo del hit del momento, *La vida es un carnaval*, de Celia Cruz. A continuación, sucedería lo de siempre, pero con una euforia mayor que tienen las despedidas de años: bailes, *shows* de alguna de las chicas, mucha marihuana, cocaína, una que “se daba vuelta”, o sea que se descomponía y había que reanimarla, alguna discusión y los chongos o sus maridos. Lo que en nuestro léxico familiar se definía como “cotolengo”. Así cuando hablábamos, en vez de invitarnos a algún lado decíamos: “¡Venite esta noche a casa que hay ‘cotolengo’!”. Y allá íbamos.

Nuestras últimas salidas



Bolicheando con Marcela La Rompecoches



*Con Charo en el Boliche Adrenalina, Suipacha,
Provincia de Buenos Aires.*



Carnavales de Gualeguaychú

A inicios de 2001, Claudia ya se había apartado de la noche gay santiagueña, y su socio, Claudio, continuó administrando el lugar. Para ella, era mucho desgaste físico y económico viajar cada fin de semana. Su salud luego de las operaciones continuaba resentida y su adicción a la cocaína empeoraba todo.

Además, en 2001, la situación económica golpeó fuertemente a las chicas. El caserón de la calle Sarmiento era imposible de mantener. Muchas de las amigas de Claudia, cansadas de la represión y también afectadas por la crisis, comenzaron a pensar que la única salida era irse a Europa. Los clientes escaseaban o querían pagar con patacones o bonos. En esos momentos, ninguna pronunció la palabra exilio; en el fondo, ya teníamos dos generaciones que habían viajado al exterior: en los 80; La Gorda en los 90; y ahora el nuevo milenio. Además, ya existía un circuito establecido, muchas iban y venían con sus ganancias para ayudar a sus familias y construir su porvenir.

El destino más frecuente era París, a diferencia de lo que sucedía en los 90, cuando la gran mayoría elegía las ciudades italianas. En el grupo de Claudia, en nuestra familia trans, Belén prefirió dirigirse a Estados Unidos porque todavía se podía ingresar sin tramitar la visa.

Cintia, que vivía detrás del caserón, también empezó a verse seducida por la idea del sueño americano. No puedo precisar bien en qué momento del año empezó a frecuentar la casa Alejandro A., un amigo que, además de gustarle la noche, era sociólogo, profesor de inglés y trabajaba en el INDEC. Dos o tres veces por semana comenzó a dar clases de un inglés sexual o sucio, que les permitiera a las chicas tener un léxico para trabajar en las calles.

Cuando la economía de un país se resiente, la calle se pone dura; esa era la expresión que más se escuchaba entre todas: entre las que se dedicaban al trabajo sexual, a la venta de drogas o el rebusque que sea. La primera en partir fue Belén, que viajó a Estados Unidos meses antes del atentado contra las torres gemelas. Ella salió en el momento justo, cuando los argentinos no necesitábamos visa y las normas de seguridad en los aeropuertos eran más laxas. De esa época recuerdo las charlas eternas en los teléfonos celulares con las chicas que estaban en el exterior. No sé qué método habían descubierto con unas tarjetas telefónicas que tenían de fondo la estatua de la Libertad para hablar horas, te hacían cortar a vos y ellas continuaban con el marcado de otro número.

No reconozco con exactitud en qué momento el alquiler del caserón de Sarmiento se tornó imposible de afrontar. Claudia, primero, pasó a un pequeño departamento en el barrio de Las Cañitas, en la calle Soldado de la Independencia. Allí vivió un corto tiempo, y ya había comenzado el año 2002. En ese momento, uno no era consciente, pero Claudia pasaba gran parte de sus días encerrada tomando cocaína. Yo había empezado a dar clases en la universidad, como ayudante de primera en la Facultad de Ciencias Sociales, y en Filosofía y Letras. Los jueves salía de la sede de Parque Centenario y me iba al departamento. Claudia vigilaba todos los movimientos de la puerta, del *hall* de entrada y de la vereda con un sistema de cámaras y un pequeño monitor. Ya estaba completamente segura de que no tardaría mucho tiempo en llegar la policía o algún tipo de operativo.

Diferentes compañeras comenzaban a caer presas: algunas fueron detenidas intentando transportar drogas al exterior en forma de mulas, otras con drogas en sus hogares. La Gorda ya no hablaba por teléfono, sabía que la estaban escuchando. Así se fue esfumando el año, con amigas detenidas y otras que se iban al exterior.

Esos tiempos fueron difíciles, todas las noticias que circulaban eran que una había muerto, que fulana se fue a Italia o Francia, y que aquella otra cayó por drogas. La cocaína, para muchas, como fue el caso de Claudia, era una adicción, que terminó convirtiéndose en su medio de vida. Entre 1999 y 2002, la situación económica era difícil y las actividades en las calles se encontraban en picada. Los clientes eran una entrada económica directa para las que “patinaban”, pero también promovían actividades alternativas y secundarias, como, por ejemplo, abastecerlos de drogas, de manera práctica y segura. Cuando en las “zonas rojas” no había trabajo, se cortaba toda esa red cotidiana de supervivencia. Porque la prostitución generaba un sinfín de “rebusques” para las trans más grandes, que ya no estaban para pararse en una esquina, pero si tenían experiencia para conseguir las botas bucaneras talle 43 al 45, o para diseñar modelos *sexies* y cómodos para trabajar.

En un momento, el amigo de Claudia y su proveedor de cocaína durante años, El Enano, comenzó a ofrecerles una importante suma de dinero en dólares para transportar drogas fuera del país, con la modalidad de mula. Obviamente, desconozco los pormenores de ese nuevo emprendimiento, porque se contaba lo justo y necesario para no perjudicar a nadie. En eso Claudia era brillante y amorosa, porque siempre el cuerpo lo puso ella. Si había que hacer algo arriesgado para conseguir dinero, ella iba a hacerlo primero, para estudiar bien la situación. Y jamás nos involucró o nos obligó a llevar o traer algo. Al contrario, nos protegía por más que todos nos conociéramos las caras, porque compartimos fiestas y momentos cotidianos; ella tenía dos celulares, y nunca mezcló los afectos con sus negocios.

El pago por transportar cápsulas de cocaína en el cuerpo era una suma en dólares significativa para esa época. Claudia no se si lo dudó o no, pero necesitaba ese dinero para sobrevivir, y decidió hacerlo. No puedo precisar si viajó a fines de 1999 o de 2000. Todos teníamos mucho temor por ella, el circuito parecía de película: tenía que viajar en avión hacia Colombia y después cruzar la frontera por tierra a Venezuela, o al revés. Los recuerdos son fragmentados porque en el fondo no queríamos saber mucho, porque cuanto más nos contaba más temíamos por ella. Lo que no puedo borrar de mi memoria fue su entrenamiento. Se preparó durante semanas tragando salchichas para abrir su garganta. De esa manera, preparaba su cuerpo para poder pasar y soportar las cápsulas en su cuerpo durante todo el viaje.

El día del viaje comenzó nuestra desesperación. La Gorda, en chiste, se despidió por si la agarraban; podíamos dejar de vernos por un mes o por más de cinco años. Pero al cabo de un mes, recibí su llamado y su distintivo “¡qué contás, muñeca!”. Volvimos a respirar tranquilos, volvió triunfante y lo mejor de todo es que podríamos escuchar sus aventuras.

Lo que mayor impresión me causó fue cuando nos contó que para no ser descubierta tuvo que descargar varias veces las cápsulas, limpiarlas, ponerles pasta dental y volver a tragarlas. Era una estrategia muy dura para el cuerpo, pero segura para pasar todos los controles. Cuando nos contó, no lo podríamos creer, no entendíamos cómo no se descompuso o murió después de tanto desgaste físico. Creo que con ese dinero pudo sobrevivir los últimos años, en los cuales empeoró su adicción y se profundizó su encierro. Porque ya no era la Claudia de antes, de salir al teatro, comer afuera y visitar amistades.

En octubre de 2002, Claudia se mudó repentinamente al barrio de Agronomía o Chacarita, en la calle Chorroarín. La casa había sido de Cris Miró, y estaba ubicada en una zona desconocida para su entorno, que estábamos acostumbrados al centro o a zona norte. El lugar estaba a unas veinte o treinta cuadras de la estación Federico Lacroze, que, obviamente, yo las hacía caminando, porque era bien tranquilo.

Una mezcla de Capital con barrio del conurbano. Allí llegó a acompañar a La Daniel Busato, que se encontraba viviendo solo porque hacía días que había caído presa La Jorgelina, la histórica asistente de Cris, que fue detenida en una causa de drogas, envuelta junto al dueño del boliche Confusión.

En esa casa, sin saberlo, transitamos los últimos días con Claudia libre. En octubre, festejamos su cumpleaños con empanadas y comida casera (creo que hicieron algún guiso o locro), pasamos el día juntas, comimos, y a la noche, después de la torta de cumpleaños comenzaba la gira, como le decían a ponerse a tomar cocaína hasta que llegara el día siguiente. Con Carolina, la hermana de Claudia, nos fuimos después de comer lo dulce; ella tenía a su hijo en casa de su mamá y yo no quería perder el tren hacia Quilmes.

Después de ese día, el tiempo pasó rápido y para fines de noviembre o principios de diciembre recibí el llamado de que Claudia había sido detenida y el domicilio había sido allanado por la Gendarmería. Ahí entendimos que esta vez iba a ser difícil que pudiera salir rápidamente. Ángela Vanni, su abogada, estaba acostumbrada a lidiar con la policía, pero ahora estaba frente a una fuerza de seguridad, que se presentaba como más profesional y sería que “la Federal”.

También comprendimos que los miedos de Belén y de las compañeras que se fueron al exterior eran fundados, que se iba a venir una ofensiva fuerte contra ellas. Nadie de nosotros podía discutir la adicción de Claudia, pero aceptar la versión que salía en los medios de comunicación era inverosímil. En el canal de *Crónica*, la detención de ella y de las demás personas era presentada como “La banda de los colombianos y el travesti”, y la difundían como una organización internacional de reclutadores de “mulas” y de tráfico hacia Europa.

El año 2002 se esfumaba con La Gorda presa, con muchas yéndose a París, Italia o Nueva York, y con otras transitando su enfermedad y la vida solas. Nuestra familia, lo que nosotras habíamos conformado desde los 90, estaba totalmente quebrada. Marcela La Rompe,

Marcela La Dulce, Belén, Cintia, Gaby La Cabra, entre tantas otras, estaban en el exterior.

La primera carta que le escribí fue en un Burger King de Corrientes y Florida, mientras hacía tiempo para participar de la marcha del primer aniversario del 19 y 20 de diciembre del 2001. En aquellos días de detención todo era muy incierto, Claudia estuvo un tiempo en Gendarmería; luego fue trasladada al complejo penitenciario de Ezeiza (allí recibió las primeras visitas de su hermana Carolina), después pasó a Devoto en los primeros días de 2003 y, a mediados de ese año, fue llevada al complejo de Marcos Paz, donde estuvo alojada hasta el juicio, en octubre o noviembre de 2005.

Los años en prisión, 2002-2005

Esta etapa de la cárcel nos encontró a todas dispersas pero unidas en el objetivo de acompañar ese duro momento. Si bien todas sabíamos que el camino final de la adicción es la cárcel o la muerte, no estábamos preparadas para ver a Claudia en prisión. Teníamos experiencia en lo que era armar un “bagayo” y llevarlo a la comisaría de turno, pero acá era distinto. Para entrar a la cárcel era todo un trámite, primero tenía que pedirte la persona detenida, y después venían los pasos burocráticos: certificado de domicilio, certificado de antecedentes penales, fotos carnet y soportar las requisas de las visitas.

Creo que los primeros días del verano de 2003 comencé a visitarla al penal de Devoto. Al principio, íbamos juntas con Carolina, para hacer un poco más amena la espera en la calle y todos los avatares que implicaba la entrada al penal. A las amigas trans que continuaban en el país se les hacía difícil ir a verla porque las visitas estaban separadas por sexo, por lo tanto debían ir el día que les correspondía a los hombres. En mi caso, primero fui sola a la puerta para hacer el trámite. Algo que me llamó la atención era la gran cantidad de gente, para todo siempre tenías que hacer cola. Esa vez, mientras esperaba llegar a la ventanilla, un pequeño de 2 o 3 años se me acercó y me

dijo: “Acá trabaja mi papá”. Su mamá me miró con una sonrisa y no me dijo nada. Obvio, no era necesario decir nada. Los niños transitaban el encierro de sus padres con la mayor naturalidad.

Luego, con el correr de los días, nos fuimos turnando con Carolina, así Claudia podía tener visita todas las semanas: un fin de semana iba ella y al siguiente iba yo. La primera vez que entré a la cárcel me asustaron los gritos, y que se te venían corriendo los mismos presos a preguntarte los datos de tu visita, del pabellón y agarraban los bolsones de comida. En ese momento, no sabía si eso era habitual o me estaban robando las cosas que había llevado en la misma cárcel. Pero no, luego fui entendiendo que en Devoto los mismos presos trabajaban en la organización de los familiares visitantes, te indicaban dónde entrar y gritaban el nombre del interno. Allí, Claudia se manejó con su nombre masculino. Si bien los gays y las trans estaban en los pabellones intermedios, que eran para las personas con resguardo físico, no dejaban de estar en un penal de hombres.

En el penal de Devoto estuvo unos meses. Estaba ubicada en los entresijos junto a Jorgelina, Carola Figueredo, Sandra Peralta La Mona y otras trans y gays. Cuando la vi por primera vez, la encontré como siempre, sonriente, con buen humor y ya había aprendido todos los códigos “tumberos”. Además, en esa época en Devoto existía un pabellón manejado por los uruguayos, así que Claudia rápidamente pudo tejer buenos vínculos porque todos conocían a su cuñado Claudio. Las visitas eran en el patio, con un paisaje un tanto deprimente: de un lado, los muros con sus garitas; y del otro, las ventanas de los pabellones, con todos los pibes colgados gritando todo el tiempo a quienes estaban en la vereda o adentro.

De esta etapa recuerdo sus peleas con el sistema penitenciario para poder ingresar una heladera, comida de mejor calidad, y participar de las actividades educativas y de recreación. A pesar del breve tiempo que estuvo allí, logró finalmente entrar los electrodomésticos para mejorar un poco la vida cotidiana, pero tuvo una marcada resistencia para ser incorporada en la escuela y los talleres.

Claudia se puso de novia con El Paraguayo Sergio, hizo de buenos amigos, pero también le tocó transitar un motín. No sé si fue esa protesta de presos o si sucedió algo puntual, pero en un momento Claudia empezó a luchar por su traslado a un penal-modelo, como el de Marcos Paz. Para Carolina y para mí, un traslado era lo peor, porque de nuevo teníamos que hacer el trámite y volver a vincularnos con otros familiares y otros penitenciarios. Además, era un viaje larguísimo, pero la que estaba presa era Claudia y la que decidía por sus mejores condiciones era ella. Nosotras tratábamos de acompañar.

De esos días aparecen fugaces recuerdos, las visitas en pleno motín cuando las mujeres de los presos te obligaban a tirar la comida. Por suerte, Claudia nos iba enseñando qué teníamos que decir: “¡Mi visita tiene vih, no puede dejar de comer!”. Esas palabras mágicas me permitieron seguir entrándole comida en pleno conflicto carcelario. También recuerdo las conversaciones con el peruano Víctor Rozas, todo un caballero, quien le enseñó a defenderse y a buscar la libertad aun en pleno encierro. Víctor pasó gran parte de su vida robando bancos del interior del país, y preso en penales. Era “un preso viejo”, como decían ellos, pero con nosotras siempre fue muy educado. Con Claudia fue maravilloso, le enseñó a pintar por dos motivos: para que pudiera pasar sus horas de encierro con la mente en otro lado, y para que pudiera hacer puntaje dando talleres de dibujo entre los detenidos.

Lo más difícil para Carolina y para mí eran los enormes y sofisticados pedidos de alimentos que nos hacía La Gorda. Había que viajar con pesados bolsos, porque ella nos pedía para todo el pabellón, y nosotras odiábamos pasar con todo eso por la requisa, porque los penitenciarios nos cagaban a pedos o nos “vacilaban”. El día más emblemático fue para las pascuas de 2003. Claudia, obviamente, quería comer pescado y no tuvo la mejor idea que pedirnos langostinos. Nosotras, que ya nos sabíamos de memoria la lista de alimentos permitidos, le dijimos: “¡Eso no entra!”. Y ella porfiaba que “¡sí entra, ya arreglé con el milico!”. Nos dijo que teníamos que limpiarlos y sacarle la cabeza. Allá estábamos, la Carola y yo, en el mostrador con los tápores

y la comida. Nunca me voy a olvidar de la cara del milico: “¿¡Qué es esto!?”, nos dijo. Y nosotras, con la mejor cara de boluda, dijimos: “¡Son langostinos, están lavados y pelados como nos dijeron!”. El milico nos miró mal y nos dijo: “¡Chicas, esto es una cárcel, acá no se comen langostinos!”. Pero el reto no fue nada en comparación con el enojo de Claudia por no poder degustarlos. Estuvo con “cara de culo” toda la visita: “¡Qué milicos de mierda!”, repetía todo el tiempo, “¡y ustedes, ¿por qué no dijeron nada?!”. Con Carolina nos mirábamos y no decíamos nada, ya la conocíamos y, de última, lo que no entraba lo comíamos nosotras.

En algún momento del año 2003, Claudia fue trasladada al penal de Marcos Paz, una unidad modelo, de las nuevas en aquellos tiempos. Allí podría estar más segura y con posibilidades de estudiar o realizar alguna actividad para matar las horas de encierro. En el pabellón de resguardo físico, “refugiados”, estuvo con muchas chicas: Alejandra Muñoz Cruzado La Cati, La Flopi de San Francisco Solano, La Mona y La Muñeca, entre tantas. Para nosotras el viaje era largo, desde la estación de Once había que tomar el tren hasta Merlo, desde donde salía el colectivo de línea que ingresaba al penal. Por la crisis económica, esa empresa de colectivos estuvo un tiempo con conflictos y no funcionaba ese ramal. Entonces, teníamos que viajar hasta Ituzaingó y abordar en unos remises truchos que nos llevaban directo al penal.

En Marcos Paz terminó de adaptarse al sistema carcelario y logró organizar su vida. Ahí tomó muy en serio su salud, se hizo cargo del vih y comenzó a tomar la medicación. De forma forzada dejó la droga y se le notaba en su piel, en su largo cabello. Estaba gordita pero rozagante.

**Recibo de Depósito de Mercadería
para Internos del Complejo Penitenciario Federal N°**

D

Numero : 7735

Fecha: 20/02/04

Cliente : 47 Apellido y Nombre: BAUDRACCO, [REDACTED]

Módulo : 1 Pabellón: 4

Cantidad	Descripción	Código	P. Unitario	Importe
1u	HILO ROJO	599	1,00	0,00
1u	PINZA DEPILAR <i>no Pasa</i>	214	1,50	0,00
1u	GASEOSA TONICA 2 1/4LT	142	1,00	1,00
2u	JUGO MAROLIO	170	0,50	1,00
2u	SALCHICHA X 6	226	1,20	2,40
1u	PURE PAPAS X 4 MAGGI	217	1,50	1,50
1u	GALL TRIO X 400 G	375	1,50	1,50
6u	PALITOS HELADO X 50 <i>no Hay</i>	201	0,70	4,20
1u	YOGURT X LT FRUT	447	2,00	2,00
200g	MORTADELA	101	8,00	1,60
2u	PICADILLO	212	0,70	1,40
1u	PAPELILLO	208	1,00	1,00
3u	SOBRE CARTA	401	0,10	0,30
3u	ESTAMPILLA X 0,75	400	0,75	2,25
1u	PRESTOBARBA	386	2,00	2,00
1u	SAVORA X 60G	232	0,80	0,80
1u	MAYODANX 250G	188	1,50	1,50
2u	CONSORCIO	33	0,30	0,60
HOJA 1/1			Total:	25,15

Se reciben giros y se cobran peculios

Visado

-1320
2195

Azucena Tulian

Recibí Conforme



A la otra terey
casi le doy con la
palo en tu la cabeza
y le juro los lantesa
la Meera

Postal enviada desde Nueva York por Belén.

En cuanto se dio cuenta de que la única manera de lograr un beneficio en la cárcel era con escritos a los juzgados y a la procuración, no paró más. Le pidió a Ángela el libro del Régimen Penal y empezó a reclamar por todo y por todas. Así que en cada visita te volvías con un listado de llamados para hacer al procurador penitenciario y varios escritos para entregarlos a la abogada. Ella me contaba: “¡Yo puedo pelearme, pero no sirve, te sancionan a vos y al que te jodió! ¡La única forma de que se muevan los milicos es con papel y lápiz!”

Con el poder de su pluma consiguió cursar estudios y terminó la secundaria en el CENS del penal. Participó de talleres y dictó uno de dibujo. Peleó por mejores condiciones para las trans dentro del penal: ellas debían compartir el pabellón con otros detenidos que por sus causas o por problemas internos no podían convivir con la población carcelaria.

Cuando ella llegó a Marcos Paz, enseguida se unió con sus compañeras para terminar con los abusos de los otros presos. ¿Cómo iban a aceptar el maltrato de personas acusadas de violación o delitos aberrantes? Que los “violines” manden en el pabellón de refugiados le parecía inadmisibles, así que escribió todas las denuncias y todas las demandas necesarias para conseguir el traslado de esos presos molestos, quienes hostigaban y abusaban de algunas chicas.

En esos años de detención, Claudia no paró de hacer cosas. Por teléfono se comunicaba diariamente con los que estábamos en el país y cada dos o tres días con La Rompe, que ya estaba asentada en Europa, o con Belén, que recolectaba en las organizaciones activistas de Nueva York material sobre derechos humanos de las minorías diversas, y se las enviaba por correo para que lo leyera.

Retomó la militancia desde adentro para volver a fortalecer a ATTA. Con las nuevas ideas y teorías que circulaban en el mundo de la militancia, en algún momento se agregó a las travestis la identidad transexual. En esa época, la Asociación fue presidida por Charo de Chivilcoy, hasta su muerte en el 2003. Luego fue sucedida por Julia Lagos y, posteriormente, por Marcela Romero.

En el pabellón de Marcos Paz, Claudia había instalado su oficina. Ella acaparaba uno de los dos teléfonos para ocuparse de los pedidos a la cantina del penal, de comunicarse con Ángela por su causa, de las denuncias al Servicio Penitenciario, de los temas de ATTA y de lo que pasaba en Europa.

Sus amigos La Beba, José y Marcelo, Los Sapitos, hablaban seguido con ella desde el penal:

Marcelo: —Ella te llamaba desde la escuelita (refiriéndose a la cárcel) y te hablaba de eso de militar, de luchar por tus derechos, de no dejarte caer, que las personas que estaban infectadas tenían que hacer el tratamiento, o que no lo dejaras. Siempre con esas cosas ella, para que todo el mundo saliera adelante.

Beba: —Todos los días llamaba, no hubo un día que no me llamara pidiendo tarjetas de teléfono (risas).

José: —O te llamaba al 19, al cobro revertido.

Beba: —(Imitando la voz de Claudia) ¿Bebita me compraste las tarjetas? ¡Pará que me traigo el cuadernito y anoto los números para usarlas! Yo me la imaginaba y ella una vez me contó. Ese teléfono era de ella, había dos teléfonos, y ese era de ella. Sentada en una banqueta con una maderita acá, y el cuaderno, la lapicera y anotando todas la tarjetas que le pasabas. Ella estaba hablando desde las 8.30 desde el Servicio Penitenciario hasta las 6 de la tarde todos los días que estuvo presa. Cuando la pasaron al lugar con resguardo, no hubo hora que no llamara; yo me la imagino como que tenía la oficina ahí al lado del teléfono con una banqueta, como me dijo ella, y anotando. Apar-

te, era primero llamar a todas las de la Argentina, cuando recolectaba las de acá, cortaba y reventaba una tarjeta porque necesitaba hablar con Belén, que estaba en New York, o Cintia, que estaba en México, que eran las que giraban dólares, que ella con eso tiraba más.

¿Tuvo novios La Gorda en la cárcel?

Beba: —Debe haber tenido un tendal. ¡Sergio! Ese el único, que la mujer era una gitana. El único, porque después tenía varios noviecitos (risas). Después mantuvo el novio de Chivilcoy, el pendejo, Patricio; se bancaron presos los dos al mismo tiempo. Cuando ella salió de la cárcel, se acabaron los tipos, el “pelotudeo”. Lo vio una vez a Patricio y lo sacó a cagar, y nunca más.

En esa comunidad que armaron las chicas en el pabellón, Claudia comenzó a proyectar un trabajo importante, que todavía, según sus palabras, ¡nadie había hecho! En esos días de encierro empezaron a confeccionar un listado de todas las trans muertas o asesinadas en los 80 y en los 90 en Capital y en el conurbano bonaerense. Esas listas, yo las sacaba cada quince días, cuando iba a visitarla, luego, al llegar a casa, las tipeaba y se las enviaba por mail a Belén. Ese pionero trabajo de reconstrucción de la memoria colectiva trans fue tejido entre las compañeras presas en sus charlas, entre mate y cigarrillos. Lamentablemente, a esos papeles originales, donde resaltaban con color si habían sido asesinadas por la policía o abandonadas en un hospital, no pude conservarlos. Porque en esos momentos uno no es consciente de la relevancia de muchas de las cosas que está viviendo.

A medida que avanzaba su detención, la abogada nos iba dando buenas noticias. La Gendarmería no tenía ninguna prueba contra Claudia, por tanto, estaba segura de que iba a ser absuelta en el juicio y de que pronto recobraría su libertad. Solo había que esperar el

momento del juicio oral. Lejos de relajarse, Claudia estuvo muy preocupada el último año y medio. En la cárcel se escuchaban muchas historias sobre las cosas que hacían los penitenciarios. En las visitas, me contó que había aprendido a hacer un sistema de seguridad en la puerta con un balde de agua y un toallón. No recuerdo con lujo de detalles, pero la idea era que si alguien abría abruptamente su celda, de arriba de la puerta caía el balde de agua, y en el piso, el toallón trababa el ingreso. Eso no contenía la entrada, pero le daba tiempo a defenderse. Cuando le pregunté por qué tenía miedo, me dijo claramente: “¡Porque soy inocente y la causa es un chiste! Los gendarmes no van a querer quedar mal ante la justicia, y entre milicos se defienden”.

Un domingo de visita de ese último año, vi venir a Claudia como siempre, sonriente. Pero enseguida me dijo que teníamos que hablar seriamente. Que tenía que prestar atención y que teníamos que actuar sincronizadas con Carolina y con la abogada. Simplemente porque de eso dependía su vida. Por primera vez me empezó a contar “las cosas” que hacían los penitenciarios con ellas. Cualquier beneficio o cualquier pedido que ellas hacían, como bajar a algún taller de educación, o ir al hospital, requerían de un “favor especial”. En algún momento del trayecto, ellas ya sabían que el milico iba encontrar un rincón escondido donde abusarlas.

En ese último año, Claudia tuvo otro episodio complejo con los guardias. Un día ingresó al pabellón un nuevo detenido. Enseguida se acercó para hablar con él y se dio cuenta de que era un varón trans. No puedo recordar su nombre, pero el caso llegó a ser plasmado en los diarios. Claudia puso en alerta a los penitenciarios, les avisó que era una mujer con identidad masculina, que debía ser sacada de ahí y trasladada a un penal femenino.

Los guardias se burlaron de ella; el detenido, además, era una persona en situación de calle, no tenía familia ni abogado que reclamara por sus derechos. Claudia no paró, principalmente porque la vida de ese detenido corría mucho peligro si los demás presos se enteraban. Logró que el caso llegara a la justicia; el fiscal actuó inmediatamente y

ordenó su traslado a la unidad penal del Hospital Neuropsiquiátrico Braulio Moyano.

Según Claudia, ya venía acumulando broncas por parte de los milicos, ya que ese caso provocó sanciones para los responsables de no haber hecho la revisión física correspondiente. En la visita me contó que, en una de estas tantas veces que tuvo que dejarse “coger” por el milico, logró esconder el preservativo en su cuerpo. Que ese preservativo se lo había dado a Carolina, que yo tenía que pasar ese mismo día a buscarlo y que lo guardara en el freezer. Yo no entendía nada, me daba miedo, no entendía qué quería hacer. Me dijo: “No se habla más del tema acá, algún día te voy a decir que se lo lleves a Ángela: ¡Es una carta para proteger mi vida!”.

El tiempo pasaba y todo marchaba tranquilo. Cada vez faltaba menos para el juicio. Un día en el salón de visitas le dije: “¡Che, Gorda, ¿qué vamos a hacer con eso que me diste, sigue en el freezer?!”. “¿De verdad lo guardaste?”, me preguntó. “Obvio, Claudia, vos me dijiste que era importante”, y recuerdo que su cara se iluminó, quedó pensativa un instante y me dijo: “¡Mañana se lo llevas a Ángela bien temprano! ¡De lo demás me encargo yo!”.

Denuncia del abuso presentada por Angela Vanni.

ACOMPANA DENUNCIA

Señor Juez:

Angela Vanni, defensora de [REDACTED] BAUDRACCO,
detenido en el complejo Penitenciario N° 2 de Marcos Paz, en el marco de la causa
2303, "Flores Castillo, Fernando y otros s/infrac. Ley 23.737, a V.S. digo:

Que mi defendido me ha remitido la denuncia que se adjunta, con la
prueba material que se acompaña.

En la misma se relata que fue abusado sexualmente por siete
integrantes del Servicio Penitenciario y que fue amenazado con simularse una fuga
durante un traslado, en caso de realizar esta denuncia

Teniendo presente lo expuesto, vengo a solicitar se ordene el traslado
inmediato a una dependencia que no esté a cargo de la Penitenciaría Nacional, ya
que al hacerse la presente denuncia, está exponiendo su vida.

Tenerlo presente y proveer de conformidad



SERA JUSTICIA.-

ANGELA G. VANNI
ABOGADA
T° 52 - F° 894

TE. 4383-8445
15-31-22-46-16

Argentina Centro de Medios Independientes ((i))

El artículo original está en <http://argentina.indymedia.org/news/2005/07/306311.php> Imprimir comentarios.

DENUNCIA: PELIGRA LA VIDA DE UNA TRAVESTI DETENIDA.
Por Reenvio Agencia Walsh - Monday, Jul. 04, 2005 at 7:33 PM

La Asociación de Travestis, Transsexuales y Transgénero de Argentina, denuncia que corre peligro la vida de Claudia Baudracco, travesti detenida hace casi tres años. Claudia denunció a miembros del servicio penitenciario por violación. Solicitó entonces, traslado a un lugar de detención que no dependa del servicio penitenciario. No le fue concedido. Hoy temen por su vida.

Argentina: necesitamos el traslado de claudia.

Claudia Baudracco, travesti, fue detenida hace casi tres años en una causa en la que su único delito es haber sido amiga de una persona implicada. Fue alojada en el Complejo Penitenciario II, en un pabellón donde son alojados travestis, gays y violadores.

Como militante de ATTTA, Asociación de Travestis, Transsexuales y Transgénero de Argentina, Claudia comenzó, desde el principio de su detención, a trabajar para mejorar la vida de los detenidos en la Unidad.

Creó talleres, empezó a estudiar secundario, inglés y a reclamar la medicación para las personas que viven con VIH/SIDA, como así también los suplementos alimentarios, ya que la dieta penitenciaria no es la adecuada para cualquiera que necesite alimentos especiales.

El día 30 de mayo de 2005, en horas de la tarde, fue llevada por personal penitenciario a la peluquería del penal y allí tuvo que participar en una "fiesta" preparada y ejecutada por el jefe de Módulo, el Jefe de Pabellón, un Inspector y 4 celadores. Por razones de supervivencia, fingió acceder y al retirarse de la peluquería, se encontró que uno de los guardiacárceles le había dejado un preservativo con semen, en su recto. Con esta prueba, envió por medio de su hermana, dicho preservativo para que fuera realizada la correspondiente denuncia. Es de destacar que jamás se hizo una denuncia de este tipo, con pruebas. Se radicó en el Juzgado Federal N° 1 de Morón, el 6 de junio. Por supuesto, lo primero que se pidió, fue su alojamiento en una unidad que no dependa del Servicio Penitenciario. En respuesta, los Jueces del Tribunal Oral Federal N° 1 de La Plata, solicitaron el régimen de resguardo, que consiste en aislar al detenido en un pabellón donde está en una celda individual, solo. Se procedió al resguardo y aislamiento de Claudia, en un lugar donde no existen cámaras de televisión, a fin que se pueda grabar cualquier suceso que ocurra en el lugar.

El Ministerio del Interior ha ordenado a los jueces de todo el país que no remitan detenidos a ninguna de las fuerzas de seguridad que dependen de él, Gendarmería, Marina, etc. Por ello, los jueces de La Plata no remiten a Claudia a otro lugar de detención y la mantienen en un lugar donde fácilmente, puede ser agredida, envenenada, etc., sin que se pueda obtener ninguna prueba. La "cuidan" los mismos que denunció por violación.

Por ello, venimos a solicitar a todos los grupos interesados en que se respeten los derechos humanos que envíen una petición al Ministerio del Interior, a fin de que autoricen que Claudia Baudracco sea trasladada a otro lugar de detención que no dependa del Servicio Penitenciario.

Muchas Gracias.

Angela Vanni

Abogada ATTTA

Marcela Romero

Coordinadora General responsable ATTTA

Repercusiones sobre el abuso.

Para mí era una locura, yo en el fondo estaba convencida de que la iban a matar. Pero ella sabía lo que tenía que hacer. En el mismo momento en que llamó al juzgado para denunciar la violación, la aboga-

da hacía entrega de la prueba y logró que le dictaran tres resguardos físicos. En esos últimos meses, Claudia fue aislada por su seguridad en un pabellón especial. Logró también ser llevada al hospital de General Rodríguez para ser operada. Esa estancia en el hospital fue el anuncio de su futura libertad. En esos tres o cuatro días que estuvo internada, su habitación fue un desfile de chicas trans, de amigos. Se hizo llevar todo lo que no podía comer en el penal; le arreglaron el pelo, le hicieron la tintura, todas esas cosas que estaban prohibidas. Si bien el guardia tenía que estar con ella en la habitación, en un momento, desbordado por la situación, se fue y se quedó en la puerta. La Gorda, en chiste, decía: “¡No aguantó ver tanto puto junto!”.

En la primavera de 2005, entre septiembre y octubre, llegó el momento del juicio. Claudia se encargó de avisarles a amigos y activistas para que presenciaran ese proceso. Yo fui eximida de tal evento, porque según ella ya había aguantado mucho con las visitas todos los fines de semana.

La abogada Ángela Vanni recuerda el momento en que La Gorda fue absuelta:

¡Fue una sorpresa para mí! Porque yo venía con una idea preconcebida de tanto trabajar con la policía. Yo siempre decía: “Si la instrucción la hace la policía, yo te gano el juicio; si la instrucción la hace Gendarmería, ¡ahí vamos a verlo, porque los gendarmes son serios!”. ¡Minga, qué va! ¡Son peores, son tan mierda como los de la Federal! Bueno, en La Plata la acusaron de atrancar los documentos, las visas de Estados Unidos para hacer los viajes. Todo eso indicaba que tenía alguna cuestión de manejo ilegal. Y yo te digo: mi intuición siempre me ha ayudado en eso. Cuando me tocó preguntarle a mí al cana –era un oficial–, parecía que se había metido un cassette acá (tocándose la cabeza), y tiraba fechas, lugares, números de teléfonos todo.

Había cuatro o cinco defensores, y una dijo: “Yo a este ni le pregunto nada”; “yo sí”, dije, y le empecé a preguntar sobre Pía. Resulta que, según él, Pía se había mudado de donde vivía a otro lugar justo cuando estaban todos esos quilombos, para escaparse. Entonces yo le dije: “¿Cuánto tiempo pasó entre que se mudó y el episodio ese?”. “Y... pasó mucho”. “¡No, dígame! ¿Una semana, quince días, dos meses, tres meses...?”. No fue una semana, por eso la absolvieron. Venía con todos los datos tan informado, que decías “este sabe cualquier cosa”, y no sabía un carajo. Después, estaba la otra causa durante esa detención, que ocurrió en Lomas, cuando la violaron. Un día me llamó y me dijo: “¡Vení que necesito darte algo!”. Yo fui, me dio un papelito y me dijo: “Acá está la prueba de que me violaron”. Por eso cayeron cuatro o cinco policías. Sí tuvo una fiscal; nunca me fije el nombre, pero estuvo espectacular la mina esa, incluso a mí me llamó varias veces, y yo me enteré por ellos que habían condenado a los policías. Yo lo hice todo de callada, no es que salía con el diario. En *Página/12* debe estar porque yo me acuerdo de haber visto esa nota.

LAS12

VIERNES, 15 DE JULIO DE 2005

VIOLENCIAS

Zona de riesgo

Una cárcel de varones es el destino para las travestis que han delinquido. Así lo dispone el sistema penal, indiferente a lo que puede provocar un cuerpo femenino en un lugar (de encierro) donde la violencia sexual es un modo de disciplinamiento y control. Claudia Baudracco es la primera travesti que denunció haber sido violada, en el mismo hecho, por siete agentes penitenciarios. Pero sigue en el mismo penal, solo que como “protección” la aislaron y le cortaron su derecho al estudio.

Por Roxana Sandá

12

12

12

12

Dice que los hospedamientos persisten y sobrevuelan aún más lo ocurrido hace menos de dos meses en la enfermería del penal de Marcos Paz, cuando siete penitenciarios la violaron durante una “fiesta” sorpresa (para ella) y la despacharon de regreso a su celda. “Me hostigan para que levante la medida extrema de seguridad, alegando que así podrá compartir los espacios comunes con el resto de los internos” del módulo 3, pabellón 8, que por ser travesti le corresponde habitar junto con otras compañeras, violadores y gays.



Continúa la nota:

A esta altura de los sucesos, nadie duda de que los “hostigamientos”, como ella define el sistema de aprietes, son, sin mayores eufemismos, portales de entrada al riesgo de perder la propia vida, sobre todo por tratarse de la primera travesti que denunció haber sido violada por personal penitenciario en una cárcel federal.

Claudia Baudracco está presa hace tres años, procesada por un delito que, advierte, no cometió, y la afirmación no debería llevar a sorpresa, vista la cantidad de presos que en los últimos tiempos fueron liberados tras comprobarse su inocencia y las groseras irregularidades judiciales que suelen rodear las causas penales.

“Su único delito fue conocer a Carla, otra travesti que estaba implicada en una historia de drogas. Claudia, que siempre tuvo una participación activa desde la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgénero de la Argentina (Attta), entendió que debía ocuparse del caso de esa compañera, pero la relación con otro de los implicados terminó enredándola y la Justicia le adjudicó el rol de ‘reclutadora’ de una supuesta banda de narcotraficantes”, explica su abogada, Angela Vanni, quien desde el 30 de mayo último –con la lógica que impone el instinto de supervivencia– recorre los tribunales de Morón, donde se atienden las cuestiones relacionadas con los intramuros de Marcos Paz, reclamando que el juzgado federal correspondiente disponga el traslado de Baudracco a una dependencia de seguridad por fuera del Servicio Penitenciario.

“Es desesperante, porque desde el mismo juzgado no me dan opción; no puedo hacer nada por su traslado”, se lamenta Vanni. “El Ministerio del Interior ordenó a los jueces de todo el país que no remitan detenidos a ningún ámbito de las fuerzas de seguridad que dependan de esa

cartera. Por eso ni en Morón, donde me dijeron que ellos no pueden hacer nada, ni en los juzgados de La Plata, adonde también me dirigí, dispusieron trasladar a Claudia. Y como alternativa eligieron la peor: ahora la mantienen dentro del mismo penal, en una celda de resguardo custodiada por los compañeros de los penitenciarios que denunció”.

En estos días se está convocando desde ATTTA y otras organizaciones de derechos humanos a todas las agrupaciones que se interesen por el futuro de esta travesti, para elaborar una petición al Ministerio del Interior en la que se solicite su traslado a un lugar de detención que no esté bajo injerencia del SPF.

La semana del lunes 30 de mayo comenzaba sin demasiados sobresaltos, excepto por las grescas de costumbre, algunos pleitos de pabellón o las prepeadas sin sutilezas de guardiacárceles cebados. Quizá por ese conocimiento del paño, a Claudia no le despertó curiosidad que a la tarde fuera llevada por un guardia a la peluquería del penal, donde a puertas cuidadosamente cerradas debió participar en una fiesta sexual encabezada por el jefe de Módulo, el de Pabellón, un inspector y cuatro celadores.

Al cabo del magreo de su cuerpo, la aceptación fingida para prevenir cualquier posible sed de lastimar, las penetraciones reiteradas, las risotadas de machos con ánimo de poseer y un clima de acogedora impunidad, Claudia se retiró del salón de peinados carcelario hacia algún sitio donde rearmarse. Un recreo corto en el infierno.

“Mientras se recomponía y aseaba, extrajo de su recto un preservativo con semen que había utilizado uno de los guardiacárceles, y la decisión llegó en ese instante, observando ese objeto mientras lo sostenía con la punta de sus dedos: lo convertiría en la prueba fundamental de su

denuncia –detalla Vanni–. Lo guardó cuidadosamente y se lo entregó a su hermana para iniciar las pericias correspondientes y convertirlo en la prueba fundamental de su denuncia”. La causa se abrió el 6 de junio en el Juzgado Federal N° 1 de Morón que tramita, sí, pero no protege, por impotencia normativa.

La celda adjudicada a Baudracco en el marco del régimen de resguardo que ordenó el Tribunal Oral Federal N° 1 de La Plata “es, en realidad, un sistema de protección contra las posibles agresiones que pudiera sufrir de otros internos, no alcanza de ninguna manera la situación delicada en la que se encuentra Claudia”, enfatiza su abogada acerca de la celda 3805, que ni siquiera cuenta con cámaras de televisión en alguno de sus ángulos a fin de registrar cualquier hecho de violencia explícita o solapada que pudiera ocurrirle.

“Me visita un médico por la mañana y otro por la tarde, para corroborar si tengo lesiones. Salgo a las duchas de 12.30 a 13 y hablo por teléfono, algunos días más, otros menos minutos. Me facilita el compartir con las chicas, el hecho de que la puerta tiene reja intermedia entre la otra puerta ciega y la celda. Además recibí gestos de solidaridad de parte de mis compañeras y en algún momento se pensó en organizarse desde adentro, pero se teme a las represalias que se hacen notar en el módulo 1 pabellón 4”, como refiere Claudia al área dura del complejo donde, por dar algunos ejemplos, no se habilita teléfono, recreación de patio ni campo de deportes. “De todas maneras, estoy con las travestis Flopi y Celeste, y con Carlos, un compañero gay, que me ayudan, junto con la psicóloga Gabriela Campos, a olvidar el mal momento que cada día recuerdo como cuando uno despierta de una pesadilla”.

Ese resto de horror que suelen dejar los vejámenes carcelarios continúa flotando en los pasillos del penal, donde algunas compañeras todavía ven pavonearse a los jefes que participaron de la encerrona en la peluquería, adjudicándose la autoría de la violación o, lo que es más grave aún, que los siete penitenciarios involucrados continúan en actividad. “Yo no los vi más, ya que pasé a otro módulo, pero se sabe quiénes fueron y que siguen en funciones. Además, según otros compañeros de trabajo que preguntaron por lo que ocurrió, uno de ellos contestó ‘ya fue’, con gesto de desdén”.

Desde los primeros tiempos de su detención, Claudia decidió sobrellevar lo que entendió como una larga temporada bajo la sombra con el inicio de la escuela secundaria, la creación de talleres de pintura, el armado de un grupo que realizara actividades destinadas a los ciegos y el reclamo de medicación y de suplementos dietarios para los internos con vih/sida, ya que la alimentación que provee el SPF no cubre requerimientos básicos.

“Llegó a Marcos Paz y armó un revuelo de organización entre la gente –sonríe Vanni–. Quería aprovechar su tiempo y tratar de hallarles solución a infinidad de falencias que descubrió al llegar”. En los códigos carcelarios, y para una travesti, acercarse a esa categoría de defensa de los derechos humanos tiene un precio tanto más alto que el clásico de “apoyar el culo en la reja”.

En una entrevista reciente publicada por el área de estudios *queer* del Centro Cultural Rojas, Esteban Costa, titular de la cátedra de Ética y Discriminación que se dicta en el Centro Universitario de la cárcel de Devoto (CUD), se pregunta: “¿Qué ocurre con una travesti en la cárcel? La condición travesti interroga de hecho la división por género, pero la institución lo resuelve de manera expeditiva:

las travestis están en la cárcel de hombres. Este hecho, que se vive como natural, debe ser objeto de una profunda reflexión. La presencia de un cuerpo femenino en una cárcel de hombres genera un factor de tensión. Especialmente cuando estos hombres, a consecuencia de la reclusión, se encuentran sometidos a una restricción de sus intercambios sexuales”.

Baudracco no ignora la situación de riesgo a la que se somete a una travesti cuando ingresa al universo carcelario, pero tras su entrada a Marcos Paz intuyó que la condición del estudio en las cárceles puede ser “un embrión de libertad”, a decir de Costa (por caso, la cátedra que se dicta en el CUD surgió a partir de la demanda espontánea de una travesti, Jorgelina Berardo, que sumó entusiasmos entre los reclusos para promover la iniciativa). Por las cuestiones de seguridad que decretó el tribunal platense, la vida en la celda 3805 transcurre bajo el régimen de “resguardo físico” en un sistema de semiaislamiento: esto es que ni siquiera permiten que prosiga con sus estudios, con lo cual al día en que fue victimizada le siguieron un glosario de absurdos que ocultan el sobrecastigo bajo un paraguas falso de protección. “Las autoridades de Educación prometieron facilitarme el material para dar libres las diez materias del último año, con lo que completaría la secundaria para continuar una carrera libre o el CBC el año próximo, y realmente espero que se dé”.

Claudia intenta manifestarse en esa resistencia del estudiante preso que se opone a la voluntad única del sistema carcelario, esto es, entenderla solamente como recluso, pero la desespera el peligro de los borcegués pisándole los talones. Conoce de sobra que con algunas instancias autoritarias no se juega.

La Beba, Marcelo y José le hicieron el aguante en la previa y durante el juicio:

Beba: —No me olvido de la cara de ella el día que salió del juzgado. Salió y estábamos todos llorando y gritando en la puerta como desaforados (risas). ¡Y así salió de gorda, estaba que explotaba la hija de puta! Dije: “Vamos a tomar un taxi”. “Quiero caminar”, me dijo. Y caminamos. Las cuatro audiencias en que estuvo ella presente, fuimos nosotros. Y en la última fue que la liberaron. Ahí contó lo del milico, que ella estaba terminando de pintar, cuando él vino y le sacó la pistola y le dijo: “Ponete así que me la vas a chupar”. Y siguió su relato: “Le dije que no, me puso el arma en la cabeza y me hizo pasar para el otro cuartito, me hizo correr las cámaras”.

José: —¡Ahí ella escondió el forro y lo cagó! Ella guardó la evidencia.

Beba: —Un año y medio lo tuvo guardado en el freezer. Pero al chabón (penitenciario) supuestamente lo habían transferido y después terminó volviendo al mismo lugar. Y cuando se la cruzó en el pasillo y la volvió a amenazar, ahí ella hizo la denuncia, y estaba de testigo el jefe del penal, que estaba en el pasillo llevándola a ella cuando el otro la increpó y le dijo todo lo que le dijo.

José: —Y ahí presentó el ADN del policía que la violó.

Beba: —En el juicio nos hizo reír y nos hizo llorar.

José: —Ella se tomaba todo a risa, se cagaba de risa de todo y nos hacía reír a todos. Los jueces se cagaban de risa. Yo no me voy a olvidar nunca de las pelotudeces que

decía ella. ¿Pero todo, para qué? Para agarrar y que todo el mundo le creyera a ella, y fue así. Todos le creyeron a ella hasta que dijeron “absuelta”.

Beba: — “¡Yo, su señoría, lo único que le quiero dejar claro es una cosa: la amistad no es un delito!”. Cuando leyeron los alegatos que la declaraban libre de culpa y cargo, y le leyeron el alegato del porqué, la jueza usó exactamente las mismas palabras: “¡No se puede demostrar ni comprobar ni alegar que la amistad sea un delito!”. Y ahí empezamos a gritar. “Su señoría, la van a dejar salir ahora, ¿no?”. Y nos miró así, y dijo: “Anoten en los folios que se retira de tribunales”. A los demás no, los trasladaron a todos, uno solo iba a salir, pero lo llevaron al penal. Y a ella la dejaron irse porque los tres jueces votaron libre de culpa y cargo.

Libertad y militancia furtiva. 2005-2012

Una vez que escuchó el veredicto de los jueces, Claudia salió por la puerta grande del Tribunal, rodeada de amigos y amigas. A partir de ese día, su vida fue un torbellino de actividades, viajes y proyectos. Apenas recuperó su libertad, vivió unos años en mi casa, en Quilmes, desde fines de 2005 hasta fines de 2010. Luego volvió a su adorada Ciudad de Buenos Aires, estaba más cerca de su familia, de las oficinas de los ministerios, de los bosques de Palermo y de las terminales.

Estuvo un tiempo con Jéssica Daiana Gómez, hasta que un viejo amigo suyo le alquiló un departamento en el barrio de Balvanera, muy cerca de su madre. Esos años en prisión habían generado un gran cambio en Claudia. Entendió que debía integrarse a un trabajo formal o bien continuar sus estudios. Solo de esa forma podía intensificar su militancia. Apenas fue liberada, se anotó en la Universidad de Lanús para rendir el ingreso a la carrera de Trabajo Social. Realizó el curso introductorio y lo aprobó, pero al cabo de unos meses tuvo

que abandonar los estudios, porque el ritmo de su actividad era meteórico.

En los últimos meses de 2005 y comienzos de 2006, retomó una lucha sostenida, sin descanso ni pausa, para fortalecer la consolidación de una red nacional de ATTTA. En cada provincia estableció referentes de la organización, quienes debían pelear por la derogación de los edictos, y establecer nexos con las autoridades públicas en materia de promoción de derechos, salud, identidad y trabajo.

La cuestión del acceso a la salud era vital para ella. Por su propia experiencia, tenía claro que las chicas no iban al hospital a realizar ningún control, aun sabiendo que tenían vih. Por eso empezó a recorrer despachos ministeriales, conoció a las coordinadoras del programa de vih y a médicos de hospitales públicos, con quienes debatía y exigía la puesta en marcha de consultorios inclusivos o amigables. Claudia decía siempre: “Las chicas se acuestan a las siete u ocho de la mañana, hay que generar espacios de atención después del mediodía, con personal que esté capacitado en tratar con respeto su identidad”, ya que las infecciones de transmisión sexual hacían estragos por la falta de control y seguimiento.

En este marco, inició un trabajo en el Hospital María Ferrer, de la Capital, junto al doctor Oscar Rizzo. Con él avanzó sus primeros pasos en la concreción de consultas médicas para las chicas trans, especialmente en las que se encontraban ejerciendo el trabajo sexual callejero. De esta manera, establecía un día a la semana para que las chicas que se acercaran al hospital encontraran a una compañera, un médico y una trabajadora social que estuvieran abiertos a entender sus problemas de salud y sus circunstancias de vida. Es sumamente relevante rescatar estas primeras experiencias que, en la actualidad, se han logrado formalizar en diferentes provincias, con la creación de los consultorios amigables orientados a problemáticas de salud específicas de la comunidad trans.

En esos vínculos gestados con los profesionales de los Ministerios de Salud encargados del área de vih, logró implementar el reparto

gratuito de preservativos, la entrega mensual de la medicación y los talleres de capacitación para médicos y personal del sistema de salud público.

Entre octubre y diciembre de 2006, Claudia encabezó por todo el interior la vigilancia epidemiológica financiada por ONUSIDA, que arrojó un resultado alarmante para las autoridades, pero naturalizado entre las chicas: el 33 % de la población trans convivía con el virus, es decir, de tres compañeras, una tenía vih, sin llevar adelante, en la mayoría de los casos, un tratamiento y un control médico.

En 2007, las estadísticas fueron presentadas formalmente por ONUSIDA en Buenos Aires, y se implementaron cursos de derechos humanos y prevención de las enfermedades de transmisión sexual para las compañeras referentes de las filiales de la organización en diferentes puntos del país.

Entre finales de 2005 y el año 2008 –si bien ATTTA inició sus primeros contactos con diferentes profesionales de la administración pública–, en sus niveles nacional, provincial y municipal continuaba siendo central y fundamental el aporte económico que realizaban las compañeras migrantes, quienes se desempeñaban, en la mayoría de los casos, como trabajadoras sexuales en Estados Unidos o en las principales capitales europeas. De esos giros por Western Union que Claudia cobraba en alguna sucursal argentina surgía gran parte del alquiler de las primeras oficinas (la ubicada en Corrientes casi Pueyrredón), o bien se destinaban para cubrir esa militancia federal que llevaba adelante Claudia: provincia por provincia en tren, ómnibus o avión.

En uno de los talleres, Claudia completó este cuadro:

Como me ven			
La familia, pareja	La organización	La gente con la que trabajo	Yo misma
<p>Como alguien con quien contar en los momentos difíciles, mi carácter patido e imitable por con ellos.</p> <p>en la pareja no se entra y no da lugar a tener a alguien a su lado desconfiada y oculta.</p>	<p>Por una líder que solo muestra su dureza y no desea pero si me expone sin medidas cuando algo me conviene.</p> <p>Premeditada con Verónica.</p>	<p>Pienso que cuesta mucho decirnos las cosas y a veces profieren basar el momento y otras veces callar.</p>	<p>Como alguien que no puede estar sola y con un temperamento alterable cuando no expreso la realidad de mis atibajos.</p>
<p>Como me veo en el futuro:</p> <p>No me veo pero desearía que se me vea como a cualquier mujer de la tercera edad tranquila con paz y con todos o casi todos los proyectos personales concretos -</p> <p>¿Como vemos a nuestra comunidad con la que trabajamos?</p> <p>Como muy demandante pero sin su líder no serían</p>			

mostrarse en los momentos difíciles, débil
o Vulnerable •



En esa etapa, los amigos argentinos y las chicas residentes en el exterior pusieron en marcha un sistema de ayuda económica, para que Claudia pudiera llevar a cabo su actividad hasta que consiguiera algún trabajo estable. Su renta, entonces, estaba compuesta por las remesas enviadas desde afuera y por el dinero que juntaban La Beba, Marcelo y José de sus respectivas actividades. En tanto, la realización de los viajes por el interior del país lo llevaba adelante a través de los pasajes gratuitos que conseguían algunas compañeras con el certificado y pase de discapacidad. Junto a Patricia Rasmussen, Jéssica Peralta o Soledad Silva recorría habitualmente los más recónditos lugares del país, para organizar y luchar contra la discriminación y la persecución policial.

A fines de 2006, se concretó el primer encuentro nacional de ATTAs en el hotel Los Dos Chinos, en pleno barrio de Constitución. Este evento se repitió por varios años en distintas provincias, para establecer planes estratégicos de actividades y fortalecer su integración a espacios regionales. Justamente, en esos congresos empezaron

a ser discutidas las propuestas e intervenciones sobre el derecho, aún postergado, de acceso a la identidad.

Desde 2008, Claudia iniciaba una serie de viajes por Latinoamérica y por algunas ciudades europeas en calidad de representante argentina en la Red Latinoamericana de personas trans (REDLAC-TRANS), y por su rol activo en los espacios vinculados a la lucha y prevención del vih. A partir de 2009, aportó todas sus fuerzas en la promoción y, finalmente, sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario, al tiempo que daba sus primeros pasos junto a las compañeras de ATTTA en la lectura y debate del proyecto de ley de identidad de género en el III Encuentro Nacional de Personas Trans en la provincia de Córdoba¹⁶.

Otra causa importante de su militancia estuvo concentrada en las condiciones de vida y detención de las personas trans privadas de la libertad. Sus visitas y sus reuniones con los directivos del sistema penitenciario lograron establecer en los penales federales los pabellones exclusivos para las trans, quienes, en la mayoría de los casos, eran ubicadas en los espacios de resguardo físico junto a los condenados por delitos sexuales.

En 2009, se vinculó con organizaciones de usuarios de drogas y de cultivadores cannábicos. Claudia nunca desconoció su apego a la cocaína, y comenzó a leer sobre los métodos de reducción de daños. Por su propia experiencia, sabía que era algo sumamente difícil cortar súbitamente, por eso le pareció interesante la idea de un consumo cuidado. Además, se convirtió en una defensora del uso recreativo y terapéutico de la marihuana, defendiendo el cultivo y promoviendo las primeras copas y reuniones cannábicas en la zona sur del conurbano.

Durante 2010, respaldó con todas sus fuerzas la aprobación del Matrimonio Igualitario y defendió la discusión del proyecto de ley

¹⁶ El proyecto de ley (expediente N° 5259-D.2007) inició el recorrido parlamentario el 16/11/2007 con las firmas de Silvia Augsburguer, Laura. J. Sesma, Miguel. L. Bonasso, Leonardo A. Gorbacz, Delia B. Bisutti, Norma. E. Morandini, Carlos. A. Raimundi, Claudio Lozano, Eduardo. A. Di Pollina, Remo G. Carlotto, María del Carmen Rico y Marcela V. Rodríguez.

de género en las comisiones de Legislación General y Justicia, con el fin de lograr su pronta sanción. Sus últimos años de vida fueron dedicados íntegramente a la militancia y a intentar remediar su complicada salud. Como referente de ATTTA, recorrió todo el país con el fin de extender nexos entre la comunidad trans y las instancias públicas de salud y desarrollo social. También se encontró en sus viajes con las emergentes experiencias LGTB de los varones trans, quienes cobraban visibilidad en los movimientos y organizaciones LGTB. En parte, por el impulso y las directivas de Claudia, los varones trans comenzaron a ganar su espacio dentro de ATTTA, como un grupo particular con sus demandas y exigencias que se integraban a la lucha de la organización.

En 2008 o 2009, quedó encantada con la Villa Rosa que existía en la zona del delta de Tigre. De hecho, intentó instalarse en el lugar pero luego desistió por su intensa rutina. Claudia sentía que no podía parar ni para tomar impulso. Entonces, te veías un rato entre una reunión con un diputado, entre una entrevista con algún medio o a la salida de algún hospital, donde iba a llevarle víveres a las chicas internadas.

En estos últimos años, 2010 y 2011, su figura cobró gran notoriedad por su incansable tarea y por la constante presión que ejercía sobre los funcionarios y administradores de las políticas públicas, puntualizando sobre todo en la identidad de género, en el acceso al sistema de salud y en la promoción de derechos.

Para nosotros, para nuestra familia trans que habíamos construido en esos años 90, era muy difícil seguirle el ritmo de vida a La Gorda. Viajaba a una provincia por dos o tres días, volvía, se quedaba dos días en Buenos Aires, y se tomaba un avión para participar en un congreso internacional. Sus temas de conversación habían cambiado, sus intereses no eran los mismos. Estaba obsesionada con el cambio, esta vez no podía fallar, tenía que alcanzar esa transformación tan añorada en los años 80 y 90: “¡No hay tiempo, las chicas se siguen muriendo a los treinta y pico!”. En mi caso, hablaba mucho de polí-

tica con ella. Me contaba de sus reuniones con funcionarios y de su diálogo con varios espacios del kirchnerismo y de la izquierda, con el fin de impulsar, específicamente, la Ley de Identidad de Género. Obviamente, discutíamos mucho, mi formación ideológica me producía un profundo descreimiento de los intereses del gobierno.

Con el correr del tiempo, me di cuenta de que a muchos de nosotros nos pasaba lo mismo. La Gorda se había convertido, nada más y nada menos, que en una de las principales referentas a nivel nacional y latinoamericano. Su vida era diferente y a todos nos costó acostumbrarnos a su nueva rutina. Además, ya había conseguido un trabajo formal y estable en el Estado, en las dependencias del INADI y en el Consejo de la Mujer. Así que hablaba todo el tiempo de trabajo, en esas horas que nos encontrábamos te explicaba la situación de las trans en Colombia y las peleas internas de la Cámara de Diputados.

Pero seguíamos manifestando nuestro cariño, como siempre, en juntadas con mucha comida y mucha marihuana. Eso no lo había cambiado, su tenacidad y su desparpajo estaban potenciados. Nos contaba cómo fumaba en algún rincón escondido del Congreso o cómo se sacaba su remera y mostraba su torso mutilado ante profesionales y funcionarios: “¡Si no entienden por las buenas, que entiendan por las malas! ¡No podemos esperar sus tiempos!”

La Beba, Marcelo y José también se dieron cuenta de que La Gorda estaba transformada, viviendo deprisa para concretar todos sus planes:

Beba: —Arrancó a *full* con la militancia, no paró. La veía una vez al mes y en el transcurso en que no estaba era porque estaba en Córdoba, en Santiago del Estero, en Tucumán, en La Rioja, en Catamarca. Se iba a Panamá volvía y te decía: “Estoy en Córdoba”. Me acuerdo conversaciones: “¡Gordita, fijate que está fulana tirada en el Muñiz, está solita, fijate que vaya una a verla, que le lleven un poco de

comida!”. Ella decía: “No tiene nada que ver mi vida privada con la militancia, mi militancia es otra cosa. De mi vida privada pueden decirme lo que quieran porque soy la peor de todas, pero estamos hablando de militancia y derechos humanos, y los derechos son de todas”.

Marcelo: —Iba con los tápers con comida al Muñiz y se metía en los pabellones de las chicas. “¡Dale, comé un poquito!”. Les hablaba a todas las chicas internadas mal, terminales. Y a muchas levantó, algunas que estaban terminales salieron caminando con ella.

Beba: —Ella tenía que tener siempre algo para comer y un porro en la boca. Para La Gorda, la reunión y la comida eran importantísimas.

José: —Ella vivía comiendo, pero después te decía que el tomatito le cayó mal. “¡El juguito de naranja me cayó pesado!”.

Beba: —Dale, Gorda, hace tres días que no dormís, cinco litros de fernet, te comiste todo y te cayó mal la naranjita del día después (risas). Creo que su legado fue la perseverancia, el no rendirse: “Si no luchás por lo que querés, nadie te va a regalar nada”. Donde no la querían, ella pateaba la puerta y entraba, sea juzgado, ministerio, hospital o lo que fuere. No había medicación para las chicas y yo me acuerdo que fuimos y pateó la puerta de Silvana Di Lorenzo, que era secretaria de Alicia Kirchner en ese momento, y le pateo el escritorio. Era mi madre, mi amiga, mi hermana.

Marcela La Rompecoches cuenta que la acompañó en varias aventuras en esos últimos años frenéticos:

Cuarenta mil viajes hice con ella, el último en 2010, que fuimos en el Urquiza dorado, diez horas de ruta de ida a Santiago del Estero, a lo de Luisa; para volver estuvimos en el tren veinticuatro horas. Salvo el camarote, me comí hasta la locomotora, y El Gordo (Pía) que quería darle al churro: “¡Fumá ahí arriba, déjate de joder!”. Yo me tiré en la cama de abajo, y ella: “¡No, vos siempre el mismo prostituto!”. “¡Dale, fumá y déjate de joder, Gordo; dormite un rato!”. Hasta que no aguantó más y fuimos al comedor y casi nos echaron a la mierda, nos querían llamar a la policía. Se puso a fumar en el coche comedor, estaba loco El Gordo, yo no le decía nada. Ella era muy marginal, muy transgresora. Con el primer acv que tuve me vino a visitar a París, pero yo no estaba; ese día salía de estar internada. ¡Qué hijo de puta, vos imagináte una persona convaleciente recién salida con un acv y ella que quería llevarme a conocer la torre Eiffel! “¡Vamos, yo te llevo a vos, yo te llevo a vos!”. Me cazaron del hombro dos grandotas y patitas en el aire me llevaban. Fuimos a conocer la torre Eiffel y La Gorda se trajo churro de Madrid y fumó, y conoció a mi sobrina la Samira. Yo estaba como loco: que algún congreso le cayera en Europa y le coincidiera con mis días de franco; lo que no iba a pensar es que yo iba a estar con un acv. No estaba entera ¡Bah, nunca estuve muy entera! Después de ese viaje me compré la Cross Fox, y yo estaba enemistada con La Gorda. Que fue ese día que fuimos a bendecir la camioneta a San Nicolás. Y ahí no tuvo mejor idea que decirme: “Vamos a lo de la operada que se hace la mujer; vamos allá, nos quedamos a dormir y al otro día nos organizamos, que hay una marica presa en Rosario”. Y bueno... vamos. Fuimos a bendecir la camioneta, todo

bien. Pasamos la noche, me comí como cuarenta chongos del castrado, que fueron a buscarla a ella. Y encima faltaba uno porque el duelo siempre era por un chongo con la Pía. Y faltaba un chongo y tenía un *pen drive* para escuchar y el único lugar era en el estéreo de mi auto y estábamos los dos con las garras así, y yo ya estaba comido, la iba a dejar que coma ella. Y me dijo: “¿Por qué no te fijas si el *pen drive* anda en tu auto?”. Y bueno... me lo comí en el auto, era el último que faltaba. Al otro día la hizo venir a La Pamela de Pergamino, que no tenía un mango; se vino a dedo. La fui a buscar yo a las tres de la mañana en el cruce de la ruta de Pergamino y la de San Nicolás. Bueno, vine, creo que seguí comiendo; dormimos a las siete todas arriba. Y soy yo la que manejaba, yo estaba con los huevos en la garganta, estaba histérico con El Gordo. Cuestión que me puse a hablar con un chongo, con un “lavavidrios”, ahí en el *boulevard* de entrada a Rosario. Ahí me dijo: “¡Prostituto que blablá...!”. Y le contesté: “¿Qué te pasa, gordo de mierda? Bueno, Lufthansa anuncia su última parada, el que no baja lo lamento, porque hasta Buenos Aires no paro”, dije yo, y me fui. Se bajaron La Pamela y La Pía, y me volví a Buenos Aires. Me habrá maldicho porque rompí dos yantas en el camino, a los yantazos en la banquina venía, y bueno, después me olvidé de que estábamos peleadas. Un día me llamó y le dije: “Gorda, escuchame una cosa: ¿vos y yo no estamos peleadas? Sí, puto de mierda pero me tengo que despedir de vos”, y me corto. Bueno, a la semana me llamaba y “pum”, me cortaba, y yo dije: “¿Qué le pasa? Está loco este puto”. A toda casa que iba se avisaban y “pum”, me cortaba. Si después me entere que dejó un “choclazo” de llamadas a Europa en todas las casas de los putos que iba. Personaje ese gordo puto.

La Rompecoches pensaba arreglar los tantos, recomponer la relación de tantos años con La Gorda a su vuelta de Europa:

Me dolió; cuando volvía pensaba aclarar muchas cosas, o al menos que supiera cuánto la quería a La Gorda. Pero así fue nuestra última charla, quedó inconclusa. Y después de un tiempo tuvimos una comunicación, así, porque nunca me decía “te quiero”. Y yo la quería mucho y tampoco le decía te quiero: éramos dos contrincantes, éramos enemigas frente a frente, ella queriéndome humillar a mí y yo humillándola, destruyéndola con mi lengua karateca tipo la Moria Catana. Y bueno, ahí me dijo: “Cuando vuelvas vamos a hablar y vamos al sur, ¿quierés?”. Y ahí quedó esa charla pendiente con La Gorda, porque se cagó muriendo. Yo me acuerdo, ya estaba de alta haciendo la rehabilitación en el hospital, y me venía a buscar todos los días un auto al hotel. Ya me había conseguido La Johana Rincón un hotel pago como indigente. Si yo no tenía nada, ni marido nada, y ahí fue que me vine para Argentina. No miento, estaba durmiendo un día y como a las dos o tres de la mañana recibí un mensaje de texto de La Marmolada (Paola Reina Melián): “¡La Pía murió!”. “La Pía murió”, así de una: te mandan un mensaje a las dos de la mañana [para decirte] que tu mejor amiga murió. Me desesperé, como pude salí a las tres de la mañana a buscar una cabina. Me bajé de culo, bajé la escalera de culo desde el primer piso y fui a buscar una tarjeta de teléfono, y fui a llamar a La Paola. “¿Qué pasó con La Pía?”. Y ahí me contó: “No sé, Marcela, yo mañana averiguo y te cuento; La Pía murió”. Y ahí me fui a la pieza y ni dormí esa noche hasta las ocho de la mañana, que vino a buscarme el auto para llevarme al hospital, para hacer la rehabilitación. Y después mi viejo le llevó la corona a La Pía al velatorio.

La Busato también estaba sin hablar con La Gorda previo a su muerte:

Yo estaba peleado con la Pía cuando murió. Bah, no estábamos peleados. Era Pascua y entonces le mandé: “¡Felices Pascuas!”, esas estupideces por Facebook; y me dijo –andá saber en qué estado estaba–: “¡No estoy ni ahí con la Pascua, ni con los curas!”. Y yo le repetía: “Felices pascuas, felices pascuas, felices pascuas”. Me dijo: “Me volvés a decir ‘felices pascuas’ y te bloqueo”. Y me bloqueó, te lo juro; y después de eso se murió. Nunca llegamos a hablar. Y hace un tiempo estuvo La Belén acá en mi casa, y soñé con La Gorda, La Belén, La Janette... estábamos todas juntas, un sueñazo. Cuando recuerdo a La Pía, recuerdo a una persona que se tenía que hacer lo que ella decía, pero sabías que íbamos a ser beneficiarios todos. A lo mejor no era la manera, era todo un ambiente muy oscuro y muy sórdido el que viví con ella, entonces son pocos los recuerdos amorosos que yo tengo a nivel que te diga “¡ay compartimos grandes charlas, llorábamos mucho!”. No, sí llorábamos era porque estábamos drogadas y hablábamos de maridos muertos y de cosas para llorar por drogadas. Pero, aparte de eso, nunca me dejó en la calle, siempre me dio una mano, siempre me dijo: “Salite de los lugares gay, que no tenés nada que hacer ahí. Vos servís para más”. Siempre fue emprendedora. Pía es la persona trans que más conocí. Si hoy estoy caminando es porque me lo enseñó mi familia trans: la tenacidad, el valor y la valentía, y los huevos bien puestos que tenían. ¡Y se plantaban ante quien fuera! Y esa cosa de que salíamos y no sabíamos si volvíamos. Hoy hacemos esto, ¡era hacerlo con todo! Con gritos, con aplausos, con risas, con llantos; con todo lo que había que ponerle a la situación que había que enfrentar, se hacía. Eso me acuerdo de La Pía. O se hace o correte, no jodas,

quedate en la cama, fumate un porro y quedate. Pero si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo, lo que sea... incluso ir a comprar al mercado. Porque era un tema ir con ella a comprar, y con la Janette, y con quien sea en esa época: soportar los codazos, soportar todo. Ella me hizo trabajar en una oficina, era una truchada, pero pude yo traer a la casa un sueldo, compartirlo, pude comprarme ropa, compartir mi dinero. Ella lograba esa familia que se ve en la serie *Pose*. Esa serie somos nosotros, todas nosotras, todas, es la vida tal cual, cada familia, cada casa: la casa de La Belén, la casa de La Pía, la casa de la otra. Cada una con sus hijitas, con una transformista, con una lesbiana, todo; la que pone silicona, todo, todo pasaba. ¡Y la tenacidad! Con lo que yo me quedo es la tenacidad, y que era un pan de leche, un dulce de leche La Gorda. Ella te daba todo, se sacaba la bombacha para dártela a vos. ¡Ahora, no la tengas de enemiga! Porque ella desde los 13, 14 años se hizo con la ley de la calle ¿me entendés?... Si no estás conmigo, no me rompas las pelotas; pero si me rompés las pelotas, me vas a encontrar. Ahora, después de todo lo que había pasado –las causas, todo eso– era mejor que no hiciera escándalo para que no saliera nada a la luz. “¡Daniel, calmate!”, siempre me decía ella a mí, pero también, cuando había que gritar, me llenaba de cartuchos porque así gritaba el maricón, no gritaba la travesti. Porque siempre la travesti era quilombo con la policía, en cambio un maricón estaba más aceptado. Todo lo que son códigos, aceptar a la persona tal cual es, con sus defectos y virtudes, eso lo aprendí de La Pía, de Claudia, La Luli, La Gorda. Porque ella era todas. Y me encantó conocer la parte que yo conocí, no sé si me hubiera gustado conocer la otra Pía, de la que habla tanto la gente ahora.

Con el pasar de los años, recuerdo mucho más ese último mes de vida compartido. Era febrero, nos veíamos los fines de semana. Ella venía a casa o nos encontrábamos en lo de algún amigo. A mí, Claudia nunca me quiso contar que estaba alquilando un departamento, pero yo lo sabía, porque nos conocíamos hace años. En un momento, pensé que era por mis ideas extremas o por mi incontinencia verbal frente a algunas funcionarias. Como nos pasó a todos, nunca tuve esa última charla. La soñé tantas veces, volviendo de viaje con su enorme valija, diciéndome: “¡Marta, acá estoy, recién bajo del avión!”. Ella, en estos últimos tiempos, no paraba. Viajaba con dolores, se inyectaba ella sola los calmantes para poder hacer frente a todos sus compromisos. Y sí, peleábamos, como dos hermanas, porque no cuidaba su salud o porque no me gustaba que los políticos se aprovecharan de su trabajo.

En esos días previos a su repentina muerte, ella estaba feliz porque iba a recibir una distinción en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, creo que como mujer del año. Todavía recuerdo ese instante en que Jorgelina Belardo me avisaba que Claudia había fallecido, fue un domingo de marzo, de mucho calor. Obviamente, yo no le creí porque Claudia era de hacer esas bromas. A todas y todos nos pasó lo mismo, empezamos a llamarnos entre nosotros. Ahí nos dimos cuenta de que era verdad.

Nuestra familia trans tenía que despedir a su matriarca como podíamos. Algunos no pudieron llegar al velatorio por la tormenta que se desató. Otras estaban en el exterior. Su despedida fue masiva, un desfile interminable de personajes. Temprano vinieron legisladores y funcionarios; de noche, toda la zona roja de Palermo. La despedimos fumando, comiendo, bebiendo, riendo y llorando. Para muchos había muerto una líder, pero para nosotros era el final de nuestra familia. Después del entierro, pasaron varios meses para que pudiéramos volver a vernos sin llorar. Ninguno de nosotros estaba preparado para su despedida. En parte, porque ella misma se reconocía eterna, siempre hacía el mismo chiste: “¡Me reiré sobre sus tumbas!”.

Y, además, murió esperando justicia, por el juicio del abuso sexual en el penal y por la causa armada por Gendarmería. Sus sueños, una vez cobrada la indemnización, eran comprarse algún terreno en el interior (Córdoba o Patagonia) y armar un *motorhome* para recorrer el país. Sí, para viajar toda la familia trans, como en la película *Las aventuras de Priscilla, reina del desierto*. Con los años me fui dando cuenta de que nuestra vida, sin pensarlo, fue una película porque nunca dejamos de soñar, de reírnos y de transitar todos los espacios con el mayor desenfado que generaba la exclusión.

Claudia falleció en la Ciudad de Buenos Aires el 18 de marzo de 2012, unos meses antes de la sanción de la Ley de Identidad de Género. En junio de 2013, la fecha de su muerte fue declarada “Día de la Promoción de los Derechos de las Personas Trans”, reconociendo su lucha desenfadada y alegre por un mundo holgadamente diverso e inmensamente igualitario.

Sobran anécdotas, y han quedado miles de historias sin contar. Solo intenté cumplir mi promesa de escribir tu libro. Ese con el que tanto soñabas y por el cual guardabas cada foto y documento. Porque sabías que tu vida anunciaba tiempos de cambios para las nuevas generaciones. Me costó, tardé muchos años en organizar nuestros recuerdos. Porque, parafraseando un hermoso soneto de William Shakespeare, escribo estas líneas “por las valiosas amigas escondidas en la noche atemporal de la muerte. Lloro nuevamente angustias de amor desde hace tiempo olvidadas y gimo sobre la pérdida de tantas imágenes desvanecidas. Entonces puedo lamentarme ante desgracias ya pasadas. Y pesadamente de dolor en dolor, volver a contar”.



Una de las últimas fotos, con su colgante preferido.

DISCURSO SOBRE EL PROYECTO DE LEY DE IDENTIDAD DE GÉNERO

“Volvería a nacer trans”

(Palabras pronunciadas el 18 de agosto de 2011 en una reunión conjunta de las comisiones de Legislación General y Justicia, en el Anexo A de la Cámara de Diputados de la Nación. Esa mañana, además de Claudia Pía, expuso Marcela Romero, Mauro Cabral, Alba Rueda y Lohana Berkins.)

Buenos días a todas y a todos:

Quiero decir que hoy llegó el día en que sentí algo que nunca habíamos podido sentir: se nos dio el derecho naturalísimo a la vida, pero no se cumplió el derecho naturalísimo a la vida y a la identidad. Respecto de estos proyectos de ley, tengo que destacar la valentía y el apoyo que nos dio la señora diputada Di Tullio cuando le hicimos llegar estas dos iniciativas que considerábamos de máxima. Lo mismo quiero decir en relación con la exdiputada Silvia Augsburger, quien en 2009 acompañó la primera propuesta que presentamos al bloque

Socialista. También deseo expresar mi agradecimiento a la señora diputada Conti, quien acompañó las propuestas presentadas por las compañeras de la ALITT y del Frente (Frente Nacional Ley Identidad de Género), junto con la CHA y otras organizaciones integrantes del Frente. Asimismo, quiero agradecer al señor diputado Barrios por volver a presentar el proyecto que había cumplido su tiempo en el Parlamento y no había sido tratado.

Hoy, todas estas iniciativas simplemente quieren decir sí a la democracia y a la ciudadanía. El goce de esta última significa para nosotras ese piso de igualdad que nos va a permitir ser sujetas y sujetos plenos de derecho. Al respecto, quiero decir que durante todos estos años de lucha el Estado nos demostró que solo habían tenido tiempo de sentarse en los recintos para crear herramientas a fin de que las fuerzas de seguridad solo apliquen la tortura, la persecución y la violación sistemática de los derechos humanos. Fueron muchos los años de lucha para terminar con todas esas herramientas. Hoy, festejamos que los hayamos podido derogar en casi todas las provincias exceptuando las de Neuquén y Formosa, donde esperamos su pronta derogación. No pueden existir más códigos de faltas que nos persigan y nos criminalicen por la vestimenta contraria a nuestro sexo, porque nos vestimos como nos sentimos por dentro y somos leídas como nos manifestamos porque simplemente expresamos lo que sentimos.

Si hubiera podido elegir, no hubiera elegido ser discriminada, pero sentí muy fuerte la expresión del género y así lo manifesté, y por suerte me saqué una gran mochila, que era la de cumplir con las pautas sociales y no ser feliz. Hoy digo que, con tanta represión, con tanta tortura, igualmente volvería a nacer trans porque sí soy feliz. (Aplausos,)

Cuando hablamos del derecho a ser, me refiero al derecho a la identidad para el acceso a todos los derechos. Cuando hablamos de derechos nos referimos a derechos humanos y me pregunto por qué la Convención Interamericana de Niños, Niñas y Adolescentes no estuvo protegiéndome cuando tuve que salir de la escuela, entre la preadoles-

encia y la adolescencia, porque no entraba en ese casillero binario de hombre-mujer, macho-hembra, pene-vagina. Evidentemente, esa imposición nos ha dejado por fuera a todas las personas trans.

Hay algo que quiero transmitir a los diputados y diputadas: la aprobación de una ley que garantice de modo administrativo la identidad de género, el acceso a la salud integral, sintetizando la salud como un derecho humano. Esto es algo que nunca hemos podido alcanzar porque hemos conformado nuestra identidad de manera casera y hasta paupérrima. Una mesa como esta es como un quirófano para nosotras, cuando nos ponemos aceites para uso industrial, con agujas de veterinaria, para que el espejo nos devuelva lo que queremos sentir por dentro, o cuando los compañeros trans están llenos de llagas para poder esconder las glándulas mamarias porque el sistema no lo permitía.

Queremos que también se garantice la derogación de la prohibición de cambio de genitales en la Argentina, que fue sancionada en el gobierno de Onganía. La decisión del cambio de genitales no la da un tercero; eso lo decidimos cada uno y cada una de nosotras por nuestra construcción de identidad, que nos conlleva a la transexualidad en el caso de las personas transexuales. También deseo comentar lo siguiente: la sociedad nos dice “no estén paradas en las esquinas; estudien y trabajen”. Pero los profesores viven atacándonos, obligándonos a que nos eduquemos y nos corrijamos, y la verdad es que es muy difícil sostener esta currícula educativa que solo plantea el binarismo y la “familia tipo”, cuando hay “tipos de familia”.

Quiero decirles que hoy llegó el día en el que siento que no me voy a morir y pasar por esta vida como un fantasma, porque el día que me vaya, voy a poder tener mi nombre y mi apellido en el responso. Es muy triste acompañar el responso de una compañera, de una hermana de lucha, y ver que su nombre no está.

Lamentablemente, muchas de nuestras compañeras hoy no están. Hubo masacres y torturas, pero sobre todo hubo falta de identidad, que significó en nosotras la impunidad sobre nuestros cuerpos. Ser

trans, no tener identidad, significa que cualquiera puede vulnerar tus derechos, que no existe derecho humano a la Justicia, porque cualquier ciudadano y ciudadana en este país se presume inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero cualquier hombre o mujer trans es culpable hasta que pueda demostrar que es inocente. Evidentemente, es otro derecho humano que no hemos podido alcanzar.

Tampoco hemos alcanzado el derecho humano al trabajo, o sea, a elegir en qué queremos trabajar, y no el condicionamiento de estar paradas en una esquina. En todo caso, si esa es la decisión, que sea con derechos y no con condiciones como las que hoy tenemos para el ejercicio del trabajo sexual o la situación de prostitución, que va casi de la mano de la trata y la explotación sexual.

También quiero decirles que portar un documento con nuestra identidad no es algo de uso cosmético, sino que refleja realmente quién soy. Mis padres, con mucho amor, me dieron la identidad que porto, pero me avergüenza cuando me la gritan en los hospitales a viva voz, ya que ni siquiera tengo el apellido primero y el nombre después, sino que tengo primero el nombre y después el apellido, a diferencia del resto de las personas que están en la sala de espera.

Quiero decirles que nuestra población tiene una expectativa de vida de 35 años de edad y que es compromiso del Estado revertir esa situación. No es posible que las trans en Argentina tengamos que morir tan jóvenes por no acceder a la salud ni a la educación y por no tener la posibilidad de calificar para un trabajo con los desafíos que hoy tiene el campo laboral. Realmente nos fue muy difícil afrontar la discriminación.

Cuando los niños afrodescendientes fueron discriminados y llegaron a sus casas, sus padres les dieron contención porque ellos también lo habían sufrido en carne propia. De la misma manera, cuando los niños de la comunidad judía fueron discriminados y llegaron a sus casas, también fueron contenidos por sus padres porque ellos sabían por experiencia lo que era la discriminación. En cambio, cuando nosotras llegamos a nuestros hogares y planteamos nuestra identidad

–evidentemente, la gran mayoría de nosotras provenimos de hogares heterosexuales–, no encontramos ninguna contención –la tuvimos que encontrar en una compañera mayor–, ya que la gran mayoría fuimos expulsadas de nuestras casas a temprana edad.

Pedimos la derogación de la norma que prohíbe el cambio de genitales y la sanción de una ley que garantice el reconocimiento a la identidad de género, que deje asentada la figura de la salud integral –algo que no conocimos y que queremos conocer como un derecho– y que también brinde la posibilidad de que cualquier persona en Argentina, cuando es menor de edad, pueda ser acompañada por sus padres o tutores, y realizar esta ampliación de derechos, porque si no estás reconocida cuando realmente construís tu identidad, sos blanco de violencia.

También quiero contarles que muchas veces esta condena social solamente nos abre el campo laboral al “PCP”: cuando la sociedad nos piensa incluídas, solamente nos da el lugar de putas, costureras o peluqueras. Queremos ser presidentas de la República Argentina, queremos ser ministras, empleadas del Estado... (Aplausos.). Queremos ser personas incluídas. Nada más que eso.

Gracias a todos y a todas. Adhiero a los pensamientos que acá se expresaron. (Aplausos.)

La vida de Claudia Pía Baudracco, *La Gorda*, fue un torbellino de pulsiones que derramaron semillas en decenas de activismos: derogación de los edictos policiales, identidad de género, acceso a la salud integral, cultura cannábica y derechos humanos fueron algunos de los temas que la obsesionaron. Después de conocer la movida activista de Europa, en 1993 fundó, junto a María Belén Correa, lo que sería la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina, el primer espacio T que logró representación en todo el país. Claudia Pía también vivió los avatares de una comunidad que por muchos años quedó fuera de “la historia oficial”, teniendo a la sección *Policiales* como único destino posible. *Si te viera tu madre* propone una manera íntima de recordarla, rescatando testimonios y su primera persona, indagando en sus cajas de recuerdos, fotos, postales, cartas y dialogando con los archivos velados de una época.

María Marta Aversa es doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como docente e investigadora en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Es integrante del Núcleo de Historia Social y Cultural del Mundo del Trabajo del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín. Desde el 2018 dirige la Biblioteca & Museo Claudia Pía Baudracco en la ciudad de Quilmes.

Matías Máximo cursó la maestría en Periodismo Narrativo por la Unsam y es especialista en Periodismo Cultural por la UNLP. Colaboró en diversos medios cubriendo las agendas de disidencias sexuales, justicia y cultura, entre ellos *SOY* de *Página 12*, *LatFer* y *Anfibia*. Compiló el libro *Que el mundo tiemble*, publicado por la Edulp en 2016.